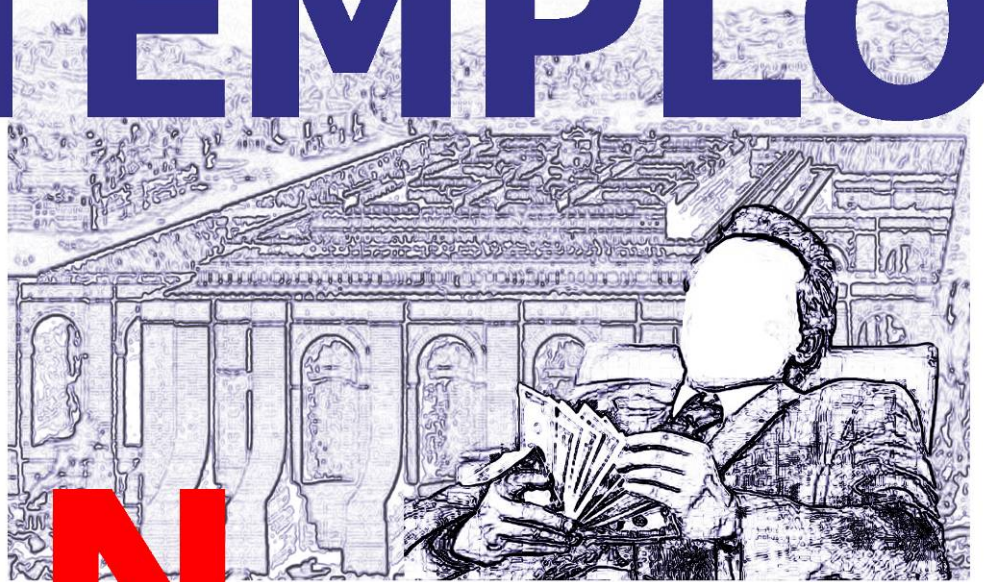


# **EI TEMPLO** **SIN** **MERCADERES**



**Pr. Joaquín Yebra.**

**Madrid y Enero de 2011.**

**COMUNIDAD CRISTIANA EBEN-EZER  
DE VALLECAS-VILLA**

## CONTENIDO

INTRODUCCIÓN .....	4
LA RESPUESTA DE LA VIDA.....	9
LA RESPUESTA DE LA DEBILIDAD .....	15
LA RESPUESTA DEL ÉXITO.....	21
LA RESPUESTA POLÍTICA.....	28
POBRES, CAUTIVOS, CIEGOS Y OPRIMIDOS .....	36
EL “DIOS-AYUDA” ES LEPROSO .....	47
LOS LARGOS REZOS.....	61
EL HOMBRE LIBRE .....	71
RENACIMIENTO.....	79
RELACIÓN CON DIOS .....	97
EL VALOR DEL SUFRIMIENTO .....	106
JESÚS EN VOLVO Y UN ROLEX EN LA PULSERA.....	113
EPÍLOGO .....	127

*“Dedico este libro a mis amigos que en verdad lo **son**, en vista de que me aseguran que no todos los que me dicen serlo lo **son**, con la esperanza de conservar a los que lo **son**, e incluso hacer algunos nuevos que aún no lo **son**.”*

*“A new friend is silver, but an old one is gold”*

El Yebra.

*Sí escuchas con el oído  
Sólo podrás captar murmullos,  
Las sombras de las palabras.*

*Te pido que abras tu corazón  
Para que logres saborear  
La carne, los huesos,  
Los tuétanos succulentos,  
El llanto del alma.*

*JY*

## INTRODUCCIÓN

---

Un templo sin mercaderes es difícil de imaginar. Es más fácil pensar en un sistema sin leyes o un pozo sin agua o un jardín sin flores.

Un templo sin mercaderes es casi inimaginable; como un dirigente sin opresión o un monarca sin ocio.

Un templo sin mercaderes es como una autoridad que nunca degenerara en poder; o un poder que prescindiera de la fuerza; o una fuerza que no terminara por volverse agresiva.

Un templo sin mercaderes es como un hombre hambriento y sediento, sin una sola moneda en el bolsillo, dispuesto a proseguir en su estado antes que infringir las leyes dictadas por quienes jamás sufrieron ni hambre ni sed ni carencia de dinero.

Un templo sin mercaderes es como imaginar una sociedad sin incentivos basados en el afán por el lucro y la dominación; una sociedad sin castigos, ni amenazas, ni deberes y obligaciones sólo para unos.

Un templo sin mercaderes es como imaginar un imperio sin expansionismo, ni operaciones militares contra naciones vecinas, ni matanzas de inocentes, ni territorios arrasados por la vorágine de la guerra organizada para el enriquecimiento de sus señores.

Un templo sin mercaderes es como una bandera sin sombras de viudas y huérfanos, y que no estuviera empapada de sangre inocente.

El templo y los mercaderes son siempre inseparables...

Pero un día el Maestro hizo acto de presencia, sin títulos, sin ostentación de la nobleza como la entienden los más innobles de los hombres; los que se imponen motes risibles de supuesta nobleza.

El Maestro hizo acto de presencia sin posesiones, sin propiedades, sin tierras, sin brillos deslumbrantes.

El Maestro apareció en el camino de los buscadores de poder, dominio y riqueza, pero no le vieron, sólo le miraron, y sintieron horror.

Estaban tan ocupados en la búsqueda y el cuidado de sus tesoros, tan dedicados a su labor, que el Señor les pasó completamente inadvertido.

Los que añadían casa a casa, como si sólo ellos fueran a vivir en este mundo, no repararon en aquél que no tenía dónde reposar su cabeza, y de ese modo les escandalizó.

Los adoradores del dinero, deslumbrados por el brillo de la plata y el fulgor del oro, no pudieron advertir a aquel hombre que tenía que pedir prestada una moneda para impartir una enseñanza sobre el vil metal y sus señores, y las dependencias de los hombres comprados por el poder.

Los ansiosos en el afán por el poder, no pudieron considerar al hombre libre de premuras y logros obligados; no pudieron reparar en el libre de apegos.

Los inflexibles le desconsideraron por ser rama verde; los intolerantes le menospreciaron por ser manso y humilde corazón, hasta hacerse raíz de tierra seca, sin hermosura, para que le deseemos.

Los nerviosos y alterados por las luchas y los intereses le dieron la espalda al verle gozar de una calma superior a la de los abismos de los mares y los océanos interestelares.

Los estrechos y mezquinos también le ignoraron, mientras Él pasaba sobre ellos como una tapiz de anchas y generosas nubes que alivian del calor y derraman su carga de lluvia que riega la tierra.

Y es que los sordos no pueden afinar instrumentos musicales; ni las leyes pueden promulgarse por quienes ignoran las verdaderas fuentes del orden.

El Maestro pasó sin prisa pero sin pausa, con la serenidad de la auténtica realeza, sin por ello dejar de ser un obrero perteneciente al pueblo llano y sencillo de la tierra, por cuanto su nobleza no estaba reñida con las durezas de sus manos de carpintero, ni con sus pies encallecidos por los muchos caminos recorridos.

Tampoco está reñida la verdadera nobleza con el trabajo del hombre -varón y mujer- sino, antes bien, su conflicto radica en la in nobleza de quienes explotan a sus hermanos para su beneficio.

El Maestro pasó inadvertido para los tenidos por grandes y poderosos, mientras mostraba que la ostentación y el orgullo nacen en el sombrío corazón de la mentira.

Por eso muchos le miraron, pero no le pudieron ver. Se les escapó de la vista como una visión efímera, apenas una ráfaga de viento que no se sabe de dónde viene ni a dónde va.

Los que le vieron, comprendieron que cuando el corazón está limpio, el conocimiento es objetivo e imparcial, el espíritu se serena, y el hombre puede caminar con Dios y hacerlo con la misma naturalidad con que canta el ave y nada el pez.

Había en Él una atmósfera de serenidad incalificable, totalmente libre de dogmatismo y fanatismo.

Su *“venid a mí todos”* fue y sigue siendo la principal incompreensión y la más pesada piedra de tropiezo para los que pretenden la exclusividad clasista que diferencia y distancia, que aleja, separa y enorgullece.

Las páginas de los Santos Evangelios nos muestran una casi total ausencia de adjetivos en las palabras de Jesús, por cuanto *“adjetivo”* es voz que nos llega de *“añadir”*, y Jesús añadió poco, muy poco.

En realidad, no vino a decir nada nuevo, sino a saturar de novedad todo lo viejo.

Por eso Jesús llamó a todos por su nombre, y en eso radica su escándalo, ayer y siempre; porque, además, lo hizo sin insultos ni agresiones, sin humillaciones ni descréditos.

*“Al pan, pan; y al vino, vino... Esa fue su manera de hablar:*

*“Sea vuestro hablar: Sí, sí; no, no; porque lo que es más de esto, de mal procede.” (Mateo 5:37).*

Es inútil buscar verbalismos en el discurso del Maestro. No se pueden hallar porque no los hay. Los hechos apagan el timbre de las palabras. Pero también podríamos expresarlo inversamente: Las acciones son el verdadero timbre de las palabras de Jesús y de su prédica.

Los actos y los gestos, las palabras y las acciones, se entrelazan en la vida de Jesús entre los hombres formando una canción en la que la melodía y el texto se abrazan, se funden, como un beso de amantes.

En los templos de los mercaderes, entre superficialidades y amenazas, fanatismos dogmáticos, fundamentalismos no dialogantes y los mil y un tinglados de la antigua farsa, aparece Jesús confrontando la amenaza de la intransigencia con su mansedumbre y humildad de corazón.

Los poderosos no pueden soportar semejante confrontación, y sólo pueden crujir sus dientes y arremeter contra el Maestro.

Desde el mismísimo momento de su llegada a esta tierra, todos los que detentan el poder urden la manera de deshacerse de Él.

El Espíritu abandona a quienes se inquietan en su presencia, pero permanece en quienes hallan descanso para su alma en la sencillez que aleja toda perversión.

Jesús no viene para establecer una religión maravillosa, deslumbrante, que opaque a las demás.

Jesús no viene a destronar a nadie, por cuanto su interés no está en los tronos del poder, sino en los corazones de los humanos.

Jesús no viene para desplazar a ningún sacerdote; por eso no vamos a encontrarle en el templo de Jerusalem oficiando, porque ese no es su oficio, así de fácil.

Él no es un primogénito de una familia descendiente de Aarón, de la tribu de Leví, sino el judío Jesús



*Quisiera no ser nunca desdeñoso de aprender,  
Ní perder nunca el buen gusto de reconocer mis límites,  
Mí Norte y mí Sur; mí Este y mí Oeste.*

*Quisiera desnudar mis pensamientos de todos sus adornos:  
De la ropa hecha a medida;  
De los conceptos que piensan y no dejan pensar.*

*Quisiera que mí tardía rebelión nunca dejara los campos  
De mí lírica abrumada; de mí canto al Autor de la Luz;  
De mí impaciencia de niño y de anciano.*

*Quisiera un día vivir lejos de la superstición y el cinismo;  
De las cóleras sombrías de las clases dominantes,  
Y de los dominados que anhelan dominar.*

*Quisiera que el espíritu y la poesía y la razón  
Se fundieran en un inmenso abrazo que diera luz  
A un tumulto de confusión y exuberancia.*

*Y escapar hacia el Septentrión de las nubes y las nieblas  
Y los soles de medianoche.  
Y dormir y soñar,  
Huir de la luz  
Por amor a la luz.  
Huir del espíritu  
Por amor al Espíritu.  
Huir de tí y de mí  
Por amor al nosotros  
De la pura pasión ilimitada.*

*JY*

## **LA RESPUESTA DE LA VIDA**

---

Jesús responde con libertad, por cuanto hay libertad en su llamada y en su respuesta, siempre.

Jesús sabe que a Dios sólo le agradan las respuestas libres. Por eso hay largura en su espera. No sólo nos llama al llamarnos. La espera de nuestras respuestas es también llamada suya; llamada a romper destinos, fatalismos y crueldades.

*“En Jesús estaba la vida”, dice Juan en el prólogo de su versión del Evangelio. Por eso Jesús siempre dijo la verdad. Vivió inundado por ella. Y a muchos les pasa inadvertido hasta el día de hoy que por la verdad Él permitió que le quitaran temporalmente la vida.*

Porque cuando la verdad está apegada al alma, es menester intentar quitar la vida para borrar la verdad. Ahí radica el propósito de cuantos han tratado de eliminar completamente a quienes con su presencia y sus acciones les confrontaron con la verdad de Dios:

*“Pero ahora procuráis matarme a mí, hombre que os ha hablado la verdad, la cual he oído de Dios.” (Juan 8:40).*

Siempre se mata a quien dice la verdad. Y, naturalmente, hay muchas maneras de matar. Con Jesús fuimos extraordinariamente crueles, porque también la verdad fue en Jesús extraordinariamente verdadera, valga nuestra redundancia.

Hasta tal punto fue esto así, que incluso sus enemigos se percataron pronto de que Jesús era sincero en su mirada y en su palabra, sin contradicción, ni doblez en forma alguna. Siempre libre para hacer en todo momento y circunstancia la voluntad perfecta del Padre Eterno.

La Palabra de Dios pavimentó el camino de Jesús. Las losas de su calzada fueron la glosa divina y su expresión en acciones. Así pasó por entre los hombres esclavizados por los convencionalismos siempre al servicio del poder dominante de turno, y, por lo tanto, siempre deshumanizador.

Pasó entre los grandes, entiéndase los que grandes se creían, ocupadísimos todos en la búsqueda de mayor poder y más grandes honores.

Y Jesús les contempló, y con apesadumbrado corazón les dijo:

*“¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:44).*

Jesús pasó entre los enriquecidos y los empobrecidos, entre los pobres con corazón de rico, entre todos los afanados por la acumulación. Y halló a cada uno en su cultivo, a cada uno en su labor.

Pero los suyos no le conocieron, porque el Maestro pasó como respuesta de la vida que agrada al Padre.

“Los suyos”, los más próximos, sus parientes, su pueblo, fueron quienes no le conocieron-

¿Será “su Iglesia” quienes mayores dificultades tengamos para conocerle?

¿Habrá venido siendo ése el proceso histórico de la Iglesia de Jesucristo en el curso de los siglos?

Jesús de Nazaret atravesó nuestro lago a bordo de una frágil embarcación de dos remos: El anonimato y el altruismo. Y clavó hondamente los remos en las aguas.

*Pero la “barca” propuesta por el Maestro no ha gustado a los “marineros”.*

Era demasiado pequeña, endeble, sencilla, tosca, carente de adornos y refinamientos; en definitiva, muy cruda.

La respuesta de la vida es una llamada callada y humilde a cultivar lo esencial, y no dejarnos atrapar por el sutil engaño de consagrar los mejores esfuerzos al adorno de lo secundario.

Es la llamada a conservar y guardar, estimar y dignificar el espíritu vital del beso de Dios al soplar su aliento sobre la nariz de Adam. Y eso sólo puede lograrse poniendo a un lado el camino ancho de nuestros egoísmos estrechos y nuestras avaricias viscosas y pegadizas.

Mirar a Jesús es sentir profundamente la llamada de la vida; la llamada de la raíz, de los orígenes, de los días remotos en que el hombre anduvo con Dios a la caída de la tarde, en el frescor crepuscular, paseándose por el huerto-jardín a la hora en que se alargan las sombras y se anticipa la llegada de la noche.

Mirar a Jesús y escucharle es aprender la lección fundamental de que los hombres no necesitamos de la autoridad de los poderosos para ser nobles; ni de la influencia de los magnates para ser verdaderamente ricos; ni de los que detentan y controlan la fuerza para ser poderosos.

Con la mirada puesta en Jesús se puede dejar el oro escondido en la montaña para descender al valle en que claman los injusticiados y lloran los entristecidos por todas las clases de hambres.

*Con la mirada puesta en Jesús se puede dejar que el agua corra sin el impedimento de nuestras represas. Se pueden dejar tranquilas todas las perlas en el fondo del mar, aunque muchas vacas de Basán no las puedan lucir en sus collares y gargantillas.*

Ante el Maestro queda perfectamente claro que nuestro cuerpo es un templo, y que también puede haberse convertido tristemente en un templo dominado por los mercaderes.

Para comprobar si nos ha alcanzado semejante vorágine tendremos que mirar retrospectivamente y considerar por dónde hemos caminado, cuáles han sido nuestros pasos, y dónde nos hallamos en el presente.

Jesús nos muestra que la vida es un beso de aliento vital; y que nuestra mente es un potente regulador de la vida; por lo que cuando uno de estos planos de la realidad humana queda fuera de lugar, los otros planos de nuestra existencia sufren mucho y también hacen sufrir a los demás.

La respuesta de la vida penetró en el templo de los mercaderes, ocupados en la acumulación de las riquezas y el poder; ocupados en la seguridad de la providencia del dinero y la fuerza de la dominación.

La respuesta vital les halló esforzándose por poseer, conservar, retener, guardar, esconder, acumular y engordar bajo sus vestiduras grotescas que separan de los demás hombres y les rodean de temores importados de muy lejos.

Fueron hallados expertísimos en la suma y la multiplicación, pero totalmente inexpertos en la división del reparto con los necesitados.

Su doctrina llegó a ser muy fina, extraordinariamente depurada respecto a la tosquedad del desierto, en los días de la infancia de Israel, cuando el Buen Dios los atrajo hacia sí mismo con cuerdas de amor.

Pero a cambio de su refinamiento perdió el calor de su naturalidad y se volvió religión organizada, fría y calculadora.

El impacto de la respuesta de la vida contra el espeso muro de la avaricia fue más que sonoro. Reverbera hasta nuestros días. Y a su colisión se suman otros impactos que, aunque menores, responden a la misma partitura del escándalo y transportan el mismo timbre sonoro de la desvergüenza.

*“Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” (Lucas 12:15).*

¡Cuánto achica la avaricia el corazón! ¡Qué estrechez tan grande puede llegar a sentir el alma que ha olvidado el ancho respirar de la generosidad divina!

¡Qué camino tan angosto puede llegar a ser el que media entre el pecho y la espalda del hombre!

¡Podemos llegar a la cruel paradoja de denominar “ajusticiar”, es decir, “hacer justicia”, a la ejecución de la pena de muerte de un ser humano, en procesión

encabezada por el clérigo de turno, mientras millones padecen la injusticia del hambre!

Con inmensa razón hallamos en las Sagradas Escrituras la advertencia frente al amor dirigido erróneamente al elemento de cambio que conocemos como “dinero”:

*“Raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se desviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.” (1ª Timoteo 6:10).*

La estrechez de corazón se manifiesta fundamentalmente en el amor al dinero, pero es más antigua que la existencia de éste. En el templo de los mercaderes todos sin excepción están infectados por este virus mortal, peligrosamente contagioso como ningún otro.

Los sacerdotes-mercaderes atesoran riquezas y poder para sí mismos como si fueran a vivir para siempre. Son los sacerdotes de siempre, auspiciados por los faraones del momento.

Inventan toda suerte de doctrinas de inmortalidad para explotar a los pobres incautos incluso más allá del propio óbito pero tienen, naturalmente, que tapar la realidad de la muerte con muchos mármoles y oropeles, monumentos honoríficos y lápidas con grandilocuentes epitafios.

A su lado, la tumbas de los pobres parecen pedir disculpas a los otros finados, los muertos de entre los enriquecidos, por haberse atrevido a cometer la osadía de compartir el acontecimiento de la defunción, en el cual se produce una nivelación que les cuesta perpetuar.

Tienen que taponarse los oídos con algodones litúrgicos para no escuchar ni la voz de Dios ni los gritos de los desposeídos y empobrecidos.

Tienen que recurrir a bajezas sin fin para tratar de ocultar los despropósitos de sus corazones engordados para el día de la matanza, como si fueran gochos sebosos.

Y es que la codicia ciega tanto a los hombres que se llega a tener la maldad por justicia, y a llamar a los bueno malo y a lo malo bueno.

*“Pues ¿qué aprovecha al hombre si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?” (Lucas 9:25).*

La llamada y la respuesta de la vida se las gana el hombre cuando se deja liberar para ser libre y libertador; para liberar de la férrea cadena de la fatal hipocresía del afán del lucro, sin el cual los hambrientos dejarían inmediatamente de padecer carencias de lo vital, toda vez que su escasez no se debe a la falta de medios y recursos, sino a un comercio despiadado cuyo único agente motivador es el beneficio de unos pocos.

Pero hay que matar a Jesús, porque propone que ganemos perdiendo, y que esa pérdida sea el compartir con alegría. Por eso multiplica los panes y los

peces, no para sumar y multiplicar, que sería especular y acumular, sino que los multiplica para dividirlos en porciones, para repartir y hacer fiesta.

El amor a la justicia servirá para filosofar, pero el amar a nuestro prójimo nos hará solidarios, estables, libres de opresiones, comprendidos nuestros propios apegos.

Así podremos comprender que no hay nadie tan oprimido como el opresor, ni nadie tan liberal como el libre.

Jesús pasó libre, dejando tras sí un rastro de libertad frente a los acumuladores.

Pasó liberando potencias y llamando a los hombres a la vida.

Y lo sigue haciendo hasta hoy por medio del Espíritu Santo.

*Voluptuoso y macabro es el viaje de la vida.  
Una sola estación y un solo tren.  
Una sola máquina de mil vapores,  
Y una vía zigzagueante  
Que siempre conduce al único destino.  
La aspiración a la nada es su meta programada,  
Mientras unos viajeros impregnan su espíritu de  
resignación.  
Otros se abaten en el sueño o en el llanto o en el silencio.  
Pero otros claman por redención hasta llegar a su último  
verso.  
El viaje es ya imparable, sin posibilidad de retorno.  
Lo ignoto será la nada para algunos.  
Para otros será lo eternamente nuevo.  
El polvo inerte o la luz de la aurora.  
La nada o su voz al alba.  
Sombras de muerte eterna o ese sol de justicia  
Que es la sed de lo infinito  
Y la elegía del alma.*

*Jy*

## **LA RESPUESTA DE LA DEBILIDAD**

---

La debilidad es estar solos, sin amigos, sumidos en el horrible error de amar las cosas y querer a las personas.

El débil es el hediondo, inútil y repugnante egocéntrico que, sentado sobre su tesoro, ahuyenta a todos cuantos se le aproximan, porque siempre cree que vienen a pedirle o a robarle lo que ha venido acumulando durante mucho tiempo.

*La respuesta de la debilidad se llama siempre “pirámide”, con el poder absoluto de algún hombre aposentado en su vértice, sobre la cumbre de alguna institución denominada con siglas rimbombantes pero absolutamente huecas, como cáscara de huevo vacío, engañosas como falso cebo prendido del anzuelo puntiagudo en el que quedan clavadas las almas de muchos hombres simples.*

¡Tiene que ser necesariamente muy incómodo reposar en esa postura, sobre el vértice puntiagudo o sobre la cumbre rocosa de las siglas!

Su cansancio se manifiesta siempre en sus rostros al cabo de un poco tiempo en el poder, sea político o religioso. Del mismo modo que todos cuantos contemplaban el rostro de Moisés sabían que había estado hablando con el Señor, porque se demudaba su semblante y su rostro resplandecía, así también, sólo que al contrario, los sacerdotes-mercaderes del templo muestran rostros secos, tristes y angustiados.

Recordemos que la respuesta de la debilidad siempre tiraniza y esclaviza. Además, pronto antes que tarde, surgirán muchas más pirámides, como si fueran setas del bosque: Una aquí y otra allá. Algunas comestibles, pero otras muy venenosas, aunque de aspecto muy apetitoso para los desconocedores.

Abundan más en la medida en que se agudiza la crisis, especialmente esa crisis de valores que, cuando preguntas a quienes emplean dicha expresión, de qué valores se trata, suelen reducirse a algún recuerdo nostálgico de un



pasado que, como nos afirma la Escritura, nunca fue mejor, y que sólo puede parecérselo porque entonces éramos más jóvenes, más vitales, con más hormonas activas.

La respuesta de la debilidad suele dar paso a sucesivas revisiones de los dichosos valores, frecuentemente nada dichosos, y quizá muy repetidos para que no reparemos en los otros, los que se compran, venden y especula con ellos en las Bolsas de Comercio y Cambio; es decir, donde esos valores que lo rigen todo, efectivamente, cambian de dueño, pasando siempre a enriquecer a los mismos.

*Mientras tanto, se desmoronan los paradigmas sociales, que algunos presentan como “morales”, y otros se atreven a cometer la osadía de denominarlos “éticos”. Y en medio del miedo al vacío y el horror a la intemperie, resurgen absolutismos trasnochados, pero no dormidos; aletargados, pero no desterrados de las mentes del poder y sus crueles alternativas.*

La debilidad del poder alcanza su máxima cumbre de osadía divinizándose, es decir, llegando a pretender ocupar nada menos que el propio lugar de Dios.

*Los mercaderes del templo también quisieron meter a Jesús en sus dominios para hacerle “rey”, apoderarse de Él, coronarle con sus diademas deslumbrantes y domarle como si fuera un potro salvaje.*

Sin embargo, no lograron realizar tamaño despropósito porque el Maestro estaba liberado de las ansias de poder, del afán por el lucro y la dominación, del amor al dinero y la fuerza que éste adquiere; libre de los apegos a lo que el sistema del mundo puede ofrecer para hacer caer a los incautos y ansiosos en sus tupidas redes.

*“Pero entendiendo Jesús que iban a venir para apoderarse de él y hacerle rey, volvió a retirarse al monte él solo.” (Juan 6:15).*

En el templo de los mercaderes se diviniza el dinero, el poder, la institución, sus siglas, las piedras, y por eso Jesús estorba.

El Maestro representa el gran estorbo, el pesado impedimento, el enorme obstáculo para que el cristianismo organizado se desarrolle como religión universal, todo poderosa, sometedora de imperios, dueña y señora de todas las conciencias.

*Hay que procurar, pues, apoderarse de Él para domesticarle, para adaptarle al medio, que siempre mediatiza; para convertirle en un “buen chico” que no cause problemas; incluso al precio de hacerle rey o lo que sea menester.*

Pero Jesús no se presta a ese juego. Sabe muy bien que la falta de autoridad divina hace que la autoridad no sea nada más que mero poder, el poder degenera en violencia y agresión para asegurar la permanencia de ese poder en manos de quienes tienen control sobre todos los mecanismos de amenaza y opresión. Y para ello estará dispuesto a pagar cualquier precio, comprendida la entrega de su vida.

En el templo de los mercaderes el poder es simple dominación sobre los débiles y los debilitados. Ese poder es llevado a todos los estamentos sociales, comprendidos el matrimonio y la familia. El poder del varón, la propiedad privada y la procreación de los hijos con paternidad cierta, para asegurar la transmisión de los bienes patrimoniales mediante el sistema de la herencia, serán los puntos fuertes sobre los que se aposentará la nueva religión organizada desde el poder.

Al fin y al cabo, el templo de los mercaderes suele ser en muchos casos una institución regida por varones distanciados de la mujer, a la cual privarán de toda posición de autoridad dentro y fuera de los círculos eclesiásticos.

Pero el Maestro hace acto de presencia y desmonta todo el tinglado sin recurrir a la violencia activa.

En su discipulado están presentes las mujeres desde su comienzo, las cuales le ayudan con su servicio y sus bienes.

Se acerca a los más pequeños y los rodea amorosamente con sus brazos.

Se aproxima a la mujer marginada por su enfermedad y le devuelve su dignidad.

Deja que se le acerque la adúltera y la ofrece el perdón, mientras los acusadores avergonzados renuncian sin presión a las piedras.

Hace lo mismo con el leproso, el ciego y el paralítico. Jesús acoge por igual al atormentado por el demonio, al enriquecido por herencia, que por eso desea saber qué es menester hacer para heredar la vida eterna, y al príncipe del pueblo que no sabe qué significa nacer de nuevo, del agua y del Espíritu Santo.

Jesús avergüenza a los sacerdotes-mercaderes del templo con su actitud amorosa para con todos, mientras las gentes sencillas, el pueblo llano despreciado por los encumbrados como desconocedor de la Ley de Dios, se acerca a Jesús y le sigue por dondequiera que va.

El Maestro olvida y enseña a olvidar las ofensas, y lo hace siendo generoso y valiente ante las adversidades y los adversos; siendo humilde en todos sus éxitos; trabajando y sudando por lo que realmente cuenta, es decir, el bienestar del ser humano, del prójimo necesitado, frente a los cebos del sistema siempre fraudulento.

*El Maestro saca a la luz el hecho incuestionable de que el orden establecido, entonces, hoy, y “hasta la consumación de los siglos” es el mayor y más sangriento de los desórdenes. Y realizar semejante labor es ser estandarte de una verdad afilada que hace sangrar a quienes pretenden mantenerse en su statu quo a cualquier precio.*

Si el orden establecido fuera bueno, no sería menester sostenerlo bajo la presión de la espada. Cuando la ley precisa de la amenaza, la opresión y la

violencia, no puede quedar más evidenciado que no se trata de lo que pretende ser. Así de sencilla es la realidad.

Jesús no acepta la divinización del dinero, ni de las medallas de los dioses del imperio, por muy rimbombantes que sean sus títulos e inscripciones.

*El Maestro no entra en el templo de la pirámide, porque su Padre, nuestro Padre, no tiene un ojo dentro de un triángulo; ni una "G" mayúscula dentro de un compás, ni el Santo Espíritu maternal del Dios Eterno es un águila con tantas plumas como grados pueden alcanzarse en los círculos masónicos y otras sociedades secretistas.*

Jesús lo hace todo a la luz, sin ocultismo ni logias cerradas a los no iniciados. No precisa de nada de eso para defender al hombre, sea un niño que necesita su bendición, o un escriba despistado, o una mujer sin nombre hallada en el mismo acto del adulterio por hombres que encubren al que adulteraba con ella, el cual pudiera incluso haberse escondido hábilmente entre la multitud de quienes habían venido con piedras en los bolsillos con el propósito de lapidarla.

A Jesús no le gustan los templos dominados y estructurados por los sacerdotes-mercaderes que divinizan las propiedades y los intereses, que exaltan el poder de su orden establecido, al que a veces denominan o ayudan a nombrar "patria", o "civilización", o "cultura", o "estado de derecho", o "religión universal", o lo que sea menester llamar. Al fin y al cabo, las palabras son gratis.

Al Maestro no le gusta el derecho que a base de fuerza puede convencer a todos de que lo *legal* y lo *justo* son una misma cosa por definición. Nada más alejado de la realidad, como algunos sabemos, y muchos intuyen, barruntan o sufren.

En el templo de los mercaderes, Jesús fue halagado, encomiado, aplaudido, saludado, insultado, calumniado, abofeteado, azotado, escupido, taladrado, crucificado, abandonado, porque los sacerdotes-mercaderes siempre actúan así.

A menos, claro está, que te dejes poseer y coronar con sus tiaras de hojalata. Pero no vayas a ubicar el templo de los mercaderes en ningún lugar en particular en la tierra, ni en ésta ni en la de en frente.

*¿Por qué? Porque los sacerdotes-mercaderes están en todas partes. Son una red muy tupida. Espesísima. Los rayos del sol no la pueden atravesar. Sólo divinizan el dinero y el poder, la propiedad privada que, como su propio nombre indica, es privada porque priva a los débiles y los convierte en debilitados y empobrecidos.*

Su culto es la soberbia, el orgullo, la hipocresía, el soborno y la prostitución del alma.

Jesús nunca será hallado en esas sedes que pretenden ser santas, pero sólo son colinas de sangre, aunque los mercaderes se empeñen en cubrirlas con muchas obras de arte.

Jesús siempre será hallado en la senda que recorrió aquí en la tierra, mientras estuvo entre nosotros como uno de nosotros para dar su vida por nosotros. Ese fue y será siempre su camino. No conoce otro.

*Nadie puede amar cadenas.  
Ní suyas ní de otros,  
Aunque sean de plata,  
Aunque sean de oro.  
Serán siempre cadenas  
Que hay que quebrar con furia,  
Que hay que romper al otro,  
Y a todos los que atados  
Ya no confían ní esperan.*

*Las cadenas no viven,  
Las cadenas no esperan  
Sino la mano firme  
Que las abra y destruya,  
Que las rompa y las quiebre.*

*De libertad, no de oro,  
Quiéren ennoblecerse  
Los hombres sin reposo,  
Los hombres sin cadenas.*

*Jy*

## LA RESPUESTA DEL ÉXITO

---

El éxito y la fama son bienes buscados siempre y por muchos, pero ellos mismos no son nada por sí mismos. Sólo son medios para alcanzar el lujo, la abundancia, los fulgores que deslumbran, la superficialidad de lo superfluo, valga la redundancia.

Los mercaderes del templo lo saben muy bien, y, naturalmente, lo explotan al máximo. Todo pagamos feudo al lujo, peaje a lo superfluo, mientras se corrompen las costumbres, se acrecienta la miseria de los empobrecidos, la relajación de los ricos, y el decaimiento de las instituciones. Esa es la inmensa paga que hemos de abonar.

El éxito y la fama, el lujo y el despilfarro son hijos deformes y grotescos del orgullo y la vanidad de los hombres.

También el éxito es divinizable. El maligno sabe esto muy bien. Tiene experiencia de primerísima mano. De lo suyo habla cuando de ello trata.

*“Y el maligno le llevó a Jesús a Jerusalem, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo; porque escrito está: A sus ángeles mandarás acerca de ti, que te guarden; y, en las manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Respondiendo Jesús, le dijo: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios.” (Lucas 4:9-12).*

Siempre que leo estas palabras en las páginas del Evangelio según Lucas pienso en los *tele-evangelistas* del mundo *evangelical* anglosajón y algunos de sus discípulos imitadores al otro lado del Río Grande y también de ultramar.

Siempre pienso en sus semejanzas con las convenciones norteamericanas, sean éstas religiosas, políticas o de alguna empresa de *multiventa piramidal*. Todas ellas responden al mismo corte y patrón.

Siempre pienso en la fiebre de nuestros días por alcanzar el éxito, por ganar, por superar cotas de ventas y de mercados; por alcanzar renombre y fama, por llegar hasta las más altas cotas de la gloria de los hombres.

Pero el Maestro, nuestro Salvador, nunca hizo un solo signo o señal con el objetivo de ser admirado por las multitudes. No aceptó aplausos ni condecoraciones. La Cruz de Jesús no fue medalla ni trofeo. Los éxitos espectaculares que siempre han emborrachado y siguen intoxicando a los

mercaderes-sacerdotes del templo no tienen lugar alguno en el corazón de Jesucristo.

*Por mucho que entonemos cánticos que digan “te glorificamos”, las palabras cortas, claras y concisas del Maestro no dejan lugar a ninguna duda.*

*“Gloria de los hombres no recibo. Mas yo os conozco, que no tenéis amor de Dios en vosotros. Yo he venido en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere en su propio nombre, a ése recibiréis. ¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?” (Juan 5:41-44).*

Resulta que el Señor conoce nuestros corazones y no se siente impresionado por nuestras manos elevadas, nuestras exclamaciones de alabanza y nuestras expresiones de glorificación, sean en forma de incienso o de canción, sino que es el amor de Dios en nuestros corazones lo único que le mueve a gloriarse Él en nosotros.

Aunque solamente nos hubieran llegado estas palabras de Jesús de Nazaret, ya tendríamos suficientes pistas como para descubrir a todos los mercaderes del templo, en cualquier momento de la historia, en cualquier lugar geográfico y bajo cualquier denominación. Pero el Maestro sigue hablando y nos dice más:

*“Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco y guardo su palabra.” (Juan 8:54-55).*

Mentira y éxito son dos pilares del templo de los mercaderes. La mentira, que procrea al éxito ante este sistema de explotación y muerte, y el éxito que tiene necesariamente que seguir nutriéndose de la inacabable mentira, hinchándose y creciendo, aumentando siempre de tamaño, como la nariz del muñeco de madera de *Collodi*.

El templo que Dios diseña nunca se sostiene sobre los pestilentes pilares del éxito fundado en la mentira que chorrea sangre e ignominia:

*“Y vació dos columnas de bronce... Estas columnas erigió en el pórtico del templo; y cuando hubo alzado la columna del lado derecho, le puso por nombre Jaquín, y alzado la columna del lado izquierdo, llamó su nombre Boaz.” (1º Reyes 7:15ª, 21).*

En el porche de entrada del templo de Jerusalem, como dos guardianes en el umbral de acceso al recinto sagrado, estaban ubicadas las dos columnas de bronce. El nombre de su creador fue inscrito en los archivos del templo: *Hiram de Tiro*, no el monarca del mismo nombre, sino un maestro artesano experto en la fundición y el funcionamiento del bronce, cuyas referencias se hallan en 1º Reyes 7:13-46; 2º Crónicas 2:13-14, y 4:11-16.

Este fundidor diseñó las dos columnas, de doce codos de circunferencia y dieciocho codos de altura cada una de ellas.

La columna de la derecha, *Jaquín*, cuyo significado es “Él se establecerá”, y la de la izquierda, *Boaz*, cuyo significado es “En Él está la fuerza”, apuntan claramente a la inamovible enseñanza de que el fundamento sólido del pueblo fiel es la fuerza del Señor, su santidad divina, y que fuera de ese ámbito sólo hay pestilencia y muerte, destrucción y desolación.

Estos dos pilares mostraban y muestran la legitimación del templo: *Sólo Dios establece, y sólo en Él radica toda la fuerza.*

La voz “*Jaquín*” es el hebreo “*Yaquín*”, de la raíz “*Qun*”, que significa “*fundar*”, “*establecer*”, “*poner cimientos*”.

Y la voz “*Boaz*”, es la transliteración del hebreo “*casa de fuerza*”.

Es decir, que la “*casa*” –recordemos que en el hebreo original al edificio no se le denomina “*templo*”, sino “*casa*”, “*casa de oración*” y “*casa de santidad*”- establecida por el Señor es la que recibe la verdadera fuerza para su existencia en el propósito divino, es decir, ser “*casa de adoración*” o “*casa de oración*” para todos los pueblos.

El templo de los sacerdotes-mercaderes no tiene esas columnas. Su puerta es muy ancha. Responde perfectamente al lema “*todo vale, vale todo*”, “*el éxito a cualquier precio*”. Lo importante es *triunfar, barrer, ganar, vencer, arrasar, lograr más ventas, más audiencia, más ofrendas, más sucursales, más ejemplares vendidos, más milagros, más fondos, más admiración, más fama, más renombre, más prestigio, más reputación, más eco en los medios...* Aunque haya que *falsear datos, que mentir, que ser hipócritas, que calumniar, que desprestigiar, que inventarse cualquier patraña.*

Jesús de Nazaret jamás pasará por el umbral del templo de los mercaderes, bajo las columnas y capiteles de la mentira y el fraude; por entre el éxito y la falacia; para hacerse valer; para hacerse notar; para darse a conocer.

*“Vinieron entonces los fariseos y comenzaron a discutir con Jesús, pidiéndole señal del cielo, para tentarle. Y Jesús, gimiendo en su espíritu, dijo: ¿Por qué pide señal esta generación? De cierto os digo que no se dará señal a esta generación. Y dejándolos, volvió a entrar en la barca, y se fue a la otra ribera.” (Marcos 8:11-13).*

*“Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: “¡Bah! Tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo, y descende de la cruz. De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciendo, se decían unos a otros, con los escribas: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar.” (Marcos 15:29-31).*

Los mercaderes del templo organizarían un tremendo “*show*” con la resurrección del Maestro. Me los puedo imaginar con sus cámaras de televisión, con sus focos de luz, organizando maratones para levantar fondos, haciendo promesas vacías a los ingenuos contribuyentes. ¡Ese sí que sería un auténtico tinglado!



Puedo pensar en exclusivas de prensa, radio, televisión e Internet. Imagino la venta de entradas, con *fila cero* para quienes estén tan ocupados que no tengan tiempo para venir y ver el espectáculo, y así, comprando este tipo de *ticket* poder tranquilizar su conciencia endurecida por tanto *edulcorante espiritualoide*.

Se producirían millones de ejemplares de DVDs, con la advertencia del *peligro de incurrir en responsabilidad criminal para quienes realicen copias ilegales*.

Pero el Maestro, que se expone ante los grandes según el mundo durante su juicio y expolio, no se presenta ante ellos en su resurrección.

El Cristo Resucitado no se aparece a Poncio Pilato, ni al Sumo Sacerdote de Israel, ni ante una sesión extraordinaria del Sanedrín, sino que se manifiesta a los suyos, a aquellos a quienes Él había elegido y llamado; a los pobres, sencillos y vulnerables discípulos –primeramente a sus discípulas-, comprendidos aquellos que le habían abandonado, incluso aquellos que le habían negado; aquellos que habían fracasado estrepitosamente; también al que tanto le había costado creer en la resurrección del Maestro. Ahí estamos todos representados.

*Por eso es que cuando le vieron resucitado “le adoraron; pero algunos dudaban”. Pero Jesús “se acercó, y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra.” (Mateo 28:17-18).*

Los discípulos adoran a Jesús. Son los más íntimos, pero no queda excluida la duda. El Señor se acerca también a los que dudan. Él no viene a reprochar sino a acercarse. Y la potestad, toda, es dada a Jesucristo, no a la iglesia.

*A nosotros lo que se nos da, lo que se nos encomienda, es que vayamos y hagamos discípulos para Jesús entre todos los pueblos de la tierra, bautizándoles en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles que guarden todas las cosas que Jesús nos ha mandado.*

Y, naturalmente, se nos asegura que nunca nos faltará la presencia del Señor por medio de su Santo Espíritu:

*“He aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo.” (Mateo 28:19-20).*

Los grandes y poderosos, según el sistema del desorden total de este mundo caótico, pudieron ver a Jesús machacado sobre la cruz del imperio, sobre la Cruz del Calvario. Se les permitió contemplar a Jesús agonizante y a su cadáver. Pero la imagen del éxito según Dios Padre, del triunfo de la resurrección, no se les otorgó verla, por cuanto no era para ellos, sino para aquellos a quienes Jesús había llamado.

Suyos eran. No perfectos, sino suyos. No carentes de fallos, sino suyos. No immaculados, sino suyos; frágiles, débiles, imperfectos, vulnerables. Por eso es que ni el abandono, ni la negación, ni la falta de fe, pudieron separarles del amor del Maestro.

Ni la cercanía ni el distanciamiento; ni la fe ni la duda, fueron determinantes. Lo definitivo era y es que Jesús los había escogido y llamado; que eran suyos, por mucho que les costara creer en Él. El Maestro había puesto en ellos su llamada, su voz, su mirada.

Ni la llamada, ni la respuesta del éxito dejaron huella en Jesús. En el Maestro sólo dejaron marcas los odios y las envidias de los mercaderes del templo.

En el Señor sólo dejaron sus huellas los comerciantes de la miseria, no los vendedores de ovejas, cabras y palomas; ni los cambistas del dinero en circulación por la moneda exclusiva del templo.

Los mercaderes de la miseria humana y los políticos del fraude y el despotismo, a veces religioso y a veces ilustrado, fueron quienes dejaron huellas sobre Jesús. Pero el Maestro transformó todas aquellas marcas y cicatrices en signos imborrables de amor y entrega, de sacrificio y don.

Los mercaderes del templo sólo viven y sólo sueñan con el éxito, la ganancia, el prestigio, el renombre, la influencia social y política, la gloria del mundo y sus destellos engañosos... Pero Jesús perdió para ganar... No ahorró ni escatimó su vida, para de ese modo ganarla y ganar la de muchos, en verdad y para siempre.

En el templo de los mercaderes sólo cuenta el camino hacia el éxito. Pero Jesús nos muestra cuáles son las cosas verdaderamente importantes de la vida. Por eso es que con la mirada depositada en Él logramos el valor para salir y luchar por ellas.

El éxito para Jesús es lograr ser visto por sus discípulos bajo la apariencia del empobrecido e injusticiado.

Pasando por entre las columnas que flanquean la puerta del templo verdadero, vamos a hallar las fuerzas para trabajar a favor de las cosas que cuentan, esas que no son "cosas", sino personas y situaciones que es menester humanizar para que pasen de ser objetos a ser sujetos, como el muñeco de madera de *Collodí*, que llega a ser de carne por el camino de la prueba y del amor.

Así es como descubrimos las cosas que no pueden ser perdidas ni hurtadas; las que se hacen *carne y hueso* en nuestro ser y en nuestro *estar*.

Nuestra mirada en Jesús, el autor y consumidor de la fe, nos iluminará para ver y buscar las cosas de la vida que son verdaderamente importantes por poseer vida, aliento y movimiento. Las cosas inanimadas quedarán atrás, cubiertas de polvo sepulcral.

*"Haya, pues, en vosotros ese sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están*

*en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre.” (Filipenses 2:5-11).*

La respuesta del éxito no es de factura cristiana. No sabe ni huele a Jesús de Nazaret. Su aroma no es fragancia divina sino el pestilente olor de las heces y la putrefacción, por muy blanqueados que sean los sepulcros que intenten cubrir y tapar su hedor.

La casa fuerte establecida por el Señor radica en la entrega, en la renuncia, en la humillación y en la obediencia.

El renombre del mundo no cuenta. El éxito y el prestigio del sistema son perecederos. Lo importante es el nombre que el Padre tiene para cada uno de los hermanos menores de Jesús de Nazaret.

*Los poetas fallecen en las tierras latinas:  
O les cortan las manos,  
O les meten en tinas.*

*Los poetas fallecen  
En las tierras hispanas:  
O les lidian en plazas  
O les rompen el alma.*

*Los poetas son miembros  
De los clubes de muertos:  
Viven en corazones  
O reviven en huertos.*

*Los poetas son siempre  
Conciencia que delata,  
Voz que resuena queda,  
Tambores de hojalata  
Que reprimen las bestias  
Del amor a la patria.*

*JY*

## LA RESPUESTA POLÍTICA

---

*En su sentido etimológico, “política” es todo aquello que afecta y concierne a la “polis”, las relaciones entre los hombres y todo cuanto incide en la marcha de la sociedad y su organización. Pero los mercaderes del templo han impregnado a la política con un olor nauseabundo e inequívoco de muerte y corrupción.*

El mundo de la política es exclusivamente lucha por el poder. El pretexto es que se precisa el poder para servir. Luego verificamos que el poder sirve fundamentalmente para servirse de él. De ahí que el poder haya de refugiarse tras desconfianzas y secretismos.

Así es como vemos a quienes acceden al poder político o religioso, o al maridaje entre ambos, sumidos en lejanías y soledades, como esos dirigentes que cuando logran hacer una escapadita a la playa, han de rodearse de guardaespaldas y escoltas para que sus hijos puedan construir un castillo de arena.

Mientras tanto, los verdaderos inquietos por trabajar sirviendo a la sociedad, han ido quedando tirados por las cunetas de la propia sociedad. Algunos han optado por escapar de las sendas políticas y religiosas porque han comprendido, o se les ha dicho abiertamente, que la condición imprescindible para un político o un mercader del templo radica en no creer su propio discurso. Con razón ha dicho un fino humorista que *“los políticos con oficinistas superpagados”*.

No somos ilusos. Sabemos que toda sociedad humana necesita organizarse. Nuestra propia vida biológica es resultado de una meticulosa organización. De ahí que hablemos de *“organismos”*. Pero lo que no podemos comprender es que esta organización sea perenne, que no pueda cambiarse, que no admita alternativas, aunque a todas luces quede demostrado mil veces al día que no funciona por la llana razón de que no es funcional, sino un embrollo exclusivamente establecido para mantener el poder en las manos en que se halla.

También sabemos que el poder de los mercaderes-sacerdotes del templo corrompe, por cuanto está corrompido, y que cuando ese poder es absoluto, entonces corrompe absolutamente.

Es más que evidente que los mercaderes del templo son expertos en esta materia. Ellos son los responsables de haber introducido en la iglesia esa terminología extraña, foránea, desconocida para Jesús, como, por ejemplo, las voces “líderes” y “liderazgo”, extraídas del campo de la política y ajenas completamente a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

El Maestro enseña mansedumbre y humildad. Pero los mercaderes necesitan dirigentes, agresivos vendedores, *comerciales* –como se les llama hoy- políticos sagaces, “líderes carismáticos”, elocuentes manipuladores de las conciencias de los hombres, y de los débiles mentales en particular, quienes son los más proclives a caer en las redes de las sectas de toda naturaleza e impronta.

El Maestro capacita para la vida, y lo hace dándonos vida, y vida en abundancia, pero no para lograr superventas, ni para disparar suscripciones, ni para contemporizar con los grandes según este mundo y establecer con ellos acuerdos y compromisos.

*Jesús no se acerca a la lujosa mansión de Herodes para solicitar una asignación para su recién fundada ONG, y así puede dedicarse a seguir predicando a las gentes a ser “buenos chicos”, a portarse bien, pagar impuestos, no cuestionarse absolutamente nada, y de ese modo dejar que pasen días y caigan ollas.*

*“Aquel mismo día llegaron unos fariseos, diciéndole: Sal, y vete de aquí, porque Herodes te quiere matar. Y Jesús les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día termino mi obra.” (Lucas 13:31-32).*

Dos cosas: Jesús estorbaba a Herodes. Esa es la primera y evidentísima. Y la segunda, que suele pasar inadvertida, es que Jesús también tenía amigos entre los fariseos. Pero a nuestro Señor nunca le atrajo el poder de dominación. Tuvo conflicto con él desde su mismísimo nacimiento. Y el poder de dominación se persiguió siempre y en todo momento.

*Después lo haría contra los cristianos, hasta el día en que Constantino puso en práctica aquello de “cuando no puedes vencer a tu enemigo, únete a él”. De ese modo surgió un cristianismo establecido, estatalizado, irremediablemente dirigido hacia la fusión de la cruz y la espada, del altar y el trono.*

De ahí que llegara el día en que el poder de dominación descubrió que mejor que perseguir a los cristianos sería comprar a los más débiles de entre ellos. Les deslumbró con los brillos engañosos del imperio. Les invadió y desvió. Esto ha ocurrido muchas veces, y sigue aconteciendo hasta el día de hoy. Naturalmente, las formas y maneras en que estos maridajes entre el poder y la religión se llevan a efecto son cada día más sutiles, más civilizados.

Así se explica cómo la iglesia del que nos ordenó que aprendiéramos de él, manso y humilde de corazón, llegara a convertirse en una organización piramidal, inspirada casi al milímetro en la estructura del mismo imperio que crucificó a Jesús de Nazaret.

De ese modo podemos entender el proceso mediante el cual aquella institución pasó de ser perseguida a convertirse en perseguidora; de pobre a administradora de poderes y haciendas, de ritos y privilegios; de servidora a servida, bajo amenazas, hostigamientos, arrogancias y pompas cesáreo-faraónicas.

La iglesia del imperio se hizo imperialista. No podía ser de otro modo. El medio siempre mediatiza. Y cuando el medio posee todos los poderes, entonces el resultado es rápido y alcanza todos los niveles.

En otras épocas y en otras latitudes, la iglesia se haría republicana, y en la América anglosajona se darían fórmulas de iglesias autónomas en las que los individuos podrían votar en asambleas y convenciones. La naturaleza camaleónica del sucedáneo del proyecto de Jesús es más que obvia.

Esa iglesia que se volvió imperialista no fue nada más que el resultado de estar al servicio de los poderes opresores y represivos, lo que convierte siempre a los siervos y beneficiarios en instrumentos de opresión y represión. Tampoco puede ser de otra manera. Es un círculo absolutamente inevitable.

*Cuando prolongadamente se evita reparar en la naturaleza perniciosa de una institución, es menester recubrirla con apariencias de bondad. Pero el tiempo y el más elemental análisis siempre saca a la luz lo que pulula en su interior. Como decía Thomas Paine, “toda institución religiosa que aterroriza a los hombres es una secta perniciosa... La creencia en un dios cruel vuelve crueles a los hombres... De todas las tiranías que afectan a la humanidad, la religiosa es la peor de todas.”*

La iglesia que Dios diseñó, con Jesucristo como fundamento, para crecer desde la base hacia el Buen Pastor, cayó entonces y sigue cayendo hoy en el tremendo error de pretender crecer desde el poder hacia la base. De ahí su naturaleza opresiva.

Mientras tanto, Jesús ha sido desplazado de su lugar. Muchos que se autodenominan dirigentes o líderes cristianos no quieren a Jesús como su único modelo.

Se va extendiendo a marcha acelerada el olvido de que el Maestro descendió a la llanura de los hombres sencillos del pueblo para hacerse uno más, para ponerse a la fila y esperar su turno para ser bautizado y para todas las demás cosas. Jamás adelantó puestos esgrimiendo privilegios de clase alguna.

Jesús vino para ser servidor de todos, para sufrir a manos de quienes ostentaban y detentaban dignidades, poderes, títulos, privilegios y honores.

Son más que sorprendentes las palabras de Jesús a la iglesia representativa del final de la historia, según las hallamos en el mensaje de Jesucristo a la iglesia de Laodicea, una de las iglesias de Asia que desaparecieron por no escuchar la voz del Señor, como han dejado de existir muchas otras, y así seguirá aconteciendo hasta el Segundo Adviento del Señor:

*“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo.” (Apocalipsis 3:20).*

¿Cómo podemos entender que Jesucristo esté a la puerta de su propia iglesia? ¿Qué ha sucedido para que haya dejado de ocupar el lugar que le pertenece por derecho propio? ¿Cómo ha permitido el Señor semejante agravio? ¿Quién ha expulsado a Jesús de la iglesia que Él mismo compró con su sangre?

Con Jesús a la puerta, desplazado por los mercaderes del templo de todos los tiempos, en una paradójica situación que se va acentuando más según avanzamos en la apostasía, la iglesia institucional olvida la necesidad de oír la voz del Señor por medio de la Escritura y del Espíritu Santo.

Así se vuelve refractaria a la voz del Señor. Jesús es su gran estorbo, su mayor molestia. Y de esa manera penetran otras voces, de desamor, de muerte y desolación.

*Pero no pensemos que la respuesta política es un fenómeno exclusivamente constantiniano o postconstantiniano. Es algo que hallamos dentro del mismísimo grupo de los más íntimos discípulos del Maestro:*

*“Entonces Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se le acercaron, diciendo: Maestro, querríamos que nos hagas lo que pidiéremos. Él les dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís.” (Marcos 10:35-38a).*

Aquello produjo un gran enfado entre los otros diez discípulos. Los hijos de Zebedeo habían quedado expuestos ante los demás. Era más que evidente que buscaban la manera de destacar, ser superiores a los demás, trepar, y ocupar posiciones de poder de dominación. No habían comprendido el sentido del Reino de Dios, de la gloria venidera, donde esperaban ocupar posiciones de privilegio sobre los otros discípulos.

A pesar del tiempo que llevaban compartiendo la vida con Jesús, sus aspiraciones no eran distintas a las de los mercaderes-sacerdotes del templo. Necesitaban satisfacer sus apetitos de grandeza, de distinción, de supremacía. Y, naturalmente, los otros apóstoles se enojaron con ellos, probablemente porque, aunque tales aspiraciones eran compartidas, aquellos dos habían sido más rápidos, habían tomado la iniciativa de iniciar la carrera a la caza de favores y prebendas.

*No es que los otros diez fueran más espirituales y se contentaran con la posición que ocupaban. No eran más generosos y desprendidos que Jacobo y Juan. Sencillamente, se alarmaron al comprobar que aquellos dos compañeros suyos habían tomado una iniciativa hacia la obtención del poder; se habían despegado del “pelotón”, como en el ciclismo, y habían emprendido una campaña política por su cuenta.*

Jacobo y Juan habían sido más abruptos, más directos, en la expresión de sus ambiciones políticas, pero, ciertamente, los otros no estaban exentos de la misma fiebre por el poder de dominación.



Generalmente, los que más odian a los mercaderes del templo son quienes querrían formar parte del gremio, pero les está vedado. Una prueba de lo que venimos diciendo se halla en el siguiente texto del Evangelio de Lucas:

*“Hubo entre ellos una disputa acerca de quién de ellos parecería ser el más importante de todos.” (Lucas 22:24).*

Debieron creer que aquella discusión le había pasado inadvertida al Maestro. Por eso habían optado por hablar de sus planes por el camino, en esos *pasillos* que los buscadores de privilegios hacen a las espaldas de los demás. Pero no habían logrado su objetivo de que el Maestro no les descubriera en sus planes políticos, por cuanto Jesús sabía lo que había en sus corazones:

*“Llegó a Capernaum. Y cuando estuvo en casa, Jesús les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Pero ellos callaron, porque lo que habían disputado los unos con los otros en el camino era sobre quién era el más importante de ellos.” (Marcos 9:33-34).*

Podemos imaginar su cara de sorpresa al verse descubiertos en el *pasillo* que habían construido a espaldas del Maestro. Esto es frecuente. Lo hemos vivido, y, tristemente seguimos experimentándolo en nuestra vida pastoral. Falta claridad y veracidad en nuestros círculos contaminados, de los cuales sólo es posible salir mediante el arrepentimiento y la confesión del pecado.

Y es que a pesar de la intimidad con Jesús, los apóstoles siguen pensando en términos de instancias de poder de dominación, según el patrón de los mercaderes del templo de todos los tiempos. Reconozcamos que ninguno estamos completamente limpios de esta mugre viscosa y contaminante que a todos alcanza y contagia, por cuanto es condición humana, y pertenece a nuestra vieja naturaleza carnal.

Aquellos discípulos, como tantos hasta nuestros días, creen que Jesús ofrece como alternativa al poder otro poder, paralelo o enfrentado; superior, naturalmente, pero, sin embargo, nada más que otro poder en definitiva, que una vez establecido seguirá por los mismos derroteros del que pretenderá haber salido.

Entonces el Maestro les convoca y pacientemente procede a aclararles los términos:

*“Entonces Jesús les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que tienen autoridad sobre ellas son llamados bienhechores. Pero entre vosotros no será así; sino que, más bien, el que entre vosotros sea el más importante, será como el más nuevo; y el que dirige, como el que sirve. Porque ¿quién es el más importante: el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿Acaso no es el que se sienta a la mesa? Sin embargo, yo estoy en medio de vosotros como el que sirve... Si alguno quiere ser el primero, deberá ser el último de todos y el siervo de todos. Y Jesús tomó a un niño y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que en mi nombre recibe a alguien como este niño, a mí me recibe; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí, sino al que me envió.” (Lucas 22:25-27; Marcos 9:35-37).*

La respuesta política no sirve para Jesús ni para los intereses del Reino de Dios en la tierra. La grandeza y la primacía no radican en los valores y el sentido que el sistema mundial aprecia. Sólo desde la libertad del amor al éxito, y el desprendimiento de los apegos al dinero y al poder es factible la importancia de la primacía como Dios la concibe.

Por eso es que Jesús estorba a los mercaderes del templo, de entonces y de siempre. Porque Jesús rompe todos los patrones y escandaliza. Él siempre es piedra de tropiezo para quienes tienen su dios en el vientre y en su bolsillo.

Jesús sigue estorbando a los vendedores de religión, comedores de casa de viudas, luchadores por las prebendas del estado secular o de cualesquiera patrocinador que se presente a tiro.

Jesús es sumamente molesto porque enseña con palabras y confirma con su vida que la grandeza para Dios está en el servicio.

La primacía radica en el amor, comprendidos incluso los enemigos. Nunca en el afán por el poder de dominación.

Jesús mismo explica y aclara que el Hijo de Dios es también el Hijo del Hombre, y que no ha venido para ser servido, sino para servir, y para poner su vida en rescate por sus hermanos los hombres.

Los mercaderes del templo, sacerdotes y laicos por igual, no pueden servir, pero no a causa de que no posean medios para hacerlo, sino, antes bien, por la manera en que han adquirido lo que poseen.

El problema no es la riqueza de los mercaderes en sí, y mucho menos la abundancia, sino la manera en que han logrado sus bienes y la forma y manera de usarlos. Ahí radica su impedimento para compartir con los necesitados. La contaminación de sus posesiones radica tanto en la manera en que fueron adquiridas, como en que son de naturaleza diferenciante y excluyente.

Los mercaderes del templo no son libres porque no sirven a nadie. Sólo se sirven a sí mismos. Y no hay esclavitud mayor imaginable.

Verdaderamente libre sólo es aquel que está dispuesto y disponible para servir a los otros, por cuanto el servicio en bien del prójimo libera siempre.

Mejor es no entrar en el templo de los mercaderes; pero si hemos entrado, la única manera de salir de él es sirviendo a otros.

Al hacerlo, descubriremos que no es que nosotros hayamos entrado en el templo mercantil, sino que éste ha penetrado en nosotros.

*Te hablé en todas las lenguas del universo.  
Me hubieras encontrado en el reverso  
De cada hoja y en cada beso.*

*Se oscureció mi piel,  
Y tú me hiciste esclavo.*

*Mis ojos se oblicuaron  
Y tú me bombardeaste desde el cielo.*

*Me extendí como árbol gigantesco  
Y tú inmisericorde me talaste.*

*Como flor en aromas de fragancia  
Me acerqué hasta tu vida,  
Y tú me segaste el tallo con premura.*

*Como un tierno bebé no deseado  
Me has matado legislativamente.*

*Hoy comencé a trinar  
Y tú me has encerrado en una jaula.*

*Seguramente te morirás de tristeza  
Mientras sigas cumpliendo  
Tu condena,  
Tu cadena perpetua,  
Tu soledad  
Y tu amargura.*

*Pero yo seguiré hablándote cada día  
En todas las lenguas del universo.*

*JY*

## **POBRES, CAUTIVOS, CIEGOS Y OPRIMIDOS**

---

La inmensa mayoría de los seres humanos precisamos de rivalidad para ganar, de exhibicionismo para sentirnos gratificados, y de autocomplacencia para seguir luchando. Por los caminos de la vida y sus quehaceres.

Sólo el hombre es capaz de basar su autoestima en signos externos de riqueza.

Los mercaderes del templo también necesitan un espejo a la medida de su narcisismo para seguir reflejándose en él.

Y mientras sueñan ensimismados pueden continuar con sus mil y un ritos para encubrir y justificar la explotación, la miseria y la ignorancia.

Entre temores y codicias, el estado secular necesita a los mercaderes del templo para darle a su sistema un sentido de trascendencia. Y por su parte, el templo de los mercaderes precisa igualmente un brazo secular que le rodee y proteja de la voluntad posesiva de quienes sólo esperan expulsar a unos y a otros para pasar ellos a ocupar sus respectivos lugares de poder.

Jesús hace acto de presencia y descubre, saca a la luz, que sin amor todo es mentira, y que el amor está por encima de todo; que no existe una verdad mayor que el amor.

El Maestro pone su dedo en la llaga. Con su palabra y su acción queda completamente despejado el horizonte. No falta amor, falta amar.

A Dios, que es amor, no se le ha agotado el amor que sigue derramando por el Espíritu Santo en los corazones de los hombres.

Jesús viene a buscar y salvar lo que se había perdido. Nadie queda excluido. Sus ovejas, tuyas porque el Padre, que es mayor que todos, se las ha dado, oirán su voz, porque la reconocerán, y seguirán al Buen Pastor, y nadie las arrebatará de su mano.

Aunque viene a por todos, hay una urgencia mayor respecto a los más marginados y olvidados de todos. En ellos es en quienes se puede contemplar la vida en su máxima expresión.

Este planeta no puede ser representado honestamente por una vista del Golden Gate sobre la Bahía de San Francisco, ni por las Torres Gemelas de Nueva York, ni por su presencia ni por su ausencia.

Esto sería ignorar que el ochenta por ciento de la humanidad lo está pasando cada día peor, y todo ello para que los grandes magnates aumenten sus fortunas, y a nosotros, nos llenen la vista con el escaparatismo consumista.

*Como ha dicho Jon Sobrino: "Desde el reverso de la historia aparece la verdad de la historia."*

También podríamos decir que no sólo existe el reverso de la historia, sino que también existe el anverso. Es el lado oscuro desde donde se planifican la explotación y la muerte; desde donde se compran y se venden cosechas enteras de café y de cacao hasta varias decenas de veces antes de que ni siquiera se hayan recolectado...

Desde donde se programa la muerte prematura de los verdaderos pobres del planeta...

Desde donde se diseñan y refinan los mecanismos, a veces sofisticadísimos, del expolio y de la destrucción de pueblos enteros...

Desde donde se estructuran las bases para el fortalecimiento del sistema de enriquecimiento de unas pocas familias oligárquicas a costa de millones.

Y es que cuesta crear muchos empobrecidos para fabricar un enriquecido.

*"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, para poner en libertad a los oprimidos y para proclamar el año agradable del Señor." (Lucas 4:18-19).*

Con estas palabras tomadas del libro del profeta *Isaías 61:1-2* y *58:6*, comenzó Jesús su predicación del Evangelio en la sinagoga de Nazaret, donde se había criado. Eran palabras alegres, llenas de esperanza, pero el espíritu nacionalista de los religiosos presentes en aquella celebración no les permitió recibir la buena nueva que Jesús traía. ¿Por qué? Porque era para todos, sin excepción, sin exclusivismos.

Jesús alabó a los extranjeros con sus palabras. Se refirió a una viuda de Sarepta de Sidón y al sirio Naamán:

*"Jesús les dijo: Sin duda me diréis este refrán: Médico, cúrate a ti mismo; de tantas cosas que hemos oído que se han hecho en Capernaum, haz también aquí en tu tierra. Y añadió: De cierto os digo, que ningún profeta es acepto en su propia tierra. Y en verdad os digo que muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando el cielo fue cerrado por tres años y seis meses, y hubo una gran hambre en toda la tierra, pero a ninguna de ellas fue enviado Elías,*

*sino a una mujer viuda en Sarepta de Sidón. Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo; pero ninguno de ellos fue limpiado, sino Naamán el sirio.”*

El resultado fue tremendo, peor que la peor reunión administrativa en una de esas iglesias viejas de gobierno congregacionista, cuando los “diablóconos” y otras especies similares, como, por ejemplo, las familias influyentes de las iglesias –esas que amenazan con retirar sus diezmos y ofrendas si no se hacen las cosas como ellos quieren- deciden destruir a un pastor joven, y acabar con él o con ella siguiendo la práctica adquirida en el curso de los años; por cuanto ni creen ni aceptan autoridad alguna, a menos que sea el sucedáneo carnal de su propio mangoneo, al estilo de los politicastros y caciques pueblerinos decimonónicos y actuales.

En aquella ocasión, se alzaron airados sobremanera contra Jesús. No estuvieron dispuestos a seguir escuchando al Maestro, porque no querían oír la Palabra de Dios, sino que les recrearan sus oídos y tranquilizaran sus conciencias, estimularan su espíritu nacionalista y les edulcoraran el espíritu recordándoles que pertenecían al pueblo escogido. Pero, resulta que Jesús nunca estuvo dispuesto a semejante *performance*.

Le tomaron en volandas y le condujeron fuera de la ciudad, tal y como harían con Él en su crucifixión, llevándole hasta un promontorio con intención de despeñarle. Pero Jesús pasó por en medio de ellos y se fue. Su tiempo no había llegado todavía para entregar su vida. Tenía que morir a manos de gentiles, con el beneplácito de las autoridades judías del templo de Jerusalem y el brazo ejecutor del imperio romano invasor.

*“Al oír estas cosas, todos en la sinagoga se llenaron de ira; y levantándose, le echaron fuera de la ciudad, y le llevaron hasta la cumbre del monte sobre el cual estaba edificada la ciudad de ellos, para despeñarle. Mas él pasó por en medio de ellos, y se fue.” (Lucas 4:28-30).*

Las instituciones que usan el prefijo “iglesia” han venido haciendo esfuerzos enormes espiritualizando éste y otros textos evangélicos, con el más que evidente propósito de que el menor número posible de creyentes y no creyentes se percataran de que Jesús hablaba de pobres reales y auténticos; de los que pasan hambre y sed, carecen de techo y huelen mal.

Jesús de Nazaret tuvo y tiene preferencia por ellos. Y “preferencia” significa, como en las filas del teatro o de la sala de conciertos, que ellos tienen derecho concedido por Dios para ocupar el primer lugar; ciertamente, no el único, pero sí el primero; aunque los otros, los acomodados, los “decentes de toda la vida”, crujan sus dientes y se levanten y echen fuera de la ciudad al profeta de turno, y quieran despeñarle al abismo, o declararle “*suspense ad divinis*”, o estigmatizarle como proclamador de “*doctrina no sana*”, o diagnosticarle “*no tener un buen espíritu*”, o cualesquiera sea la terminología convencional de la secta de turno.

Aquella enseñanza del Maestro, como en todas las demás, no fueron sólo palabras duras y penetrantes hacia los hipócritas, sino también hechos, por

cuanto toda la docencia y la obra de Jesús respondió a esta declaración profética.

El Maestro predica y actúa en consecuencia con su propia vivencia de relación paterno-filial con su Padre. El Dios de Jesús hace llover y que luzca el sol sobre justos e injustos. Por eso no puede aprobar las riquezas diferenciadoras, ni las marginaciones, ni los privilegios, ni los absolutismos, ni las palabras sin diálogo, ni los lugares seguros al precio de que los otros no tengan ninguna seguridad.

Para quienes se percatan del alcance social y profético de los Salmos, más allá de su belleza litúrgica, su mensaje es un impacto directo a la conciencia:

*“Librará al necesitado que suplica y al pobre que no tiene quien le socorra. Tendrá piedad del pobre y del necesitado, y salvará las vidas de los necesitados. De la opresión de la violencia redimirá sus vidas, la sangre de ellos será preciosa a sus ojos.” (Salmo 72:12-14).*

*“Clemente y compasivo es el Señor, lento para la ira y grande en misericordia. Bueno es el Señor para con todos, y su misericordia está en todas sus obras.” (Salmo 145:8-9).*

Sólo los pobres reales esperan y esperarán genuinamente la venida del reinado de Dios. De ahí se desprende que en la propia esencia de la pobreza auténtica se muestre siempre un claro signo de *mesianidad*, que no de *mesianismo escapista* para unos, y *“montaña de caña de azúcar”* para la más fácil manipulación por parte de los explotadores, los auspiciadores de los mercaderes del templo.

Esto queda perfectamente claro en el mensaje de Jesús que tradicionalmente conocemos como las *“Bienaventuranzas”*, el mensaje más revolucionario de todos los tiempos, tristemente edulcorado y espiritualizado por los mercaderes-sacerdotes del templo.

*“Bienaventurados vosotros los pobres, porque vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora tenéis hambre, porque seréis saciados. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. Bienaventurados sois cuando los hombres os aborrecen, cuando os apartan de sí y os vituperan, y desechan vuestro nombre como si fuera malo, por causa del Hijo del Hombre. Gozaos en aquel día y saltad de alegría, porque he aquí vuestro galardón es grande en los cielos, pues así hacían sus padres a los profetas. Pero, ¡ay de vosotros los ricos! Porque estáis recibiendo ya vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que ahora estáis saciados! Porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que ahora reís! Porque lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.” (Lucas 6:20b-26).*

Lejos de todas las espiritualizaciones rocambolescas, fruto de piruetas exegéticas de los teologuillos al servicio de los grandes mercaderes, esta es la visión del Reino de Dios que Jesús de Nazaret nos ha dejado.



Los mercaderes del templo han tratado de ocultarla bajo sus revestimientos, pero su fuerza es infrenable, y en cada uno de los esfuerzos por reformar la iglesia, la visión ha brotado poderosa, si bien, o ha sido sofocada violentamente, o bien el poder del estado secular se ha encargado de reducirla hasta hacerla desaparecer.

Pero este es el reinado de Dios, no un “Reino” lejano, con consonancias a los reinos de este mundo, con imágenes de retablo tradicional, estático, frío, alejado de la historia y sin proyección al futuro.

El Señor ha puesto una mesa en la que hay un *plato* con comida abundante para cada hombre. Si alguien llega hasta la mesa y no encuentra su *plato* es porque alguien lo ha tomado sin permiso; o bien ha corrido más, por ser más rápido o más dotado, o por cualesquiera otra causa; pero es incuestionable que ha tomado lo que no era suyo, lo que no le pertenecía. Después lo hallaremos vendiendo los platos de los otros a quienes tengan dinero para comprarlos. Y quienes no lo tengan, se morirán de hambre.

La verdad indiscutible es que hay muchos millones de hombres y mujeres sin plato. Cada día son más. Por eso Jesús enseña con prístina claridad que si alguien va a ser privilegiado, éstos van a ser los desgraciados, los marginados, los desposeídos, los injusticiados, los tenidos por nada por el sistema mundial de los poderosos que sostienen y auspician a los mercaderes del templo.

*Definitivamente, Jesús de Nazaret ha enseñado que el Reino de Dios pertenece a los sin plato. Por eso es que Jesús no puede reconocer, ni bendecir, ni presidir una iglesia, ni veinte mil denominaciones, más numerosas que las de los vinos y los quesos, que sostiene, a cambio de ser sostenida, la justificación de un sistema que produce una brecha cada vez mayor entre los poseedores y los desposeídos, entre los enriquecidos y los empobrecidos, entre los acaudalados y los marginados, entre los que circulan por amplias avenidas y los que se arrastran por senderos enlodados.*

Esa no es la iglesia del Resucitado, el que fue pobre en Nazaret, y ahora ha vuelto a ser el Verbo de Dios hecho Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec, quien intercede por los suyos desde el Santuario Celestial, en el que penetró después de haber vencido a la muerte.

Porque no es su iglesia, el nazareno resucitado y glorificado se queda a la puerta. Ha sido desplazado y echado fuera. No la reconoce como suya, aunque le pertenece por derecho propio. Allí está esperando que alguien se arrepienta, se dé la vuelta y abra la puerta al Señor. Su relación es con el hombre, varón y mujer, no con los nombres afectados del orgullo humano, los cuales no hayan eco en el corazón del Señor.

Mientras tanto, en el templo de los mercaderes se sigue confundiendo lo legal con lo justo. Por eso hay poca justicia pero multitud de leyes, normas, reglamentos, decretos, declaraciones de principios que nunca salen de su estado cadavérico en el papel o en cualquier otro soporte.

En el templo de los mercaderes siguen confundiendo la paz con la seguridad; el poder con la autoridad; el orden con la represión; los reinos de este mundo

con el reinado de Dios, y el largo etcétera de eufemismos y frases estereotipadas que conforman el laberinto de la antigua farsa.

Los mercaderes del templo siguen acumulando riqueza y poder mediante todo tipo de influencias. Suponemos que seguirán empleando en determinados círculos la clave de la confesión de las mujeres de magnates, políticos, ejecutivos y demás ejemplares de la *jet set* y la *beautiful people*, aunque suponemos que semejantes especímenes no practicarán tanto la confesión auricular en nuestros días como lo hicieron en tiempos algo pretéritos.

Las riquezas injustamente adquiridas, amparadas por la legalidad, seguirán acumulándose en las arcas de los mercaderes del templo. No repararán en si han sido obtenidas mediante la explotación del hombre por el hombre, o por la acción de sojuzgar la tierra. Ellos no saben lo que significa ser ricos para Dios por cuanto los mercaderes del templo son “*dios*” para sí mismos.

Son ciegos y sordos al clamor de los hambrientos que no hallan *plato* a la mesa; a los gritos de desesperación de los que reclaman a sus desaparecidos; a los campesinos sin tierra; a los niños de los campamentos de refugiados; a las madres de alguna plaza de América; a los más pequeñitos, a quienes no se les reconoce ni siquiera el derecho a nacer.

Jesús nos enseña a mirar para ver, porque, sencillamente, no sabemos hacerlo. Mucha televisión. Mucho cine. Muchos escaparates. Muchas consolas. Mucho ordenador. Y nos hemos quedado, casi sin darnos cuenta, totalmente incapacitados para ver la realidad. Lo virtual ha vencido, por cuanto no respira, no huele, no piensa, no crea problemas, tiene “*on*” y “*off*”.

Somos ciegos o muy miopes ante lo que acontece a nuestro alrededor. Además, si el entorno nos disgusta, o en nuestra ruta nos encontramos con quienes no queremos compartir camino, por resultarnos desagradables, especialmente cuando tocan superficialmente nuestra conciencia, pues disponemos de medios para escoger otro sendero. No faltan autopistas para escapar de lo que nos puede agriar el día.

Dejamos de frecuentar las rutas que otros recorren. No nos encontramos con quienes no tienen opción, sino que han de transitarlas, les gusten como si no.

El “*apartheid*” no es un fenómeno sudafricano que ya aparentemente pertenece al pasado. Continúa. Y no es menester viajar a muchos kilómetros de aquí. Palpita en nuestras ciudades prósperas de este Occidente nuestro. “*¿Nuestro?*” No es nada más que una forma de hablar.

Se puede vivir toda una vida en una ciudad sin pasar por las rutas a las que nos referimos. Es perfectamente posible residir en una gran urbe sin acercarse jamás a las *favelas*, *villamiserias*, *townships* o *barrios de chavolas*, *unidades vecinales de absorción*, *poblados dirigidos*, y demás zarandajas.

No existe ninguna necesidad de entrar en contacto con los transeúntes de las otras rutas. En las “*millas de oro*” lo tenemos todo. Sólo podemos llegar a conocerlos si no nos apartamos de nuestra ruta habitual, del itinerario cotidiano, del rumbo usual.

Los mercaderes del templo nos enseñaron que cada cual tiene su ruta, su rumbo, su itinerario, su camino, su entorno, su ambiente, su lugar en la vida. Así me lo decía una señora propietaria de un negocio hace apenas unas horas antes de acometer la redacción rápida de estas páginas, escritas sin borrador, cuando me decía que *“lo bueno de la actual crisis económica es que está ayudando a poner a cada uno en su sitio.”*

Han sido muchos años de progreso social, de adquisición de derechos por parte de los trabajadores, antiguamente *“obreros”*, y hoy *“asalariados”*. No sin luchas y derramamiento de sangre, por cierto, ya olvidado. Y había que hacer algo al respecto. Nada mejor que una crisis económica.

Cuando las *“derechas”* vuelvan a gobernar, empezaremos a salir de la crisis. Al fin y al cabo, el dinero no se ha volatilizado. Está guardado en los bolsillos de quienes siempre lo han tenido, y saldrá a la luz en el momento oportuno, cuando se les den las garantías precisas.

Y cuando los acaparadores del dinero incurren en pérdidas, todos tenemos que compensarles abaratando despidos, congelando o reduciendo salarios y reflotando la banca. Las aguas tienen que volver a sus cauces.

Para aquella señora, como para tantos otros, muchos han traspasado las fronteras de su clase social, de su círculo; han ascendido apenas un peldaño en la escala sostenida por quienes tienen la fuerza para hacerlo. *“¡Hasta ahí íbamos a llegar!” “¡Adónde vamos a parar si seguimos así!” “¡Aquí todos se creen ya iguales!”*

La *canalla* de un pasado no tan remoto tiene que aprender adónde le corresponde estar, sin salirse un milímetro, o de lo contrario los patrocinadores del sistema y auspiciadores de los mercaderes del templo ordenarán a los uniformados que a la voz de *“¡carguen!”* arremetan contra la *chusma*. Lo han hecho muchas veces antes. Luego lucirán uniforme de gala y desfilarán bajo la ciega mirada de un imagen grotesca y recibirán la bendición de un sacerdote del templo de los mercaderes, y comerán rancho de lujo.

Pero hoy no *venden* ciertos métodos, que se reservan para situaciones extremas. Basta con crear una crisis originada en la avaricia del capital, no sólo de Lehman Brothers. Tampoco, al menos de momento, parece oportuno crear un monstruo dictatorial, al estilo de los años 30 del pasado siglo XX; ni recurrir a expansionismos mediante invasiones. La banca internacional puede lograrlo más fácilmente, con aspecto de mayor respetabilidad.

No olvidemos que el dinero no se esfuma y disuelve en el espacio. Como solían decir los viejos, y entre ellos mi propio padre, *“el dinero no es como los ajos, que sólo duran un año”*. También acostumbraba a añadir que *“los billetes de banco deberían llevar fecha de caducidad”*. ¡Pobre padre mío!

Jesús nos enseña enseguida en el Evangelio que no vamos a tener una visión justa y plena de la realidad a menos que emprendamos la tarea de ver el mundo a través de la mirada de los empobrecidos.

Cualquier otra visión será muy corta y estrecha, absolutamente centrada en nosotros mismos y en nuestros intereses particulares, exclusivistas y excluyentes. Terminaremos inclinándonos hacia nuestro propio ombligo, lo cual producirá una curvatura muy pronunciada en nuestra espalda, hasta llegar a adquirir una postura deformada, permanente y grotesca.

*Como dijo Monseñor Romero, asesinado por los milicos sostenidos por la oligarquía explotadora de su país, meapilas de apariencia supercristiana, el día 24 de marzo del año 1980:*

*“La religión no consiste en mucho rezar; la religión consiste en esa garantía de tener a Dios cerca de mí, porque les hago bien a mis hermanos. La garantía de mi oración no es el mucho decir palabras; la garantía de mi plegaria está muy fácil de conocer: ¿Cómo me porto con el pobre? Porque allí está Dios... La manera como le mires: Así estás mirando a Dios. Los méritos de cada hombre y de una civilización se medirán por el trato que tengamos para el necesitado y para el pobre.”*

Los mercaderes del templo siempre fueron y siguen siendo ricos para ellos mismos y defensores de los intereses de sus patrocinadores. Su “dios” es tan frío e inerte como sus ídolos. Sólo son reflejos de ellos mismos. Por eso tienen ojos, pero no ven; tienen oídos, pero no oyen; tienen bocas, pero no hablan ni hay aliento en ellas. Son como espantajos de melonar. Son tan necios como quienes los construyeron.

Son “ninots”, pero no de falla valenciana, sino aquellos que presidieron juicios y hogueras inquisitoriales, tribunales corruptos, juramentos de traidores a su patria, condenas arbitrarias, ejecuciones de inocentes y sufrimientos inconfesados. A veces se me antoja que sus rostros han adquirido gestos y expresiones que han ido más allá de los que los artistas, pintores y escultores, pretendieron plasmar en su obra.

A estas alturas os habréis dado cuenta de que no es lo mismo ser “pobres” que “empobrecidos”, ni tampoco lo es ser “ricos” que “enriquecidos”; ni “cautivos” que “encarcelados”; ni “ciegos” que “cegados”; ni “oprimidos” que “esclavizados por el amontonamiento de lo robado a muchos.”

No es lo mismo ser rico para el mundo que ser rico para Dios. Lo primero se logra usurpando muchas pequeñas porciones a muchos. Lo segundo sólo es posible teniendo en cuenta la Santa Ley de Dios, confiando en el Eterno como un hijo confía en su padre, y compartiendo con sus hermanos empobrecidos los bienes que su Padre le otorga gratuitamente, sin marginar ni ignorar al resto de los miembros de la familia, a los otros hermanos, especialmente a los más pequeños.

Ser rico para Dios sólo es posible amando los mandamientos del Señor; ésos que unos tratan de anular mediante sus propias leyes, y otros convirtiendo la Gracia de Dios en libertinaje.

La pobreza de los empobrecidos, la cautividad de los cautivos, la ceguera de los cegados y la opresión de los oprimidos, son situaciones que se despejan y

dejan de ser a base de dosis de vida, esa vida abundante que Jesús de Nazaret vino a traernos del Padre.

Esa es la vida que dio por nosotros, por ti y por mí; la vida que dio a su iglesia, constituyéndola como comunidad portadora del mensaje de la Buena Nueva del perdón y de la reconciliación que Dios regala a los hombres en la persona y el seguimiento de Jesús de Nazaret, movidos e impulsados por el Santo Espíritu, el Consolador enviado por Jesús para no dejarnos huérfanos.

*Esa vida se denomina “eterna” en el lenguaje de las Sagradas Escrituras; pero nada tiene que ver con el sentido fantasmagórico que los mercaderes del templo le han atribuido, convirtiéndola en el fino humo del almismo-eternalista, producto de la invasión de la filosofía aristotélico-platónica que convirtió el cristianismo en una religión greco-romana absolutamente distanciada de sus orígenes hebreos, y que permite una actitud escapista que viene a beneficiar a los mercaderes y a sus sponsors.*

La vida eterna, según la Biblia, y, naturalmente según Jesús de Nazaret y el cristianismo naciente, es una potencia dinamizadora que actúa por la fe, no por las creencias, diseñadas y adaptadas por los mercaderes del templo en función de las necesidades e intereses de la oligarquía patrocinatora.

Tengamos muy presente que la *fe*, denominada en el hebreo bíblico “*emuná*”, significa “*fiarse*” de Dios con todo nuestro corazón. De ahí que Jesús sea el “*Fiador*”, autor y consumidor de la *fe*, quien nos la otorga como un don, como un regalo, para convertirnos en “*fieles*”.

Esta clase de *fe* es la mayor amenaza para los mercaderes del templo. Siempre la combatieron con todas sus fuerzas y recursos. Hubo tiempos en que quemaron las Escrituras Santas y a quienes las tradujeron a las lenguas vernáculas de los pueblos. Hoy tratan de desprestigiarlas desde sus posturas modernistas y liberales, haciendo creer a los incautos y presumidos que sólo son colecciones de sagas folclórico-religiosas.

Los mercaderes del templo buscan afanosamente nuevas y más potentes anestias. Saben que no tienen alternativa. El círculo se les viene estrechando desde antiguo, y en los últimos tiempos se ha reducido mucho. Desconocen la manera de conservar su feudo, su viejo y agrietado templo. El olor de húmeda sacristía se ha extendido. Ya no sólo cubre las viejas paredes, sino que ha alcanzado las mentes de muchos. Y las piruetas forzadas que están haciendo les muestra más grotescos y confusos.

Pero también ha habido bastantes mercaderes que, arrepentidos, han huido del templo fisurado y se han integrado en el pueblo, aquí y allá. Se han alejado asqueados de ese “*dios*” del que sólo se habla, se hacen largos discursos, se escriben espesos tratados, hasta reducirlo a una idea expresada en conceptos abstractos, filosóficos, en los que predominan las amenazas y los castigos.

El “*dios*” que sólo es un ídolo que llegó de lejos, como “*el espía que vino del frío*”, y que ha ido pasando por distintas épocas y filtros sociales, ya no satisface a nadie, excepto a la mayoría de los mercaderes del templo, que tienen en él su *modus vivendi*.

Unos han cometido la osadía de tratar de encerrarlo dentro de sagrarios de orfebrería; otros, más sofisticados y acordes a su época de gestación y cultura, han querido encerrarle entre las cubiertas de sus libros.

*Pero siempre ha habido un remanente fiel, un resto de entre los mercaderes del templo que han sido leales, y no se han dejado comprar por los patrocinadores del mundo, sea el estado secular o los acaudalados sponsors.*

Naturalmente, los fieles de entre los mercaderes del templo han sido desprestigiados, perseguidos, humillados, cuando no asesinados. Desde la ortodoxia impuesta, siempre han sido presentados como herejes. Pero algunos han logrado sobrevivir para dar a conocer los artificios místéricos de las cámaras más hondas y secretas del templo de los mercaderes.

Ellos son quienes han dado aviso de la suplantación y los atropellos cometidos por los que se creen dueños de la historia y su versión divulgada a los pueblos, olvidando que sólo Dios es Señor de la historia, y que toda obra vendrá a juicio en el Gran Día de Dios.

Ellos son quienes se han atrevido a sacar a la luz la verdadera historia de los pueblos y sus vicisitudes, desenmascarando esa historia oficial que no es nada más que una colección apestosa de patrañas indignas elevadas a la categoría de orgullos nacionales.

Son los verdaderos profetas de nuestros días, quienes valientemente han voceado y siguen proclamando que Jesucristo continúa siendo crucificado en muchas partes del mundo...

Y que Jesús está con ellos.

*Tú..*  
*Nada más alto,*  
*Ni más bajo tampoco.*  
*Tú siempre,*  
*En todas partes,*  
*Siendo siempre lo sido*  
*Y lo que fue y ha de ser.*  
*Tú, eternamente otro,*  
*Y siempre diferente*  
*En cada hoja*  
*Y en cada cristal de nieve.*  
*Tú..*  
*Diálogo y monólogo,*  
*Pero siempre Palabra.*  
*Tú..*  
*Llamado y llamando.*  
*Sólo Tú,*  
*Pero nunca Tú solo...*  
*Voz y silencio,*  
*Tú, siempre llamada.*

*JY*

## **EL “DIOS-AYUDA” ES LEPROSO**

---

*“Dios ayuda” es el significado del nombre Lázaro. Y nosotros de manera casi instantánea, al oír o leer este nombre, pensamos en aquel Lázaro que tenía dos hermanas, por nombres Marta y María, y a quien el Maestro, su amigo, resucitó cuatro días después de su fallecimiento, y así demostró su poder sobre la muerte.*

Pero hay otro Lázaro en las páginas del Evangelio. Un Lázaro que era un mendigo solitario. Estaba enfermo de lepra o de sarna, completamente llagado, y, por lo tanto, impuro según la Ley de Dios.

Le vemos tumbado a la puerta de la mansión de un ricachón al que no se le da nombre en el mensaje evangélico, lo cual nos hace sospechar que va a tratarse de alguien que sólo posee nombre ante los hombres, pero que está muy distanciado de Dios. La falta de nombre es una frecuente clave bíblica para decirnos que se trata de un hombre cuya vida está vacía, sin peso, sin futuro.

*Pero eso sí, es un hombre organizador de fiestas y banquetes a diario. Parece pertenecer a la jet set, a la beautiful people de Marbella; a esos que cubren las revistas del corazón y que aparecen con frecuencia en los programas basura de la televisión; los que hoy están encumbrados, mañana perseguidos por la justicia, pasado mañana en la cárcel, y días después aparecen en algunos programas de televisión que encandilan a las marujas y a los marujos.*

Se trata, a todas luces, de un hombre muy generoso, pero sólo con los suyos, con los guapos, con los que huelen bien, se visten ropa de marca, y hablan con un deje sofisticado, bastante deprisa, frenando ante la última palabra de cada frase, y alargándola.

*“Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino, y hacía cada día banquete con esplendor. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquél, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico, y aun los perros venían y le lamían las llagas.” (Lucas 16:19-21).*

Jesús dirige esta parábola particularmente a los fariseos y a todos los que quedan bajo nuestra designación de mercaderes del templo. Son palabras



dirigidas especialmente a aquellos que habían caído en la viscosa red desde la que a cambio de migajas se justifica la acumulación de riquezas.

*El relato lo hace Jesús después de haber hablado con suma claridad acerca del dinero como “dios” de este mundo.*

*“Si en las riquezas injustas no fuisteis fieles, ¿quién os confiará lo verdadero?” (Lucas 16:11).*

*“Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.” (Lucas 16:13).*

Jesús describe dos mundos. El rico que no es honrado siquiera dándole un nombre, ni antes ni después de morir, porque está vacío completamente. Sólo tiene manjares y buen atuendo. Es espléndido con sus amigos, a quienes invita a sus constantes fiestas y banquetes. Sólo repara en aquellos que se desenvuelven en su círculo; los que pueden devolverle el trato con la misma moneda; los que pueden devolverle los favores recibidos. Los otros no existen. Puede pasar a su lado mil veces cada día, pero no les ve, porque no pertenecen a su órbita.

Es generoso con los suyos, es decir, con los que a su vez pueden invitarle y agasajarle. Además, los banquetes de la época pueden equipararse a las comidas de negocios de nuestros días. No sirven sólo para distraerse, sino que eran y son ocasiones propicias para establecer contactos, tratar asuntos que más tarde redundarán en mayores beneficios. ¡Con razón dicen los norteamericanos: “*There’s no such thing as a free meal*”, lo que vendría significar que “*no existe una comida gratis.*”

A la puerta de la mansión del ricachón sin nombre está tumbado Lázaro. Es leproso o quizá sarnoso, porque no siempre es fácil hacer tal distinción en el original bíblico. No puede entrar en la casona del enriquecido ni en el templo de los mercaderes. Si camina por las calles, tiene que ir voceando “*¡inmundo!*”, para que todos se aparten y le dejen pasar.

Sólo puede comer las migas de pan que caen por la ventana de la sala de banquetes. Recordemos que en la época que nos ocupa los acaudalados usaban trozos de pan como servilletas para limpiarse la boca y las manos.

*Lázaro cuenta también con el cariño y la caricia de los perros, y sus lenguas que le lamen las llagas con su saliva sanadora, porque hay veces en que los ángeles de Dios se disfrazan con atuendo de perros. ¡Cuántos ángeles-perros hemos conocido en nuestra vida!*

En el interior del palacio del ricachón, al igual que tras los espesos muros del templo de los mercaderes, no se escucha la vida en las voces de los empobrecidos, endeudados y desheredados. Sólo hay lugar para frases estereotipadas y necesidades intrascendentes, parabienes y toda clase de memez.

El Dios que habla en los empobrecidos, en los enfermos, en las cárceles, en los gritos de angustia y dolor de los marginados, no es conocido ni en las mansiones de los grandes según el mundo, ni en los templos de los mercaderes. Esa es la diferencia fundamental entre el “dios” del sistema y el Dios Creador del universo.

El “dios” de los mercaderes y sus congéneres no escucha todas las voces humanas, mientras que el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo no excluye a nadie. Eso sí, sus oídos no están abiertos a las monsergas y milongas de los religiosos, por cuanto éstos no hablan para ser escuchados, sino para oírse a sí mismos y complacer a sus mecenas.

Los mercaderes del templo son como aquellos profetas profesionales de la corte, que sólo halagaban a los monarcas y edulcoraban sus palabras para tranquilizar las conciencias de los reyes.

El Dios y Padre del Maestro tiene sobre todo oídos para los que son atropellados, marginados, explotados.

Un día de estos vamos a comprender que el Señor tiene oídos incluso para los que no creen en Dios como nosotros.

*En medio del griterío del banquete queda enmudecida la voz de Dios, al igual que es sofocada en los oficios litúrgicos, y en la liturgia de la no liturgia de los mercaderes del templo.*

Donde sí se puede escuchar la voz de Dios es en el silencio de las llagas putrefactas de Lázaro y en las lenguas de los perros.

*Con mucha razón decía Khalil Gibrán que “si la gente comprendiéramos lo que el silencio revela, estaríamos tan próximos a Dios como las flores de los valles.”*

Pero para muchos religiosos, no sólo para los mercaderes del templo, de entonces y de siempre, la vida abundante era y sigue siendo el bienestar material, la abundancia de medios, el poder y su influencia. De ahí la lucha por el lucro y el afán por la dominación. Por el contrario, la desgracia, el infortunio y la escasez fueron y continúan siendo señales inequívocas del castigo divino.

Si así fuera, no podríamos comprender la experiencia vital de tantos hombres y mujeres según las Sagradas Escrituras, para quienes la fe no fue un instrumento para recibir bendiciones, sino promesas que vieron de lejos, que saludaron en la distancia, y que esperaron poniendo su mirada en el Señor:

*“Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria... Y todos estos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido; proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros.” (Hebreos 11:13-14, 39-40).*

Pero volvamos a los fariseos. No sólo habían caído los más acomodados de ellos en la trampa de justificar las riquezas diferenciadas adquiridas de cualquier manera, sino que también habían mordido el anzuelo pagano de la inmortalidad del alma y el repugnante tormento eterno de los condenados, que según su criterio eran fundamentalmente aquellos que no compartían sus criterios o que ponían en tela de juicio su autoridad.

Los mercaderes del templo y sus secuaces son expertos en transformar el “She’ol”, el griego “Hades”, en un lugar de tormento eterno para espíritus descarnados. Les sigue encantando creer y hacer creer esta patraña, sin reparar jamás en que se trata de una manera desvergonzada de injuriar a Dios, y promover el desconcierto entre muchas almas sencillas que no pueden conjugar la prédica cristiana del Dios de amor quien, al mismo tiempo, devora a algunos de sus hijos.

Habían vinculado el “Seno de Abraham” y el “Paraíso” con el pensamiento platónico, como se desprende clarísimamente de los libros *apócrifos intertestamentarios*, los *pseudoepigráficos* y las enseñanzas de la escuela de *Filón de Alejandría*.

Sin embargo, la Biblia nunca presenta el “She’ol” como lugar de vida. De ahí que no podamos imaginar a nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo apoyando el concepto pagano de la supervivencia del alma, ni de ninguna parte del hombre, después del óbito, ni lugar alguno *postmortem* semejante al *mito del minotauro*.

Naturalmente, a los sacerdotes del templo de los mercaderes y sus seguidores, patrocinadores y ciegos discípulos, les encanta la conclusión de esta parábola que nuestro Señor Jesucristo nos enseña en el Evangelio según Lucas:

*“Aconteció que murió el mendigo, y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico, y fue sepultado. Y en el Hades alzó sus ojos, estando en tormentos, y vio de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. Entonces él, dando voces, dijo: Padre Abraham, ten misericordia de mí, y envía a Lázaro para que moje la punta de su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama. Pero Abraham le dijo: Hijo, acuérdate que recibiste tus bienes en tu vida, y Lázaro también males; pero ahora éste es consolado aquí, y tú atormentado. Además de todo esto, una gran sima está puesta entre nosotros y vosotros, de manera que los que quisieren pasar de aquí a vosotros, no pueden, ni de allá pasar acá. Entonces le dijo: Te ruego, pues, padre, que le envíes a la casa de mi padre, porque tengo cinco hermanos, para que les testifique, a fin de que no vengan ellos también a este lugar de tormento. Y Abraham le dijo: A Moisés y a los profetas tienen: óiganlos. Él entonces dijo: No, padre Abraham; pero si alguno fuere a ellos de entre los muertos, se arrepentirían. Mas Abraham le dijo: Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.” (Lucas 16:22-31).*

El lenguaje y las figuras empleadas por nuestro Señor en esta parábola siguen una estructura muy similar al texto de *Isaías 14:4-11*, donde los reyes salen de sus tumbas para sentarse en los tronos del “She’ol”, y se regocian por la caída

del monarca *Nabucodonosor*, el terrible y sangriento conquistador babilónico que les había derrotado y matado, y que ahora se unía a ellos por el inevitable acontecer universal de la muerte.

*“Pronunciarás este proverbio contra el rey de Babilonia, y dirás: ¡Cómo paró el opresor, cómo acabó la ciudad codiciosa de oro! Quebrantó el Señor el báculo de los impíos, el centro de los señores; el que hería a los pueblos con su furor, con llaga permanente, el que se enseñoreaba de las naciones con ira, y las perseguía con crueldad. Toda la tierra está en reposo y en paz; se cantaron alabanzas. Aun los cipreses se regocijaron a causa de ti, y los cedros del Líbano, diciendo: Desde que tú pereciste, no ha subido cortador contra nosotros. El Seol abajo se espantó de ti; despertó muertos que en tu venida salieron a recibirte, hizo levantar de sus sillas a todos los príncipes de la tierra, a todos los reyes de las naciones. Todos ellos darán voces, y te dirán: ¿Tú también te debilitaste como nosotros, y llegaste a ser como nosotros? Descendió al Seol tu soberbia, y el sonido de tus arpas; gusanos serán tu cama, y gusanos te cubrirán.” (Isaías 14:4-11).*

Esta es una parábola muy semejante a otras dos que hallamos en las páginas de las Sagradas Escrituras, y que tratan de una verdad substancial dentro de un marco de lo que algunos estudiosos denominan *“ficción circunstancial”*. Es una manera en la que el Señor se ha dirigido en el curso de la historia a los mercaderes del templo y a sus aliados seculares. La primera de estas parábolas se encuentra en el libro de los Jueces:

*“Fueron una vez los árboles a elegir rey sobre sí, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. Mas el olivo respondió: ¿He de dejar mi aceite, con el cual en mí se honra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? Y dijeron los árboles a la higuera: Anda tú, reina sobre nosotros. Y respondió la higuera: ¿He de dejar mi dulzura y mi buen fruto, para ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron luego los árboles a la vid: Pues ven tú, reina sobre nosotros. Y la vid les respondió: ¿He de dejar mi mosto, que alegra a Dios y a los hombres, para ir a ser grande sobre los árboles? Dijeron entonces todos los árboles a la zarza: Anda tú, reina sobre nosotros. Y la zarza respondió a los árboles: Si en verdad me elegís por rey sobre vosotros, venid, abrigoos bajo mi sombra, y si no, salga fuego de la zarza y devore a los cedros del Líbano.” (Jueces 9:8-15).*

La segunda de estas parábolas la hallamos en el 2º Libro de los Reyes:

*“Y Joás rey de Israel envió a Amasías rey de Judá esta respuesta: El cardo que está en el Líbano envió a decir al cedro que está en el Líbano: Da tu hija por mujer a mi hijo. Y pasaron las fieras que están en el Líbano, y hollaron el cardo.” (2ª Reyes 14:9).*

Todos estos relatos son evidentemente de naturaleza parabólica. No son acontecimientos sucedidos en la realidad. Igualmente, en el relato que Jesús nos cuenta del mendigo Lázaro y el ricachón sin nombre, se presentan también los muertos, es decir, los que duermen, como si estuvieran llevando a cabo una conversación.

La parábola no tiene la pretensión de que nosotros, a partir de ese texto, ignoremos o cambiemos todo el sentido y la enseñanza global de las Sagradas Escrituras, y pasemos a creer que los muertos están conscientes, hablan entre sí, toman decisiones y constituyen un mundo paralelo.

Aquí conviene que tengamos muy presente que no debemos hacer pasar toda la enseñanza bíblica por un solo texto aislado, sino, antes bien, hemos de pasar ese texto por el total de las Escrituras. Como dice el viejo adagio, *“un texto sin su contexto sólo es un pretexto”*.

Quizá la prueba más contundente de lo que venimos diciendo sea la consideración de que quienes aceptan semejantes despropósitos, desconsiderando todas las demás enseñanzas de la Biblia, son los mismos que, sin excepción, practican todas las asquerosidades adivinatorias y espiritistas que el propio Señor bendito llama *“abominaciones”*.

De ahí se desprende el hecho de que los mercaderes del templo hayan inducido, y sigan induciendo, a sus seguidores a dirigir oraciones a difuntos, bajo el pretexto de haberlos clasificado como *“santos”* intermediarios entre los hombres y Dios, olvidando la clara enseñanza apostólica al respecto, y que hallamos en la Primera Carta del Apóstol Pablo a Timoteo:

*“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” (1ª Timoteo 2:5).*

La parábola del rico, el mendigo Lázaro y Abraham es una clara ilustración del género de los *“Meshalim”*, conocido y reconocido por todos como un relato parabólico, jamás biográfico. El *“Mashal”* es una *parábola ilustrativa* cuyo objetivo es reforzar una lección de carácter moral. Su raíz significa *“la mitad de algo”*, por lo que el propósito pedagógico señala hacia la encomienda al lector o al oyente de que complete el relato con la otra mitad, que ha de corresponder a su propia vida. Es como una invitación a ponernos en los zapatos de alguno de sus personajes. Éstos no son reales, sino imaginarios. Representan claramente clases o tipos de personas con actitudes hacia Dios y hacia los hombres.

Ahora bien, no podemos admitir ciertas porciones del texto bíblico como parabólicas y otras como literales, a capricho nuestro. La narrativa de los *“Meshalim”* es de carácter unitario. No admite descomposiciones por nuestra parte, por cuanto en la parábola hebrea los detalles individuales carecen de significación en sí mismos. Su función, no obstante, es importante por cuanto sirven para aportar ese soporte imprescindible de las funciones del escenario en una representación teatral.

Naturalmente, los mercaderes del templo han venido utilizando los detalles para dar explicaciones espiritualistas a las parábolas, siguiendo la clave griega de la alegoría, figura de retórica que permite atribuir a todos y cada uno de los detalles del relato lo que al intérprete le viene en gana.

De ahí la importancia de la consideración de que el *“Mashal”* hebreo no corresponda a la figura griega denominada *“parabolé”*, *“comparación”*, de

donde nos llega la voz castellana “parábola”, al igual que a las demás lenguas occidentales.

No olvidemos que Jesús de Nazaret no es un filósofo griego, sino el judío Yeshuá, latinizado “Iesus”, y de ahí “Jesús”.

En este caso concreto, el principio fundamental de la parábola es la enseñanza de que el destino final del hombre se decide en la vida actual, en este mundo, aquí y ahora. Y que no existe nada semejante a una segunda oportunidad. Nada que se pueda asemejar a la transmigración de las almas o la reencarnación.

*“Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio, así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan.” (Hebreos 9:27-28).*

Para que este relato del opulento y el mendigo fuera una historia real, sus personajes y detalles tendrían que estar en armonía con la enseñanza general de las Sagradas Escrituras. Pero, sencillamente, no lo están, sino que presentan todas las características de una parábola.

Volvamos a lo referente a los fariseos. Ellos eran quienes murmuraban de Jesús por recibir en su compañía a pecadores y publicanos, por entrar en relación con ellos, y comer con ellos, lo que significa permitirles cercanía.

*“Se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban diciendo: Este a los pecadores recibe, y con ellos come.” (Lucas 15:1-2).*

Es evidente que Jesús amaba a los fariseos, muchos de los cuales eran escribas. Estaba de acuerdo con su doctrina fundamental, y la aprueba al ciento por ciento, como se desprende de sus propias palabras. Pero desapruaba su comportamiento, al menos de la mayoría de ellos.

*“Entonces habló Jesús a la gente y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; mas no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, y no hacen.” (Mateo 23:1-3).*

El Maestro hace una nítida distinción entre la ortodoxia y la ortopraxis. La doctrina farisaica era buena, sana, conforme a las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, pero su conducta dejaba mucho que desear, especialmente en lo que se refería a su actitud hacia el dinero.

*“Ningún siervo puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Y oían también todas estas cosas los fariseos, que eran avaros, y se burlaban de él. Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.” (Lucas 16:13-15).*

A Jesús le molesta la hipocresía siempre, pero le duele particularmente la de los fariseos que anulan la eficacia de su buena doctrina por su amor al dinero, por su interés por las riquezas y su participación en el sistema del afán por el lucro y el poder de dominación.

El Maestro se siente indignado ante el decir sin hacer, el cual siempre degenera en el hacer lo opuesto al decir. Esa actitud hipócrita ha caracterizado a los mercaderes del templo de todos los siglos en su lucha enconada por llegar a ser funcionarios de la religión, dondequiera que se les ha consentido, para reforzar el sistema imperante de explotación, o donde han logrado sus objetivos mediante guerras y cruzadas.

Por eso Jesús les dedica esta serie de parábolas referidas a la *“oveja perdida”*, la *“moneda perdida”*, y los *“hijos perdidos”*, uno de lejos y otro de cerca, pero perdidos ambos; el *“mayordomo injusto”* y, finalmente, la parábola del rico y Lázaro, que podríamos parafrasear como la de la *“oportunidad perdida”*.

Los fariseos, obsesionados con mantener su propia pureza a base de *“comer aparte”*, conforme a la raíz de su propio apelativo, no pueden por eso mismo alegrarse de la recuperación de los perdidos.

No pueden distinguir entre amar y aprobar. Jesús no sanciona positivamente el comportamiento de los fariseos. Su actitud es muy diferente hacia ellos que respecto a los mercaderes del templo, fueran religiosos o vendedores y cambistas del atrio de los gentiles, en aquella casa de santidad levantada para que hubiera sido *“casa de oración para todos los pueblos”*.

Por eso los sacerdotes no se aproximan a Jesús, no le invitan a comer al palacio del sumo sacerdote, ni apenas entran en contacto directo con Él, mientras que los escribas y fariseos se sienten magnéticamente atraídos al Maestro, y le siguen por todas partes. Para tentarle, de acuerdo, pero también para oírle, porque le admiran en el fondo de sus corazones, sin saber cómo resolver el problema del amor-odio que les embarga.

Para muchos fariseos, pensar que los pecadores y publicanos puedan proceder al retorno, es decir, al arrepentimiento, les disgusta al punto de despertar en ellos un fuerte resentimiento hacia este extraño rabí que les acepta, les acoge y comparte mesa con ellos.

Jesús les ama, y por eso les diagnostica su enfermedad, su honda dolencia, su contaminación del virus de los mercaderes del templo. Por eso, ante Jesús, se sienten descubiertos, desarmados, expuestos en absoluta desnudez, como avaros, amadores del dinero, buscadores de los honores y los reconocimientos, ansiosos por ocupar siempre los lugares de preeminencia, en constante disputa con los sacerdotes y demás dignatarios del sistema.

Jesús les enseña sin dejar una sola rendija que las riquezas no conducen a la salvación:

*“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan, sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté*

*vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón... De cierto, de cierto os digo, que difícilmente entrará un rico en el reino de los cielos. Otra vez os digo, que es más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el reino de Dios.” (Mateo 6:19-21; 19:23-24).*

El rico de la parábola vive en una falsa seguridad, como los mercaderes del templo y sus patrocinadores, de entonces y de hoy. Naturalmente, el pobre Lázaro no puede ser bien visto. Me atrevería a decir que ni siquiera era “visto” de ninguna manera. Resultaba desagradable, como todos los empobrecidos, quizá porque nos recuerdan quienes somos realmente en nuestra desnudez, cuán proclives somos a la pobreza, y al orgullo, y a la prepotencia, e incluso, a veces, al recuerdo de nuestros propios orígenes.

Ni siquiera nos atraen los niños de los empobrecidos, por guapos que sean, porque suelen tener roña, mugre y velas de mocos verdes que descienden oscilantes de sus naricillas. Parecen pertenecer a otra especie, a millones de años luz de esos niños guapos y limpios, vestidos como si fueran maniqués de los escaparates de las boutiques de la Calle Serrano, o como los niños de la *jet set* y de la *realeza*; los que aunque sean latinos parecen siempre germánicos o anglosajones.. ¡Qué cosa!

El pobre Lázaro, por ser pobre, no podía ser bendecido, por cuanto no era cumplidor de la Ley de Dios desde la perspectiva de los poderosos mercaderes. Hacía y hace falta mucho dinero para poder cumplir los mandamientos de Dios en su interpretación farisaico-mercantil. Y Lázaro, desde luego, no cumplía semejantes requisitos.

Los pobres *pobres* (me aparece en pantalla subrayado rojo bajo el segundo “*pobres*”, porque los ordenadores no tienen sentimientos, y “*piensan*” que se trata de una repetición innecesaria o cacofónica, pero no lo es) siempre son como Lázaro, aunque éste parecía encontrarse en un estado extremo de pobreza, de debilidad, de condición máxima de miseria y pauperismo.

Además, según la interpretación de los mercaderes del templo y todos sus seguidores, la pobreza siempre huele a castigo; como cuando los machistas leen del maltrato doméstico o incluso del asesinato de alguna mujer a manos de su esposo o amante, y agregan “*¡algo habría hecho!*” Seguro que lo hemos oído más de una vez. En mi caso, he podido escuchar esta expresión de labios de varones de todo tipo y extracción social y cultural.

*“¡Algo habrán hecho los pobres para ser pobres!” Así lo piensan e incluso lo manifiestan muchos enriquecidos y acomodados. Y aunque de los dos, del ricachón y de Lázaro, se nos dice que murieron, del mendigo no se nos dice que fuera enterrado, el significado de lo cual requiere una breve explicación.*

¿Por qué? Por la sencilla razón de que los mendigos, los que morían sin familia, o los desconocidos y extranjeros de quienes nadie daba razón, así como de los vagabundos que morían a la intemperie, los suicidas y los cadáveres no reclamados por nadie, eran llevados a Tofet, en las afueras de Jerusalem, extramuros, donde eran echados al fuego que se mantenía siempre encendido a tal fin. De manera que aquí, una vez más, nada absolutamente se



nos dice de una supuesta alma inmortal que abandonase el cuerpo al producirse el fallecimiento.

*“Porque Tofet ya de tiempo está dispuesto y preparado para el rey, profundo y ancho, cuya pira es de fuego, y mucha leña; el soplo del Señor, como torrente de azufre, lo enciende.” (Isaías 30:33).*

*“Así ha dicho el Señor de los ejércitos: Así quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra una vasija de barro, que no se puede restaurar más; y en Tofet se enterrarán, porque no habrá otro lugar para enterrar. Así haré a este lugar, dice el Señor, y a sus moradores, poniendo esta ciudad como Tofet.” (Jeremías 19:11-12).*

Jesús emplea el lenguaje de los fariseos porque la parábola va dirigida primordialmente a ellos, quienes enseñaban la existencia de los ángeles, y que entre ellos había algunos destinados a servir a todos los hombres, unos para los justos y otros para los injustos.

De ahí que Jesús mencione a los ángeles como quienes trasladan al mendigo Lázaro al seno de Abraham, el cual es una figura ilustrativa del paraíso. El *“seno de Abraham”* es un hebraísmo, es decir, un giro lingüístico hebreo que, según la tradición de los fariseos era el lugar donde Abraham daba la bienvenida a los muertos. Algo muy parecido a lo que la piedad popular católica atribuye a San Pedro, sin ninguna base escritural.

Respecto a la expresión *“seno”*, quizá pueda comprenderse mejor a la luz de las palabras de Jesús en el Evangelio según *Juan 1:18*, donde se emplea este mismo hebraísmo:

*“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer.”*

Curiosamente, muchos de los fariseos de la época de Jesús en los días de la carne, enseñaban que los humanos podían establecer relaciones tan íntimas y estrechas como para comunicarse incluso después de la muerte. Y esto viene a corroborar el inequívoco sentido ilustrativo de la parábola: El cielo y el infierno aparecen a la distancia de la voz; pero, al mismo tiempo, ante una sima infranqueable; a Abraham se le trata como si fuera Dios; el literalismo nos conduciría a creer que los salvos y los no salvos podrán conversar entre sí más allá de la muerte.

*Pero lo cierto es que Jesús no está enseñando lo que algunos han denominado “la geografía del mundo de las sombras”, sino que, en el lenguaje de algunos fariseos les estaba confrontando, no tanto con un problema de naturaleza teológica, sino con una cuestión netamente ética: El uso de las riquezas y de las oportunidades que Dios nos otorga; la ceguera ante el sufrimiento de nuestro prójimo; la insensibilidad producida por vivir sumidos en la abundancia, etc.*

Jesús no está tratando de términos inmortalistas, sino de la incierta autoconfianza de quienes pretenden acumular para muchos años. El enriquecido presenta al hombre que es rico para sí y para sus íntimos, para su

círculo, pero no confía en Dios como Padre, y por eso no repara en sus hermanos, particularmente en los menores, enfermos y empobrecidos, quienes son como aquel Lázaro, a quien el ricachón tuvo oportunidad de ver cada día echado junto a la puerta de su casa.

Sin embargo, no fue así. El opulento no bajaba la vista al suelo, donde Lázaro estaba, sino que pasó mil veces a su lado ignorándolo.

*Jesús condena, no la riqueza sino aquella que fabrica muchos pobres, es decir, la que enriquece a unos pocos al precio de empobrecer a muchos; el enriquecimiento que margina a enfermos, aparta a los débiles, arrincona a los sencillos y a los menos dotados, permite que los pobres mueran, avergüenza al cielo, e indigna a quienes todavía conservamos entrañas en un mundo de discos duros, así como conciencia en una sociedad regida por el mercado, es decir, la negación más rotunda de la conciencia.*

Los mercaderes del templo buscarán por todos los medios la forma de espiritualizar esta parábola y casi todas las demás, pero Jesús ha manifestado con prístina claridad que es imposible servir a dos señores, por mucho que se empeñen en hacerlo los hombres. No podemos servir a Dios y a las riquezas.

*“El que confía en sus riquezas caerá; mas los justos reverdecerán como ramas.” (Proverbios 11:28).*

*“Pero los afanes de este siglo, y el engaño de las riquezas, y las codicias de otras cosas, entran y ahogan la palabra, y se hace infructuosa.” (Marcos 4:19).*

La parábola de Lázaro y el ricachón muestra una separación irrevocable entre el mal y el bien. Así queda cada uno después de haber cumplido su ciclo vital. Después, el juicio. No habrá segundas oportunidades. Y a nadie se le condenará a la muerte segunda con anterioridad al juicio divino. Hoy es el día de salvación.

Uno puede pasar, mediante el arrepentimiento y la fe, de muerte a vida, de la condenación al perdón, de ser hijo de la ira venidera a ser hijo o hija de arrepentimiento y obediencia. Pero después de la muerte, ya no es posible ese cambio.

A los mercaderes del templo, sin embargo, les conviene hacer creer que hay oportunidades después de la muerte, porque de ese modo podrán establecer un sistema de ritos para garantizar a sus ingenuos seguidores que podrán pagar indulgencias para aliviar los dolores de sus queridos finados. Inconscientemente llegarán a creer que ellos son más misericordiosos que el propio Dios. Y de ese modo se llenarán todavía más las arcas de sus tesoros.

*Jesús trata de comunicarse claramente con los fariseos, y por eso se adapta al lenguaje de ellos, con sus frases y figuras propias del contexto de sus interlocutores y primeros destinatarios de la parábola en su forma oral. Esto es lo que los antiguos maestros de la oratoria denominaron “argumentum ad hominem”; es decir, “argumento al hombre”: Una argumentación dirigida a la capacidad intelectual del interlocutor; una llamada a la conciencia del hombre,*

*con consideración de su mentalidad, de su cultura, de su cosmovisión, de sus conceptos apriorísticos, de sus ideas preconcebidas, de sus prejuicios, etc.*

El rico llega a apelar a ideas extraescriturales a favor de sus hermanos, pero la respuesta no puede ser más bíblicamente sólida y contundente. Aquellos hombres tenían a Moisés y los profetas, lo que quiere decir que las Sagradas Escrituras eran y son suficientes, según Jesús. En ellas puede hallarse toda la información e instrucción necesarias para proceder al arrepentimiento y a la fe. La Biblia es suficiente para mostrar claramente el camino de la salvación. En ella está contenida toda la instrucción precisa respecto al destino eterno de los seres humanos y el mundo venidero.

Por el contrario, las tradiciones de los hombres y las supersticiones de los pueblos pueden contener algún grado de espiritualidad, pero no son caminos seguros:

*“Se seca la hierba, se marchita la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre.” (Isaías 40:8).*

Parece como si Jesús desconfiase en principio de la naturaleza genuina de la conversión de los enriquecidos, fuertemente apegados a sus riquezas:

*“Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levantara de los muertos.” (Lucas 16:31).*

Ese es el problema de los mercaderes del templo: No oyen a Moisés y a los profetas. No escuchan. No tienen oídos para oír. Sólo se oyen a sí mismos. Por eso no pueden oír al Dios del Reino que Jesús de Nazaret anuncia.

*Si le oyeran, no harían cruzadas, supuestas “guerras santas”.*

Si le escucharan, no inventarían inquisiciones ni cazas de brujas.

Si repararan en Él, no prenderían piras ni hogueras en las que quemar a sus hermanos.

No asesinarían vil e impunemente al justo que no les hace ninguna resistencia.

Si escucharan la voz del Señor, le verían en su debilidad y en su ternura, y en su compasión para con los pobres inocentes.

Si le prestaran atención, podrían incluso verle y oírle, sentirle y palparle entre los excluidos, los humillados, los injusticiados y empobrecidos.

El pecado de aquel hombre enriquecido no fue hacer banquete para sus amigos con esplendidez, ni vestirse bien, sino no reparar jamás en el Lázaro mendigo.

A tal grado llegó la indignidad del opulento que, estando en su circunstancia de necesidad suprema, creyó que Lázaro, cuyo nombre en ese momento sí recordaba, debía estar a su servicio, aunque nunca le ofreció un trabajo digno en vida. Sin embargo, ahora le podría servir para traerle agua con que calmar

su sed, y ser enviado a casa de sus hermanos a darles aviso de la realidad del justo juicio de Dios, para que se arrepintieran.

Escuchando atentamente la voz de Dios se le puede contemplar palpitando en un leproso mendigo, echado a la puerta de la mansión de un ricachón, comiendo migajas, y recibiendo las caricias de los perros y el alivio de su saliva.

Pero hay que tener oídos para oír y atreverse a ver a Dios mendigo, leproso, llaga, perro y saliva.

*Aborrezco el convencionalismo de las palabras traidoras.  
Son como monedas que pasan de mano en mano,  
Y van ensuciándose más cada día,  
Perdiendo su brillo,  
Borrándose la inscripción.  
Pero, ¿cómo fraguar mi plegaria sin el significado  
convencional de la palabra?  
¿Cómo trascender la voz y el timbre, la entonación y la  
cadencia, la escritura y la semántica?  
¿Cómo ir más allá de las fuentes y los orígenes?  
Mientras tanto, las palabras se vuelven escoria y ceniza..  
Algunas, amortajadas en los léxicos,  
Enterradas en los diccionarios.  
Son las que traicionaron al corazón  
y se volvieron sepulcros donde se disuelven sus huesos.  
¿No habéis sentido nunca la tentación de crear un  
lenguaje nuevo?  
¿De inventar un idioma, sin raíces, ni orígenes?  
¿Como Melquisedec, sin principio ni fin de días?  
¿Será posible un día escribir con pétalos y pájaros?  
¿Podremos expresarnos con estremecimientos y ecos de los  
átomos?  
Nos han traicionado las palabras..  
Nos han engañado los conceptos..  
Duermen en los libros.  
Ese es su castigo.  
El nuestro -el mío- escribir tu nombre en servilletas de  
papel,  
En la gota de lluvia sobre el cristal de la ventana..  
Y en la brisa de la tarde.*

*JY*

## LOS LARGOS REZOS

---

En el templo de los mercaderes los rezos son muy largos. Son exageradamente largos, como grandes son las letras de los documentos notariales, los que se cobran por folio.

Las oraciones están cuajadas de frases ampulosas y palabras cultísimas.

Las plegarias son interminables. Cada cual trata de mostrarse más culto, más educado, más brillante.

En el discurso del otro, en su oratoria, sea sermonaria o rezo, los demás sienten su orgullo amenazado.

Esa es una de las causas por las que en el templo de los mercaderes se siente desconfianza, miedo y frialdad: Humedad de sacristía.

Los mercaderes del templo parecen intachables, revestidos de dignidad bajo ropas sacras, piadosos, limpios, justos, distantes y separados del común de los mortales. Pero no lo son. No son nada de eso, excepto distantes y separados del pueblo llano, que cada día les entiende menos.

Cuando Jesús aparece ante ellos les confronta con la realidad, y, naturalmente, firma con ello su propia sentencia de muerte:

*“Entonces les dijo: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres; mas Dios conoce vuestros corazones; porque lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación.” (Lucas 16:15).*

Los mercaderes del templo son muy peligrosos. Sólo tenemos que mirar a Jesús y ver lo que hicieron con Él. El Maestro advierte a sus discípulos de entonces y de hoy del riesgo que supone relacionarnos con ellos, aunque hoy su aspecto sea menos agresivo, sus métodos más refinados, y vistan de hombres de negocios con portafolios, grabadora, teléfono móvil, ordenador portátil, y todos los demás artilugios electrónicos que la industria vaya lanzando al mercado.

*“Y les decía (Jesús) en su doctrina: Guardaos de los escribas, que gustan de andar con largas vestiduras, y aman las salutations en las plazas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los primeros asientos en las cenas; que devoran las casas de las viudas, y por pretexto hacen largas oraciones. Estos recibirán mayor condenación.” (Marcos 12:38-40).*

En aquel templo, como en casi todos, los mercaderes habían conquistado el poder, y luchaban con uñas y dientes por conservarlo. Habían logrado que el imperio invasor les dejara su parcela de poder, nada fácil, por cierto, pero a cambio de lo cual habían bajado peligrosamente el listón y comprometido su fe y su ética. Controlaban los diezmos y las ofrendas... animales, fruta, grano, vino, aceite, perfumes, plata, oro y nepotismo, o *“tráfico de influencias”*, como diríamos hoy. ¡Agítese todo y sírvase con una guinda!

Son grotescas las escenas que nos presenta el Evangelio y los Hechos de los Apóstoles, en las que vemos clarísimamente el nepotismo reinante, con la presencia de varios sumos sacerdotes, cuando sólo podía haber uno. Ahí se manifiesta la tendencia humana al establecimiento de castas en todos los ámbitos del quehacer humano. Es lo que yo denomino *“apellidos y pedigrees”*, cuando veo cómo rotan los cargos entre los de siempre, aunque algunos amigos se pongan nerviosos al oírlo:

*“En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Irumea y de la provincia de Traconite, y Lisaniás tetrarca de Abilinia, y siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.” (Lucas 3:1-2).*

*“Aconteció al día siguiente, que se reunieron en Jerusalem los gobernantes, los ancianos y los escribas, y el sumo sacerdote Anás, y Caifás y Juan y Alejandro, y todos los que eran de la familia de los sumos sacerdotes.” (Hechos 4:5-6).*

¡Vaya tamaño de nómina que tenía el templo de los mercaderes! ¡Habían metido las narices toda la familia! ¡Hurra, hurra, hurra, el clero es el que zurra! Allí chupaba de la teta todo el que podía, como en nuestros días, en el tinglado de la antigua farsa del denominacionalismo organizado, con sus cargos ocupados por los amiguetes, siguiendo un círculo de alternancia como si fuera una *rueda catalina* de fuegos de artificio. ¡Aquí, quien no corre, vuela! ¡Date prisa o te quedas sin tajada!

Jesús entra en el templo de los mercaderes en un momento de gran concurrencia. Han venido judíos de mil lugares del mundo conocido para la celebración de la Pascua en Jerusalem, y con ellos, seguramente, un buen número de gentiles, prosélitos de la puerta –los todavía no integrados oficialmente en la religión del templo–, y prosélitos de justicia, los ya aceptados formalmente dentro de la fe de Israel.

En el atrio de los gentiles, la gran explanada dispuesta para que los no hebreos pudieran adorar al Eterno, el Dios de Israel para todas las naciones, se había levantado una gran cantidad de casetas o tenderetes para el cambio de moneda, ya que dentro del templo no podía circular la moneda de curso, sino

que ésta había de ser canjeada por la moneda del templo, tanto para las ofrendas como para adquirir los animales para los sacrificios: toros, terneros, cabras, ovejas, palomas y tórtolas. Todo según el poder adquisitivo del oferente, y el tamaño de los pecados por los que presentaba su sacrificio. ¡Magnífico negocio!

*“Estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalem, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos, y a las ovejas y los bueyes; y esparció las monedas de los cambistas, y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la Casa de mi Padre casa de mercado. Entonces se acordaron sus discípulos que está escrito: ‘El celo de tu casa me consume’.” (Juan 2:13-17; Salmo 69:9).*

*“Yo lo oyeron los escribas y los principales sacerdotes, y buscaban cómo matar a Jesús; porque le tenían miedo, por cuanto todo el pueblo estaba admirado de su doctrina.” (Marcos 11:18).*

El templo de los mercaderes siempre es centro de negocios, de compra y venta. Es comercio principalmente de las angustias de los hombres y de las miserias humanas. Es la prueba tangible de cómo el lugar de encuentro del hombre con Dios y con su prójimo puede fácilmente degenerar, prostituirse y enriquecerse con la explotación sistematizada de la superstición humana, de la ignorancia de los hombres y todos sus miedos y temores.

*La “Casa de Santidad”, que nosotros conocemos por la nefasta traducción de “templo”, había sido levantada para ser “casa de oración para todos los pueblos”. De ahí la existencia de un atrio, de un patio, para la gentilidad. Sin embargo, había sido convertida en una cueva de ladrones, insensibles a las necesidades de los hombres, y muy especialmente de los empobrecidos.*

*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer sin dejar de hacer aquello.” (Mateo 23:23).*

Los mercaderes del templo de nuestros días se ponen nerviosos cuando alguien repara en que Jesús no pone la fe en el primer lugar, sino que antepone la justicia y la misericordia, por cuanto la fe desprovista de éstas, al igual que carente del temor divino, sólo es la filosofía que no se traduce en praxis, es decir, el abaratamiento de la gracia, hasta convertirla en libertinaje.

Jesús deja esto muy claro desde el mismísimo comienzo de su ministerio público:

*“Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.” (Mateo 5:20).*

El Maestro desconcierta a todos cuantos entran en contacto con Él, porque el amor de Dios es desconcertante. Y más que eso, es irremediable.



Se desmoronan los templos de los mercaderes, aunque estén contruidos en la piedra más dura, tan pronto penetra el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios. Se vienen abajo las paredes y los techos de los templos donde Dios sólo es un ídolo, y la oración una justificación para recibir ofrendas y comerse las casas de las viudas.

Los leprosos y los llagados no pueden entrar en el llamado templo de Jerusalem, ni en ninguno de los templos de los mercaderes, pero Jesús de Nazaret se hace templo al acercarse a todo aquel que necesita una caricia.

Y así es como las caricias de Jesús se convierten en oraciones que producen sanidad y vida y salvación.

Frente a las largas oraciones de los mercaderes del templo, Jesús ora y enseña a orar con brevísimas palabras.

Ante el enriquecido Zaqueo, marginado por ser explotador de su propia pueblo, el Maestro dice que *“él también es hijo de Abraham”*.

Ante la pecadora pública, Jesús afirma *“tus pecados te son perdonados”*.

Ante un Leví dedicado profesionalmente a cobrar impuestos para la Roma invasora, le ordena: *“¡Sígueme!”*

*Ante la mujer hallada en el mismo acto del adulterio, Jesús pronuncia las desconcertantes palabras de “Nadie te condena, vete y no peques más.”*

*Y ante los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo, les confronta diciéndoles, “los publicanos y las rameras van delante de vosotros al reino de Dios.”*

Sólo aquellas palabras de Jesús de Nazaret hubieran sido suficientes para que los mercaderes del templo decretaran la inmediata sentencia de muerte del Maestro.

Los largos rezos de los mercaderes incapacitan para amar. Las interminables plegarias de los religiosos suelen ser extensos circunloquios que edulcoran las conciencias y distancian de los empobrecidos y necesitados.

Los rodeos de palabras, las liturgias elaboradas y las pompas de religiosidad fría, sólo son mecanismos para dirigir las miradas en otra dirección. Son cortinas de humo, a veces de incienso, y en otras ocasiones de verborrea insufrible.

*Mientras tanto, a la puerta del templo de los mercaderes continuarán echados los Lázaros con sus llagas de hoy: litronas y borracheras, a veces con bebidas sofisticadas, garrafón o tetrabrik de tintorro peleón; en otras ocasiones, drogas de diseño más elaborado.*

En el interior se darán los parroquianos del templo de los mercaderes saludos de paz, con despedidas rápidas en el círculo de la iglesia establecida, y con conversaciones vacías en otras versiones. Sus caras retorcidas durante el culto se estirarán un poquito, pero todo será de corta duración.

Los aparentemente intachables, los que me recreo llamando *“decentes de toda la vida”*, saldrán con su conciencia edulcorada en la dosis precisa, ni más ni menos. Muchos habrán perdido el amor y la esperanza. Y su fe será solamente la adhesión a una declaración de fe y principios que ellos mismos cambiarán caprichosamente en un *aggionamiento* en función de los beneficios que puedan obtener del sistema en que mutuamente se sostienen.

A los mercaderes sólo les queda orgullo y apariencia de piedad. Y a eso lo llaman *“fe”*.

Pero Jesús interrumpe sus rezos estereotipados y oraciones de circunstancia, y les dice sin rodeos:

*“El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos.” (Marcos 12:29-31).*

Jesús de Nazaret no necesita hacer rezos para orar. Todo en el Maestro es oración, es decir, relación con su Padre. Por eso es que en cada una de sus palabras contemplamos la verdad. No el concepto occidental de *“verdad”*, sino el sentido de sus raíces hebreas.

Recordemos la pregunta que el romano imperialista Pilato le formula a nuestro Señor Jesucristo: *“¿Qué es la verdad?” (Juan 18:38).*

No recibió respuesta de parte del Maestro. Agrega el texto del Evangelio que Pilato salió sin esperar respuesta. Su pregunta no aguarda para recibir una respuesta de aquel iluso judío que tenía frente a sí, y respecto al cual se veía involucrado en aquellos extraños asuntos religiosos del pueblo hebreo, tan ajenos para un refinado hombre del imperio, orgulloso de sentirse protegido por aquella inmensa maquinaria del estado imperial.

Con razón se preguntaba *Voltaire* irónicamente qué habría ocurrido si Pilato se hubiese detenido a escuchar la respuesta de Jesús. Pero el romano no lo hizo, porque desde su prepotencia no podía esperar una respuesta certera de aquel ante quien se sentía superior y por lo tanto despreciaba.

Para nuestro Occidente, a fecha de hoy, la *“verdad”* depende, en suma, de los fines y las circunstancias de quien habla, de quien se expresa y la expone, e incluso de la audiencia a la cual se dirige, por lo que hoy podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la *“verdad”* ha llegado a ser algo absolutamente relativo.

Para Jesús, la *“verdad”*, en conformidad con las enseñanzas de las Sagradas Escrituras, es *“emet”*, voz de la raíz de la que nos llega *“emuná”*, es decir, *“fe”*, y también *“amén”*, es decir, *“verdadero”* y *“verdaderamente”*. No una mera fórmula para poner cierre a una oración, sino una invocación del Mesías Jesús en su nombre más desconocido en la iglesia, es decir, *“Amén”*.

Orar, pues, en el nombre de *Jesús Amén* adquiere su verdadero sentido cuando quitamos de en medio la “coma” insertada erróneamente.

*“Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios, dice esto.” (Apocalipsis 3:14).*

Jesucristo es el *Amén de Dios*, el *testigo fiel y verdadero*, por lo que “Amén” es uno de sus nombres proféticos, precisamente el más estrechamente ligado a la dimensión del cumplimiento de todas las promesas divinas para su pueblo, y no una coletilla insignificante para la inmensa mayoría de los cristianos, por haber sido enseñados erróneamente por muchos mercaderes del templo al decirles que “amén” significa “así sea”.

De ahí se desprende que el sentido de la “verdad” se aplique a la justicia de Dios. Es decir, lo que Dios demanda es verdad, y por eso el Señor establece una norma justa; pero Dios también juzga la conducta humana de una manera que corresponde a la realidad.

Así podemos acercarnos al sentido de la *fe* como “*emuná*”, no una creencia como aceptación intelectual de unas declaraciones filosóficas; es decir, algo limitado y circunscrito a la dimensión cognitiva, sino el don divino que capacita al hombre para confiar plenamente en Dios, sobre quien se puede edificar la vida, construir nuestra existencia, relacionarnos con Él y con nuestros semejantes, y hacerlo con plena seguridad, sabiendo que Él quiere lo mejor para sus hijos e hijas, y que en el Eterno no hay cambio ni mudanza.

Mientras para el pensamiento occidental la “verdad”, el griego “*Aletheia*”, ha heredado el sentido de verdad abstracta o metafísica, y aunque la versión *Septuaginta* del Antiguo Testamento al griego, conocida también por los LXX, emplea esta voz, podemos estar seguros que sus traductores no le atribuyeron el sentido griego filosófico de “verdad” considerada como algo estático, sino ese don que nos conduce a apoyarnos en la fidelidad de Dios nuestro Señor, o como los sabios de Israel la definieron, una relación activa y eficaz de la realidad del Dios Eterno en relación con su Alianza.

De ahí que la verdad sea el resultado de un encuentro del hombre con la fidelidad de Dios, quien sale a su camino y le invita a darse la vuelta, a dejar de deambular y perderse, para comenzar a caminar tras las huellas del Redentor.

Esto apunta certeramente a una relación, una experiencia con Dios que nos produce una seguridad, lo cual no está reñido con el sentido griego, que hemos heredado en Occidente, y que comprende el aspecto cognitivo, pero que no deberíamos permitir que primara o anulara el sentido original y más importante para nuestra vida, sin el cual lo estático y metafísico carecen de hondura en su incidencia en nuestro ser.

Por eso se nos dice en *Hebreos 13:8* que “*Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.*”

El Dios verdadero es aquel que verdaderamente cumple lo que promete. Esa es la *fe*, y esa es la *verdad*. Y no hay diferencia entr ambas. Ese es el pensamiento hebreo bíblico de la “*verdad revelada*”. Esa seguramente hubiera

sido la respuesta de nuestro Señor al romano imperialista, para la que éste no tuvo tiempo en su actitud de desprecio a Jesús.

En cada una de las palabras de nuestro Señor Jesucristo contemplamos la dimensión más profunda de la “verdad”. En cada acento se temple el amor de Dios al hombre, comenzando siempre con esos que no cuentan para los demás, casi para nadie, como el Lázaro de la parábola.

Cuando Jesús de Nazaret rompe esquemas estereotipados, religiosos y sociales, está orando.

Cuando hace felices a los demás, especialmente a los poseídos, enfermos, tullidos y marginados, está orando.

Cuando el Maestro siembra semillas de esperanza en los corazones de aquellos que experimentan un encuentro con Él, está orando.

Cuando alimenta a los hambrientos con pan y pescado, Jesús está orando.

Cuando hace acto de presencia ante el pueblo a pecho descubierto, y si habla como si guarda silencio, todos intuyen, sienten, barruntan que Dios llena a Jesús, el Maestro está orando.

Sin poder explicarlo con palabras, todos sienten que el Padre mora, habita, en el hombre Jesús, convirtiéndole en un tabernáculo de carne y hueso. Y que esa habitación es siempre oración, diálogo, con palabras o sin ellas.

En el templo de los mercaderes hay muchos sacrificios rituales, multitud de cultos y liturgias. Mucho incienso y sahumero, holocausto y cántico. Pero llega Jesús, laico, por no ser hijo primogénito varón de una familia descendiente de Aarón, de la tribu de Leví, sino Jesús el judío, y todo el montaje palidece y se viene abajo, básicamente por la ausencia de la misericordia.

Jesús en su actitud y conducta les confronta con su carencia de fraternidad y reconciliación. Ante los romanos invasores, los mercaderes del templo se han conformado con mantener privilegios bajo sumisión a Roma, pero les ha pasado inadvertida la magnífica oportunidad de testificar del Señor y darle a conocer a aquellos paganos ciegos, deslumbrados por los brillos y fulgores de su panteón.

En Jesús, la oración es la puerta que el Padre jamás cierra al hijo, aunque éste pida anticipadamente la parte de la herencia que le pertenece, y se vaya a la provincia apartada.

Jesús enseña la plegaria que es espera en fe ante una puerta abierta; búsqueda del perdido por estar perdido, sin juicio ni reproche.

Jesús enseña que no vamos a comprender el Evangelio mientras no renunciemos a juzgar en base a méritos y deméritos. El mercantilismo no tiene cabida en los planes de Jesucristo.

*“Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.”  
(Juan 10:10b).*

La oración del Maestro es solidaridad con los más sencillos y debilitados, a quienes Jesús reconoce y llama sus *“hermanos pequeños”*.

El rezo pesado, largo y monótono de los mercaderes del templo palidece ante el calor de la plegaria de Jesús de Nazaret. En ella es Dios quien viene, quien se acerca, siempre, y se encarna y se da a conocer. Todo en Jesús es Dios humanizándose.

Entonces las puertas del templo de los mercaderes se cierran violenta y sonoramente. Su ruido es casi ensordecedor. Sus puertas tienen nombres, como las del templo de Jerusalem. Una de ellas, la principal, se denomina *intolerancia*, y le siguen en hilera las puertas del *dogmatismo*, el *fundamentalismo no dialogante*, los *miedos*, las *fobias*, las *cobardías*, los *determinismos* y los *fatalismos*.

Y dentro se quedan encerrados los mercaderes con sus largos rezos, tras los espesos muros y los pesados portones. Otros lo harán en sus insufribles *convenciones, conferencias, concilios, comités, comisiones, etc... Papeles, copias, comunicados, e-mails, ordenadores, teléfonos celulares, y más etc.*

El aroma que penetra por la nariz y desciende hasta los pies es una mezcla de humedad, incienso, rebuzno de burro, eructo de camello y pedo de gorila. Al menos, a mí me huele a eso.

*Jesús, a la puerta, está diciendo “Padre nuestro...”*

*Han matado a la paloma  
Cuando iniciaba su vuelo.  
Han frustrado su pírqueta  
Cuando apenas se iniciaba.  
Y con ella se han perdido  
Mis versos de marínero,  
Mis teatros de barraca,  
Mis esperanzas de viento.*

*Han matado a la paloma  
Que hablaba en tantos acentos.  
Han aplastado su rísa  
Con el peso del acero.  
Y con ella se han marchado  
Mis sueños de aceitunero,  
Mis cantos de libertad,  
Mí despertar abrileno.*

*Han matado a la paloma  
Las águilas imperiales.  
Han písoteado sus alas,  
Han retorcido su cuello.  
Han borrado el trazo alegre  
Que dibujó con su vuelo,  
Sus písadas en la arena,  
Su curso de pluma y cielo.*

*Han matado a la paloma  
Antes de que yo naciera.  
La he buscado sin saberlo,  
La he intuído en mi lamento.  
La he llorado por los muertos,  
Por poetas fusilados,  
Con la rabia del silencio..  
Y es que la llevaba dentro.*

*JY*

## EL HOMBRE LIBRE

---

Nadie puede dar lo que no tiene. Por eso es dramático empeñarse en buscar lluvia donde el cielo está despejado, o tratar de cultivar flores en la mar.

Si buscamos religión, no tiene sentido ir a Jesús de Nazaret. El Maestro no lo es de religión, sino de espiritualidad, que no es lo mismo.

Por eso Jesús no habla en contra de ninguna religión organizada, porque Él no está en pugna con ninguna de ellas.

Os mercaderes del templo discuten con otros mercaderes confrontando las enseñanzas del Maestro con las de otros.

Cuando Jesús dialoga con los otros siempre hay entendimiento, porque el Maestro escucha, se deja atravesar por la palabras del otro, y comparte la palabra del Padre.

Pero Jesús no habla de religión, porque ya hay bastante en el mundo. Y todos sus prohombres están encastillados en el templo de los mercaderes, dispuestos a volver a crucificar a Jesús poniéndole en manos de las águilas imperiales de turno.

Tampoco podremos encontrar filosofía en Jesús, ni especulaciones metafísicas, ni temas de tertulia de desocupados.

*Jesús no tiene nada para dar. Es Él quien se da sí mismo. Por eso no nos lega ningún edificio, ni templo alguno, ni siquiera un libro. ¡Qué pérdida de negocio!, piensan algunos que hubieran estado más que dispuestos a fundare el "Patrimonio de Jesús", para publicar con derechos de autor la obra escrita del Maestro.*

Jesús da a Dios en sí mismo, compartiendo con todos su relación paterno-filial. De ahí que quien ve a Jesús, ha visto al Padre que mora en Él.

De la mano de Jesús de Nazaret, en su trato amoroso, todo es signo de libertad. Una lectura no prejuiciada de los Evangelios nos conduce al reconocimiento de que Dios vive en la vida de Jesús, respira en su aliento, vibra en su voz, toca en sus manos, en cada una de sus acciones y palabras.



*“Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.” (Juan 4:34).*

*“Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho.” (Juan 12:49-50).*

En el templo de los mercaderes hay muchas lámparas, pero no hay luz. Abundan los brillos, pero la carencia de iluminación es total.

La vida no puede propagarse en esa densa oscuridad. En ella, no puede perder la muerte su dominio. Pero los discípulos de Jesús gozan de la libertad que engendra el perdón amoroso de Dios.

De la mano del Maestro se vislumbra la inmensidad de este universo, y se intuyen muchos más, con los océanos de esta tierra y de muchas otras; con los hermanos mayores de la tierra, el pueblo de la Alianza, y los muchos otros de los universos para ser habitados, en los cielos que el Señor diseñó precisamente para eso, además de para mostrar su gloria a sus criaturas dotadas de consciencia y discernimiento.

Ese es el paisaje que da el hondo respiro de la libertad querida por Dios para los hombres. La grandeza del universo, contenida en una sola gota de agua, se siente ante la presencia del Señor. Nos hace sentirnos pequeños, pero no insignificantes. Urge dejar de confundir lo pequeño, incluso lo minúsculo, con lo carente de significado.

A los pies de Jesús comprendemos lo que significa haber sido creados a imagen y semejanza de Dios. Todos los complejos de inferioridad, arropados bajo los sentimientos ridículos de superioridad, así como de culpabilidad paralizante, se diluyen en el amor del Hijo de Dios, y desaparecen, salen de nosotros, como fantasmas avergonzados, descubiertos y echados fuera con autoridad.

Así es como somos hechos completos, plenos, enteros, con la desaparición de las grietas y fisuras producidas por los temores y egoísmos. Desde Jesús, en su encuentro y amistad, el alma humana puede gozar de esa paz que nos llega en las Sagradas Escrituras bajo la voz *“Shalom”*, cuyo significado, según cualquier diccionario señala, significa *“paz”, “integridad”, “calma”, “tranquilidad”, “sosiego”, “saludo”, y “bienestar”*.

Pero cuando vamos a las fuentes más antiguas de la tradición hebrea, allí descubrimos que *“Shalom”* es también uno de los nombres de Dios, ya que la fuente original de toda *“paz”* se halla en el propio Señor. De ahí que en su raíz se encuentre también *“le-shalem”*, que significa *“completar”, “retribuir”, “pagar” y “compensar”*.

Por eso es que los sabios antiguos de Israel explicaron que en el verdadero *“Shalom”* no se dé una ausencia competitiva de conflicto, o simplemente el cese de las hostilidades, sino que el *“Shalom”* de Dios se construye al equilibrar lo

que se encuentra descompensado, fuera de balanza; al promover la justicia y la íntegra equidad.

Y semejante equilibrio sólo puede alcanzarse caminando con la mirada puesta en Jesús, el autor y consumidor de la fe, quien nos lleva de su mano, impelidos por el viento de su Espíritu, por los mandamientos de Dios. De ahí se desprende el sentido de las palabras de *Isaías 57:21*: “No hay paz, dijo mi Dios, para los impíos.”

Ese “*Shalom*” que Jesús nos ofrece y deja como legado es más hondo que las más profundas fosas oceánicas; más anchurosa que los ejércitos de nubes desplegados que invaden las tierras para regarlas.

Esa es la libertad que el hombre busca por mil y un caminos que no conducen a ninguna parte. Esa es la libertad que los mercaderes del templo evitan que los hombres hallen, porque saben que tal descubrimiento pondría fin a su negocio basado en las miserias y temores de los humanos.

En el templo de los mercaderes no hay libertad. No puede haberla. Ni siquiera se sabe qué es.

*Su “dios” es imaginario, apenas una idea estática que carece de futuro, y cuyo presente es silencio y oscuridad.*

Tiene ojos, pero no ve; boca, pero no habla; oídos, pero no oye; tiene pies, pero está clavado, aunque no se moverá; sus manos no tocan; su piel es madera, yeso, piedra o hierro.

Sus siervos piden para su sostén, aunque son ídolos estáticos que ni respiran, ni comen, ni beben.

Sus ofrendas se semejan a los regalos y las viandas que acompañaban a los faraones en sus tumbas, para su viaje a ninguna parte bajo sus pesadas pirámides de sangre y dolor, de sudor e ignominia.

El templo de los mercaderes está plagado de capillas y oratorios, criptas y altares, imágenes y retablos, todos consagrados al miedo a la muerte, a la ignorancia, el fanatismo y la superstición.

Sus oficiantes se revisten con atuendo que se asemeja al de los que juzgaron y condenaron a Jesús de Nazaret. En sus rostros retorcidos se adivina la muerte, que es a quien realmente rinden culto.

En sus vientres se anticipa la putrefacción cadavérica. En sus dedos anillados se arroja la serpiente de la rapiña. Y bajo sus cruces pectorales laten las intrigas palaciegas y las seguridades egoístas.

Pero Jesús encarna al hombre libre según Dios. Delante del romano imperialista, Jesús dice que el Reino de Dios es su Reino. Anteriormente les había dicho a sus discípulos que era mejor entrar en el Reino de Dios sin un ojo, que quedarse afuera con los dos; que era mejor acceder a la vida manco que quedarse afuera con dos manos. De esa manera nos dice que el Reino de

Dios y la Vida son una misma realidad. Reino, Vida y Libertad: una misma cosa.

Así es como Jesús hace libres a los hombres, sus hermanos pequeños. Cuando Dios vive en el corazón de un ser humano, el hombre es libre. Cuando el Señor vive en el corazón de una mujer, ésta es libre.

Mientras tanto, en el templo de los mercaderes se trama la captura y destrucción del hombre libre, entonces y ahora. Su libertad es una amenaza para el sistema. La voluntad de Dios amenaza al sistema cuando esa voluntad se encarna en la vida de algún hombre.

*Mientras permanece como una idea, como un mero concepto, no resulta peligrosa. Un pobre no representa ningún peligro; la cosa empieza a ponerse fea cuando varios pobres se juntan y deciden hacer cosas juntos. Pero el gran peligro es cuando muchos se asocian y optan por hacer un sindicato de empobrecidos, y más todavía si te los encuentras en el salón de casa, como en la canción de Joan Manuel Serrat. Pero todo esto se vuelve peligrosamente amenazador cuando alguien dice, como Jesús:*

*“Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.”  
(Juan 4:34).*

Jesús no ha hablado por su propia cuenta. El Padre fue quien le dio mandamiento de lo que tenía que decir. Esa es la autoridad de un hombre libre: La autoridad delegada por el Padre. Bajo ella desaparece el “dios” imaginario, que tiene que refugiarse en el templo de los mercaderes. Le siguen todos los ídolos, avergonzados de haber mantenido atado al hombre que ahora ha sido liberado.

Es una procesión fantasmagórica de figuras grotescas constituidas por odio y venganza, egoísmos y temores, indiferencias egoístas, insolidaridad, apariencia de piedad y los aromas apestosos que antes mencioné. Y el hombre queda desnudo y libre. Sin caretas ni máscaras. Así es como podemos ver el rostro de Dios en la faz de Jesucristo.

Los “dioses” inventados por nosotros mismos, a nuestra imagen y semejanza, no pueden salir del templo de los mercaderes. Tienen que permanecer dentro para siempre. Necesitan la paradoja del fulgor de las tinieblas para sobrevivir; precisan de la mentira para seguir existiendo, hasta el Gran Día de Dios, en el que perecerán en el lago que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.

Les es menester permanecer alejados de la luz y de la brisa para mantener su falacia. Ese es su entorno y su atmósfera. Los ídolos salen del corazón del hombre cuando Jesús entra allí a morar. Pero los mercaderes del templo los acogen, los reciben, les dan alojamiento en la tinieblas de más adentro, donde la misericordia y la vida y el amor no existen.

Un muro de acero cubre este laberinto de la farsa más antigua. Y en su interior, todo es frío, noche gélida de oscuridad metálica y sin fin.

El templo de los mercaderes es una incubadora del mal: Imperio, dominación, cruzadas, hogueras inquisitoriales, excomuniones, intrigas, logias, secretismo y oscuridad.

Pero Jesús es el hombre libre. El amor liberador es la marca distintiva de Jesús y sus discípulos. Ese amor liberador es el que se manifiesta cuando Jesús ora y pide el perdón desde la agonía en el madero de la Cruz, incluso para sus verdugos y asesinos.

*“En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros.” (Juan 13:35).*

Los mercaderes del templo creen que van a ser conocidos por su impresionantes edificaciones, por su acumulación de tesoros artísticos, por su influencia en las cuestiones del estado secular. Pero no va a ser así.

*Además, el Maestro nos enseña que siempre será mejor encender una luz, por diminuta que ésta sea, que maldecir la oscuridad. Como dijera William Penn, “la gente que no es gobernada por Dios, será gobernada por tiranos.”*

El amor liberador que Dios nos ofrece en Jesús de Nazaret es una clase de amor que desconoce limitaciones y barreras. Por eso es liberador, porque no conoce restricciones. Todo lo abarca. Y así tiene y mantiene la fuerza impulsora que anima, que estimula, que pone fin a las melancolías y las depresiones.

De ese modo es como se experimenta la verdadera alegría de vivir. La vida misma adquiere un nuevo significado. No hay mayor alegría que saberse y sentirse liberado del templo de los mercaderes y su nefasta influencia. Es como salir de la peste medieval, alejarse del tirano que tiene potestad sobre vidas y haciendas, derecho de pernada y antorcha encendida para prender la hoguera en que estamos atados.

Entonces comprendemos que no hay mayor privilegio que dedicarnos a la extensión del Reino de Dios que viene, que está entre nosotros, como la levadura en medio de la masa, y que irá leudándola hasta el momento en que salga del horno convertida en un pan hermoso, que huele bien, y que sabe bien, porque en su interior ya no están presentes odios y resentimientos.

Jesús enseña que un pequeño esfuerzo puede producir maravillas. La libertad que nuestro Señor nos ofrece está absolutamente vinculada a la verdad de la que hemos hablado antes.

*“Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” (Juan 8:32).*

*“Jesús les dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.” (Juan 14:6).*

*“Porque cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad.” (Juan 16:13).*

*“Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad.” (Juan 17:17).*

En el templo de los mercaderes todo es mentira. Todos son signos de muerte. Por eso hay romper sus muros, volar sus puertas, horadar sus suelos, para poder celebrar la vida y la fe, y hacerlo simultáneamente, como cuando usamos las dos manos; con la alegría de haber aprendido lo que significa “*misericordia quiero, y no sacrificio*”. (Oseas 6:6).

*“Pasando Jesús de allí, vio a un hombre llamado Mateo, que estaba sentado al banco de los tributos públicos, y le dijo: Sígueme. Y se levantó y le siguió. Y aconteció que estando él (Jesús) sentado a la mesa en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores, que habían venido, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando vieron esto los fariseos, dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: ‘Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento.’” (Mateo 9:9-13).*

Jesús libera enseñándonos que de nada sirve presentar ofrendas sobre el altar, ni decir constantemente “Señor, Señor”; ni alegar que hemos sido de sus íntimos, si no estamos dispuestos a perdonar, amar y bendicir a nuestros enemigos.

*“Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y anda, reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.” (Mateo 5:23-24).*

*“No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad.” (Mateo 7:21-23).*

*“Entonces comenzaréis a decir: Delante de ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste. Pero os dirá: Os digo que no sé de dónde sois; apartaos de mí todos vosotros, hacedores de maldad.” (Lucas 13:26-27).*

Jesús libera revelando al Padre Eterno como Dios de los humildes, de los pequeños, de los sencillos, es decir, de quienes han renunciado al doblez.

*“En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y las revelaste a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó. Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar.” (Mateo 11:25-27).*

En el templo de los mercaderes se reproduce el sistema de castas y clases. Es un ejército de grados y rangos, de tramas oscuras, de luchas intestinas, de usurpaciones y zancadillas, de destierros y suspensiones, de descalificaciones

y persecuciones, de intrigas palaciegas y *sillas movidas*... Pero Jesús organiza una comunidad de hermanos, es decir, de iguales.

Los mayores, o más dotados o destacados en una labor, son servidores de sus hermanos menores, o menos capacitados, siempre con el propósito de que aprendan y sean maestros de otros. Y, al mismo tiempo, esta comunidad de iguales está formada por distintos, por cuando de lo contrario no podría ser dinámica ni enriquecedora. Pero nuestro Señor la dota con dones, ministerios y operaciones. Todos ellos ministeriales, es decir, para el servicio de los unos a los otros, y a todos, y así dejar que el Espíritu Santo se manifieste.

Dios no quiere que seamos masa informe, sino que nos distingamos, y así aprendamos todos la realidad de la multiforme gracia de Dios. Pero esas diferencias, esos rasgos distintivos, no opacan la igualdad.

La conjugación de distinción e igualdad es uno de los más preciosos milagros del Espíritu Santo. De ese modo se forma y potencia la personalidad de cada uno de nosotros: Horizontalidad de hermanos, verticalidad de hijos e hijas de Dios y hermanos menores de Jesucristo.

La pirámide está dentro del templo de los mercaderes, no sólo en su estructura exterior. Pero con Jesús no hay pirámides que valgan, sino círculos concéntricos. Dios está en el centro, y todos los demás círculos se extienden y amplían desde ese núcleo, llegando hasta el punto más distante, cubriéndolo todo, alcanzando a todos. Liberando, siempre liberando.

*Preguntó el rabino a sus estudiantes:*

*“¿Cómo sabemos que la noche ha llegado a su fin y que el día amanece?”*

*“Porque podemos distinguir a una oveja de un perro”, respondió uno de ellos.*

*“No, no es la respuesta”, dijo el rabino.*

*Otro estudiante dijo: “Porque podemos distinguir una higuera de un olivo.”*

*No, no es la respuesta”, dijo el rabino.*

*“Entonces, ¿cómo lo sabremos?” dijeron todos.*

*Y el rabino respondió:*

*“Cuando miramos un rostro desconocido, un extraño, y vemos que es nuestro hermano; en ese momento ha amanecido.”*

## RENACIMIENTO

---

Jesús no viene para decir a los humanos que tenemos que esforzarnos por ser más morales, más éticos, o más solidarios. Jesús le explica a un principal de su pueblo que lo que necesita es nacer de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del agua y del Espíritu Santo.

*“De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios... De cierto, de cierto te digo, que el que no naciera del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo.” (Juan 3:3, 5-7).*

Los mercaderes del templo enseñan una religión. Es básicamente la misma. Sólo hay religión y Evangelio. No hay más. O es una o es el otro. Y como toda religión está formada por dogmas, ritos, tradiciones, usos y costumbres, mientras los mercaderes-sacerdotes buscan afanosamente ser auspiciados por cuantas más instancias mejor.

A Jesús no le preocupa ni ocupa semejante despropósito. El Maestro afirma que necesitamos nacer de nuevo para poder vivir una nueva clase de vida. En realidad, esa vida novedosa es el propio Jesús viviendo en aquellos que le rinden sus corazones.

Así es como se pueden dejar a un lado los criterios y los principios de este sistema mundial, para vivir bajo la gracia de Dios y caminar en los mandamientos y preceptos del Señor, que son las obras buenas que Él ha puesto delante de nosotros para que caminemos por ellas.

No serán nunca nuestras buenas obras las que nos puedan justificar meritoriamente delante de Dios, sino que, antes bien, es el Señor bendito quien nos justifica por su gracia y misericordia para que caminemos en rectitud, instruidos por la Palabra de Dios, y alentados por su Santo Espíritu. Las obras



buenas serán siempre tuyas. De ahí que su carácter meritorio también le pertenezca a Él, y no a nosotros.

*“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Romanos 8:14-15).*

Eso es lo verdaderamente maravilloso: *“que el Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.” (Juan 8:16).*

Esa es la conciencia de la realidad de haber sido adoptados en la familia de Dios mediante la adopción ordenada por el Padre Eterno, realizada por el Hijo Unigénito y confirmada por el Santo Espíritu.

Es sobre esa base que nosotros podemos seguir a Jesús, proseguir en su camino, hacer nuestra su causa. Y la voluntad del Padre es nuestro destino previo.

*“Paz a vosotros. Como me envió el Padre, así también yo os envío.” (Juan 20:21).*

*“Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.” (Romanos 8:28-29).*

Jesús rescata de la tiranía del templo de los mercaderes y su influencia en la configuración de nuestro mundo. El método legal de la liberación es la adopción. Somos hechura suya, creados de nuevo en Jesucristo para caminar por una vida nueva. Nos hace hermanos menores de Jesús de Nazaret. Menores para crecer; menores para aprender; menores para desarrollarnos en la gracia y la misericordia divinas.

Jesús anhela que conozcamos a su Padre y a nuestro Padre. Él está dispuesto nada menos que a compartir a su Padre con nosotros, del mismo modo que el Padre comparte con nosotros al Hijo. No hay mayor amor que esta entrega.

Y además quiere que lo hagamos descubriéndonos hijos e hijas, hermanas y hermanos. Jesús quiere dar a conocer al Invisible. Lo refleja en su faz, en sus palabras, en sus gestos, en sus acciones, en sus silencios y en sus miradas, y en su amistad. Sabe que si efectivamente tenemos un encuentro personal con Él, vamos a lograr verle en cada hombre y en cada mujer.

De la mano de Jesús vamos a lograr aprender las grandes asignaturas troncales de Dios Padre: Un corazón misericordioso, un espíritu generoso, un talante perdonador, una visión clara para conducirnos por el camino recto del discipulado de Jesús, tratando a los demás como nos gustaría que nosotros fuéramos tratados por ellos.

*“Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas.” (Mateo 7:12).*

¡Qué maravillosamente explica Jesús la Santa Ley de Dios nuestro Señor!  
¡Qué alejada su enseñanza de las complicaciones de los mercaderes del templo! Ellos seguirán enredando y enredándose con sus disquisiciones y pseudo-ciencias. Gastarán las ofrendas de las viudas en revestimientos, ornamentos y anillos; en restaurar piedras viejas con las asignaciones estatales...

Pero a las puertas de sus templos seguirán pidiendo los pobres de turno, los borrachines del barrio, los vendedores de *“La Farola”*, esperando todos que las *“doñas”* del abrigo de pieles depositen unas escasas monedas en su caja de cartón sobre el suelo, junto a algunas estampitas de la piedad popular, al lado del tetrabrik de vino peleón... ¡Qué bonito! ¡Qué entrañable! ¡Cuánta miseria! ¡Qué asco!

Mi generación no puede olvidar alguna viñeta antigua en la que una señora con mantilla y peineta salía de misa, y después de depositar sus moneditas en las manos del indigente de turno, exclamaba: *“¡Gracias, Señor, por los pobres, que nos ayudan a santificarnos!”*

Jesús nos asegura que es menester renacer del agua y del Espíritu para ver y poder acceder al Reino de Dios. No es cuestión de moral, ni mucho menos de *“moralina”*, sino de nacer a una nueva vida; de recibir una nueva naturaleza, un nuevo corazón. Y eso es algo que no puede producir el hombre, ni por medios religiosos ni por cualesquiera otros caminos. Es algo que acontece desde arriba. Es un milagro del Santo Espíritu de Dios. No es una meta que el hombre puede ponerse delante de sí. No es un logro de la espiritualidad ni de la religiosidad humanas. No se trata de un grado que se obtiene tras pasar algunas pruebas, aprobar exámenes, alcanzar objetivos, ganar créditos ni acumular méritos.

El hombre no se salva, sino que es salvado por la misericordia divina. El hombre no puede arrepentirse si no recibe la gracia, el regalo divino del arrepentimiento; ni puede creer, es decir, fiarse de Dios con todo el corazón, si no recibe el don de la fe, cuyo autor y consumidor es exclusivamente Jesucristo y nadie más.

*Y siempre es el Señor quien toma la iniciativa, en esto como en todo cuanto beneficia al hombre. De ahí que el Apóstol Pablo nos asegure que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad.” (Filipenses 2:13).*

El Señor es quien llama y escoge. Él es quien emprende la obra en nuestros corazones. La salvación eterna no es obra del hombre, de ningún hombre, ni de institución alguna, sino de Dios.

Cuando los mercaderes del templo se abrogan la exclusividad de la salvación, y condenan a todos los demás, demuestran de manera inequívoca lo muy alejados que se hallan del Dios de amor manifestado en Jesucristo.

En el templo de los mercaderes se venderán servicios y cultos, se ofrecerán rogativas y plegarias, se harán votos y se encenderán velas. En otras versiones se cantará hasta que se hinchen las venas del cuello, y se palmoteará como si fueran pingüinos enloquecidos; pero nada de eso podrá engañar al Señor que conoce lo que hay en los corazones de los hombres, por cuanto el mucho ruido, como la mayor solemnidad, no pueden nunca ser substitutos de la adoración en Espíritu y en Verdad, que es la que el Padre busca de los verdaderos adoradores.

Jesús desarma todos los tinglados que los hombres podemos armar, y lo hace mostrando inequívocamente que nadie podrá justificarse ante Dios aparte de la obra de la Cruz del Calvario; que sólo la sangre de Jesucristo el Justo puede borrar los pecados del hombre; y que no hay oración alguna que pueda llegar hasta el trono de la gloria de la Majestad en las Alturas sin la participación del Santo Espíritu de Dios.

*“Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, yo no le echo fuera... Y esta es la voluntad de mi Padre, el que me envió: Que de todo lo que me diere, no pierda yo nada, sino que lo resucite en el día postrero. Y esta es la voluntad del que me ha enviado: Que todo aquel que ve al Hijo, y cree en él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo trajere; y yo le resucitaré en el día postrero.”* (Juan 6:37, 39, 44).

Ese será el mismo mensaje que nos llegará de la pluma apostólica de Pablo en su Carta a los Romanos:

*“Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo... Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos... Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida.”* (Romanos 5:1, 6, 10).

No hay dos salvadores, ni tres, ni media docena de ellos. No hay rito ni sacramento que pueda impartir la salvación que sólo pertenece a Dios nuestro Señor. El perdón de los pecados y el don de la vida eterna son gracias divinas jamás merecidas por los hombres. Son pura obra de gracia misericordiosa. La salvación no es fruto de la fe más el bautismo, o más la pertenencia a este o aquel círculo cristiano, por muy grandes que sean sus pretensiones de exclusividad.

La salvación es un regalo otorgado al hombre sobre la base exclusiva de la gracia divina, la cual produce en el pecador, por obra del Santo Espíritu de Dios, convicción de pecado, justicia y juicio, arrepentimiento y fe.

Así es como podemos arrepentirnos de nuestros pecados, darnos la vuelta confesándoselos al Señor, y recibir su perdón y acogida. Así es como podemos entregar nuestra vida a Jesucristo y refugiarnos en Él.

*“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros... Porque la paga del pecado es muerte, mas la*

*dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro.” (Romanos 5:8; 6:23).*

La fe es la única condición por la cual se nos ofrece la justificación ante Dios. Se trata de fiarnos del Señor con todo nuestro ser. Nada tiene esto que ver con la fe estática, fría, reducida a lo cognitivo. Estamos hablando de la fe que obra por el amor, y cuyos primeros pasos son el reconocimiento de nuestra condición de pecadores, sin paliativos, el justo juicio de Dios que merecemos, el arrepentimiento y la entrega de nuestro corazón a Jesús, quien llevó nuestros pecados sobre su cuerpo en el madero, y nos substituyó. El Justo dio su vida por los injustos, para llevarnos a Dios.

Esta es la base y fundamento del perdón de los pecados y el regalo jamás merecido de la vida eterna, de la vida con nuestro Señor. El Buen Dios nos recibe dentro del amor divino, siendo justificados gratuitamente por los méritos de la justicia de Cristo Jesús.

Para los mercaderes del templo, la fe es aceptar los dogmas promulgados por sus organizaciones en el curso de los siglos. Esas ideas abstractas son su verdad. Esas abstracciones filosóficas, expresadas con su propia terminología, son la definición de la verdad. Por eso es que en el transcurso del tiempo, ellos mismos han caído en la red de sus palabras. Sus propias definiciones dogmáticas se han vuelto contra ellos, como serpientes que les han inyectado el síndrome de la división.

Sus “*verdades*”, y especialmente la sujeción sumisa a sus autoridades pontificales, sumadas a sus ritualismos, constituyen el núcleo fundamental de su mercadería. Han sido capaces de conducir a la hoguera o al garrote a quienes trasladaron de lugar una simple coma o se atrevieron a cambiar una palabra en la formulación de dichas declaraciones dogmáticas.

Han mantenido su apariencia de piedad y santidad ante los espectadores que, pobres incautos atemorizados en otras épocas, contemplaron sus crímenes, amparados por el estado secular como brazo ejecutor de sus ignominias, y a esos espectáculos los denominaron “*autos de fe*”.

Han tratado por todos los medios -nunca mejor dicho, por cuanto todos los medios han estado, y en parte siguen estando en sus manos en este país- de borrar sus sangrientos episodios de siglos de duración, y aparentemente lo han logrado; si bien sus cicatrices han configurado lo que desde el uso retórico de *Aristóteles* denominaríamos un alto grado del “*ethos*”, es decir, de las creencias e ideales más profundos de un pueblo o nación, así como de su “*pathos*” o experiencias sufridas por una comunidad.

La presencia y actuación de los distintos sistemas inquisitoriales, tanto los romanistas como los protestantes, son determinantes para comprender a diversas naciones, su línea histórica y el carácter regional o nacional de las mismas, con sus temores, sus fobias y su talante general.

El caso de España, donde el autodenominado “*Santo Oficio*”, es decir, la *Inquisición*, tanto poder terrorífico ejerció, y su actual apatía nacional,

especialmente en Castilla, a partir de la pérdida de sus colonias, es campo de estudio sumamente interesante, pero se escapa del ámbito de este trabajo.

Pero nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo define la verdad de una manera sorprendente, como ya hemos tratado en parte, reveladora de la falacia por excelencia del sistema del templo de los mercaderes. El Maestro afirma que *“la verdad nos hará libres”* (Juan 8:32).

Libres para perdonar como nosotros mismos hemos sido perdonados.

Libres para amar como somos amados, no en base a supuestos merecimientos.

Libres para la generosidad de que nosotros mismos también hemos sido objeto.

Libres para ser benefactores de otros, como nosotros mismos hemos sido y somos beneficiarios.

Libres con la libertad del Espíritu del Santo. Esa, y no otra, es la libertad gloriosa de los hijos e hijas de Dios. Esa es la libertad que desplaza a la injusticia, haciendo que los enriquecidos huyan de sus riquezas, y los empobrecidos hagan lo propio desde su empobrecimiento, para que se encuentren en la justicia; una *“mitad”* del camino que no necesariamente ha de ser el centro de la separación, por cuanto, como en la balanza, el desplazamiento del punto de apoyo determinará la influencia del peso de la carga en cada extremo de la misma.

En la enseñanza de Jesús de Nazaret, quien ha nacido de nuevo vive la fe en clave de confianza. Los fieles según el Maestro pueden suspender un examen de dogmática, pero se fiarán de Jesús con todo su corazón. No es vano la fe es el hebreo *“emuná”* vocablo que significa *“la actitud y la fuerza de fiarse con todo el ser”*.

En el templo de los mercaderes hay también creyentes, pero en el seguimiento de Jesús sólo hay fieles. Todos los fieles son creyentes, pero no todos los creyentes son fieles. Ni son todos los que están, ni están todos los que son.

Entre los parroquianos del templo de los mercaderes abundan quienes tienen una fe nominal, de hechura carnal, sin relación con la dependencia vital del Padre que Jesús vive y enseña. Las palabras del Apóstol Santiago al respecto son muy clarificantes:

*“Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen, y tiemblan. ¿Mas quieres saber, hombre vano, que la fe sin obras es muerta?”* (Santiago 2:19-20).

Una fe que sólo es el asentimiento de unas verdades expresadas en terminología filosófica, no puede penetrar en el corazón, antropomorfismo para nuestra *“conciencia”*. Ese sucedáneo de la fe no puede santificar el alma ni transformar el carácter.

La verdadera fe, la fe de Jesús, es la que nos alcanza por la gracia y misericordia divinas. Por eso nos dice la Escritura que Dios nos *conoció, predestinó, llamó, justificó y glorificó*. Y eso, que ya ha acontecido en la eternidad de Dios, es lo que sucederá en esa convergencia del tiempo y el espacio que denominamos *“historia”*, hasta el día anhelado de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo con poder y gran gloria, a buscar a los suyos, a todos los fieles vivos y a cuantos vivieron y durmieron en la esperanza mesiánica.

Es importante que nos percatemos de que *“llamar”* y *“justificar”* son una misma realidad secuencial, por cuanto cuando el Señor nos llama, somos atraídos hacia Jesucristo. Es una obra realizada por el Espíritu Santo en la conciencia del hombre. Es uno de los muchos misterios de la Palabra de Dios. Es una invitación al arrepentimiento de nuestro pecado, a darnos la vuelta en nuestra caminar. Recordemos que *“arrepentimiento”* es la traducción del hebreo *“teshuvá”*, es decir, *“camino de retorno”*.

Muchos se equivocan al creer que el arrepentimiento es una obra que nosotros podemos llevar a cabo por nosotros mismos, en nuestras exclusivas fuerzas. En parte, eso se debe a que los mercaderes del templo, con su característica ignorancia o desprecio de las Sagradas Escrituras, llevan muchos siglos induciendo a los incautos e ignorantes a creer que mediante ritos eclesiásticos puede retorcerse el brazo a Dios. Su sistema sacramental, mecánicamente repetitivo, casi automatizado, ha contribuido al respecto.

Es ciertísimo que el arrepentimiento ha de preceder al perdón. Dios sólo acepta al quebrantado y contrito de corazón. A menos que nos arrepintamos no podemos ser perdonados. Pero el arrepentimiento no es obra del pecador, sino una dádiva, un don, un regalo del Señor.

El primer paso hacia el Buen Dios lo podemos dar tan pronto somos llamados por Él. Jesús nos da la ilustración del pecador como una oveja perdida que no sabe cómo volver al aprisco. Tiene que ser buscada, hallada y llevada de vuelta al redil por el pastor. Ella es necia, está extraviada, cualesquiera que sea la causa por la que está lejos de casa. Lo cierto es que no sabe hallar el camino de retorno.

Eso significa que nadie puede arrepentirse por sí mismo, sin la gracia de Dios. Nadie puede hacerse acreedor de la bendición de la justificación. Es el Señor quien nos llama, quien nos atrae hacia sí con su amor, para conducirnos al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Es el Espíritu Santo quien por orden del Padre nos conduce a los pies de Jesucristo.

*Por eso dice Jesús: “Ninguno puede venir a mí si el Padre que me envió no le trajere.” (Juan 6:44).*

No podemos dar ni un solo paso hacia el Señor Jesucristo, si el Espíritu Santo no nos atrae y guía al arrepentimiento. Así lo expresa la pluma apostólica de Pablo en la Carta a los Romanos:

*“¿O menospreciáis las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” (Romanos 2:4).*

No somos nosotros, ni nuestra virtud, ni nuestra religiosidad, ni nuestro miedo, los que van a conducirnos al arrepentimiento y a la fe de Jesús, sino sólo, única y exclusivamente la benignidad del Señor.

*“Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación, si es que habéis gustado la benignidad del Señor.” (1ª Pedro 2:1-3).*

Es la benignidad del Señor, y no el corazón del hombre, donde se halla en fundamento de nuestro arrepentimiento. Así lo expone el Apóstol Pedro ante los sacerdotes y saduceos, mercaderes de aquel templo de Jerusalem, en la ocasión registrada por el Evangelista Lucas en los Hechos de los Apóstoles:

*“A este Jesús, Dios le ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados.” (Hechos 5:31).*

Somos atraídos hacia Cristo Jesús por su poder y virtud, en manos del Espíritu Santo. La gracia del arrepentimiento viene mediante el Señor bendito, y la justificación es también de factura suya en exclusividad. Por eso es que el Apóstol Pablo escribe a los cristianos de Roma en estos términos:

*“Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación.” (Romanos 10:8-10).*

Así es como Dios produce el parto espiritual en cada hombre y mujer alcanzados por la gracia soberana. No es un mero consentimiento intelectual; no es una aceptación casual de unas formulaciones abstractas, sino la seguridad y la confianza que Dios arraiga en nuestras entrañas al conducirnos a los pies de Jesucristo, para recibirle personalmente como nuestro único Señor y Salvador personal, eterno y todo suficiente.

*“Mas Jesús, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos.” (Hebreos 7:24-25).*

Esta obra de Dios, el misterio de la salvación, ya estaba profetizada en las Escrituras hebreas, y particularmente en la Santa Ley de Dios, como leemos en el libro de *Deuteronomio 30:6*:

*“Y circuncidará el Señor tu Dios tu corazón, y el corazón de tu descendencia, para que ames al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, a fin de que vivas.”*

Es Dios quien circuncida el corazón del hombre y la mujer, la conciencia humana. Toda la obra de la salvación es del Señor, del principio al fin, de la autoría de la fe hasta su consumación.

Es Dios quien conoce desde antes del principio de los siglos, quien predestina, quien llama, quien justifica y quien glorificará a los suyos, a las ovejas que el Padre ha puesto en manos de su Hijo, quien las cuida por medio de su Santo Espíritu, hasta la consumación de los siglos.

Es el Eterno quien glorificará a los suyos en el Gran Día de Dios, el Día del Segundo Adviento de nuestro Señor Jesucristo, hecho Señor y Mesías para interceder por nosotros desde el Santuario Celestial, como Sumo Sacerdote del orden de Melquisedec.

*Será en ese Gran Día de Dios, cuando el mismo Jesús que vino en carne como Siervo Sufriente, vendrá como Mesías Triunfante. La fe será consumada en ese instante. Por eso es que nadie puede tomar gloria sobre sí, ni Dios recibe gloria de los hombres, sino que, antes bien, como Jesús nos ha enseñado en su oración patrón, del Padre es “el reino, el poder y la gloria por todos los siglos”. (Mateo 6:13).*

Sólo podemos confesar que somos pecadores perdidos, merecedores del castigo de la muerte eterna, que es la paga del pecado; pero Dios es tan bueno que ha venido en su Hijo Jesucristo a buscar y a salvar lo que se había perdido, para darnos perdón de pecados y vida imperecedera en la eternidad con Él.

*El Maestro nos lo ha dicho con prístina claridad en el Evangelio de Marcos 2:17: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores.”*

*Y en Juan 3:17 añade: “Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él.”*

Esa es la experiencia de todos cuantos hemos nacido de nuevo, del Espíritu Santo, de la simiente incorruptible. Todos podemos afirmar:

*“Soy pecador, y Cristo Jesús murió en la Cruz del Calvario para salvarme perpetuamente . Me ha dado de su gracia para poder arrepentirme de mi pecado y entregarme a Jesucristo como mi Salvador personal, eterno, y todo suficiente. Su sangre es el precio de mi redención. Le pertenezco. No necesito permanecer ni un instante más sin ser salvado. Jesucristo murió y resucitó para mi justificación, y me salvará en el día del justo juicio de Dios sobre los hijos de desobediencia, entre los cuales viví antes del encuentro con Jesucristo. Hasta ese día, Jesucristo glorificado intercede por mí en el Santuario Celestial ante el Padre, y es mi único mediador; y para no dejarme huérfano me ha dado su Santo Espíritu, como un sello de pertenencia al que pagó mi rescate, y además me quiere llenar con su Espíritu hasta rebosar.”*

Esta es una oración que todos los redimidos por la sangre de Jesucristo podemos hacer desde el corazón. Palidecen los catecismos y declaraciones doctrinales ante esta sencilla confesión que va más allá de todas las filosofías



humanas; cuyo centro no es filosófico, sino la bendita persona de Jesucristo, quien revela al Padre y derrama su Espíritu.

*En el templo de los mercaderes son muchos los que pretenden ser intermediarios o mediadores entre Dios y los hombres. Los hay de dos clases: vivos y muertos, para todos los gustos. Es un verdadero tinglado. Algunos lo denominan “la corte celestial”, a semejanza de una corte medieval, como en las basílicas, con el sitial del obispo bien pegado a la pared, para evitar puñaladas por la espalda. Tiene parecido incluso con el tablero de ajedrez y sus figuras.*

Pero los discípulos de Jesús de Nazaret sabemos que sólo Jesucristo resucitado y glorificado es quien intercede por nosotros ante el Padre. Por eso podemos confesarle como nuestro único Señor y Salvador:

*“El que oye mi palabra y cree al que me envió, tiene vida eterna, y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida.” (Juan 5:24).*

El Señor imputa al creyente la justicia del Mesías, y lo declara justo ante todo el universo, e intercede para guardarle en su gracia y bajo su providencia:

*“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” (2ª Corintios 5:21).*

*“Jesús llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados.” (1ª Pedro 2:24).*

Nuestro pecado ha sido expiado, arrojado a lo profundo del mar, prometiendo nuestro Señor no volver a tenerlo en su memoria. Mediante el arrepentimiento y la fe, dones preciosos del Amado, somos liberados del poder del pecado sobre nuestras vidas, y de sus consecuencias.

Jesús pagó, el Justo por los injustos, para llevarnos al Padre. Por eso es que la alegría de la llamada al arrepentimiento y a la fe es indescriptiblemente honda. Mientras en el templo de los mercaderes, aunque haya muchas luces y dorados, la fe es sombría, húmeda, amenazante. Por el contrario, en el seguimiento de Jesús la fe es sorpresa, como cuando recibimos un regalo inesperado; es celebración de la llamada; es festividad gozosa. Así lo expresa el profeta Isaías:

*“En gran manera me gozaré en el Señor, mi alma se alegrará en mi Dios; porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó con manto de justicia.” (Isaías 61:10).*

Dios ha provisto y dispuesto gracia abundantísima para que el fiel que ha nacido de nuevo, redimido por la sangre de Jesucristo, y buscando siempre ser lleno del Espíritu Santo, pueda ser preservado del poder del pecado.

En las pisadas de Jesús de Nazaret podemos gozar de todos los recursos ilimitados de la gracia y la soberanía divinas, para que podamos vivir esa vida victoriosa que el Señor tiene para nosotros.

Dios nos recibe en Jesús como hijos e hijas muy amados, redimidos por la sangre de su Hijo, el único en quien el Padre tiene sus complacencias; como si fuéramos náufragos rescatado de un mundo que está a punto de perecer, muy pronto a hundirse en su cienos y en sus aguas turbulentas; como supervivientes de una guerra total; como a esclavos liberados y comprados a altísimo precio: Nada menos que la sangre del Unigénito Hijo de Dios.

La salvación que se nos ha regalado al precio que pagó Jesús con su vida entera, y que sólo Él podía pagar, no es algo que ha nacido en nuestros corazones, sino sólo en el corazón de Dios. Lo verdaderamente maravilloso es que el Señor nos ha tomado a su cargo. El Padre, por medio del Espíritu Santo, nos ha llevado a los pies de Jesucristo. De ahí que podamos sentirnos seguros y confiados. Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia salvadora:

*“Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo, y el que justifica al que es de la fe de Jesús.” (Romanos 3:24-26).*

*“Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.” (Efesios 2:8-10).*

Si la salvación es un don de Dios, y lo es, entonces podemos estar seguros de que la gracia divina nos sostendrá mientras nuestra mirada esté clavada en Jesús:

*“Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.” (Romanos 11:29).*

En el templo de los mercaderes pretenden que la gracia divina sea administrada y conducida, dosificada y limitada a la participación de los ritos pseudo-mágicos de sus oficiantes. Pero en las huellas de Jesús de Nazaret, es el Espíritu Santo quien santifica en la verdad a cada uno de los discípulos del Maestro.

El Santo Consolador nos conduce a la contemplación de Jesús. Y en esa contemplación, con los ojos puestos en el Señor, autor y consumidor de la fe, recibimos esa fuerza dinamizadora que se expande y crece y llena todo nuestro ser, saturándolo, como cuando una esponja se empapa de agua, y al no poder retener más líquido, rebosa.

Así es como el Santo Espíritu de Dios todo lo llena: nuestro espíritu, alma y cuerpo; nuestra conciencia, nuestro carácter, nuestro temperamento, nuestra manera de ser y de actuar, nuestra relación con Dios y con nuestros prójimos.

Esa es la manera en que progresamos y crecemos en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, camino al Padre, y en la gracia del

Mesías de Israel y Deseado de las naciones, hasta que nuestro desarrollo espiritual alcance la medida de la estatura de ese varón perfecto según Dios.

Así es como nuestro Buen Dios pone fin a la maldición de la ley del pecado y de la muerte, que no a la Santa Ley de Dios, que es perfecta y convierte el alma, liberando nuestra alma redimida de su acción y efecto del pecado que engendra muerte. De ese modo se produce el maravilloso cambio en el que los mandamientos del Señor, que nos parecían en nuestra vieja naturaleza cargas pesadas e impedimentos para gozar de la vida, se convierten bajo la gracia de Dios en regalos que el Eterno pone delante de nosotros para beneficio nuestro, encomiendas del Padre, por cuanto representan la vida que agrada a Dios para sus hijos, y que nos conviene a nosotros para nuestro bien.

En el templo de los mercaderes siempre está activa la suplantación:

*“El hombre de pecado, el hijo de perdición, el cual se opone y se levanta contra todo lo que se llama Dios o es objeto de culto; tanto que se sienta en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios.” (2ª Tesalonicenses 2:3b-4).*

Los mercaderes engañan, suplantán, remedan, pero no pueden hacer en las vidas de los hombres lo que sólo puede realizar Aquel designado por el Padre:

*“Debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del mundo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados.” (Hebreos 2:17-18).*

Nacer de nuevo es ser reconciliados con Dios. Toda barrera es levantada entre el alma del hombre y Dios. Entonces como pecadores comenzamos a comprender lo que significa el amor perdonador del Señor.

Por el sacrificio de Jesús de Nazaret a favor de los hombres perdidos, Dios puede perdonar en justicia al transgresor que se arrepiente, confiesa sus pecados y acepta los méritos del Buen Pastor. Él es el canal por el cual fluyen la misericordia, el amor y la justicia del corazón de Dios al corazón del pecador.

*“Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” (1ª Juan 1:9).*

Mediante la perfecta obediencia de Jesús al Padre, el Maestro ha satisfecho todas las demandas de la Santa Ley de Dios, y nuestra única esperanza en certidumbre radica en acudir al Señor Jesús como nuestro sustituto, víctima propiciatoria y garante.

*Él es el pariente cercano, el “goel”, que ha pagado nuestra deuda al vernos acosados por no poder satisfacerla nosotros mismos. Pero no lo ha hecho para apropiarse de nada nuestro, a diferencia de como en el mundo ocurre frecuentemente, sino para comprar nuestra libertad y regalárnosla.*

Jesús ha obedecido perfectamente todas las demandas de la Ley Divina en nuestro lugar, e igualmente por nosotros ha sufrido la Cruz, ocupando el lugar de juicio y castigo que nos correspondía a nosotros. La fe de Jesús es, pues, la

condición para que seamos revestidos de la justicia de Dios, siendo injertados en el olivo bueno, en cuya raíz se produce la justicia eterna, como savia que asciende hasta la última rama.

Jesús es quien nos presenta y representa ante el Padre de amor y misericordia, con una vestimenta inmaculada, sin mancha ni arruga, ni una sola hebra tejida por el hombre.

Los mercaderes del templo tratan de diluir la supremacía que el Padre ha otorgado al Hijo Sacrosanto. Pero la Sagrada Escritura enseña sin dejar una sola fisura que a Jesucristo le pertenecen todas las cosas, que todo es de Cristo, y Cristo es de Dios. Toda la gloria, todo el honor, toda la majestad, han sido dadas al Cordero por decreto del Padre de las luces.

Los mercaderes del templo llevan siglos enseñando a las pobres gentes a su cargo que deben hacer algo bueno para ser dignos de presentarse delante del Señor; que deben alcanzar algún mérito para acceder a la compañía del Maestro; que deben presentarse ante el trono de la majestad y la gloria divinas con alguna obra buena y meritoria que les haga dignos de ser aceptos. Esa es una de las trampas más dañinas de parte de los mercaderes de la religión.

La verdad limpia y transparente es que sólo es necesario acudir al Señor Jesucristo con sinceridad de propósito, dispuestos a aceptar el ofrecimiento de su misericordia y perdón que nos es extendido por la sola gracia divina.

*No podemos estar limpios para acercarnos a Jesús, por cuanto sólo en Jesús tenemos la limpieza que precisamos. No somos ni seremos jamás merecedores del amor del Señor. Antes bien, es por su amor que nos acercamos a Él; es Él quien nos limpia, nos cambia y transforma. Por eso dice la palabra apostólica en Romanos 10:10 que “con el corazón se cree para justicia.”*

Nadie puede creer en el corazón para justicia y obtener así la justificación por la fe mediante sus propias obras, por lo cual Jesucristo habría dado su vida redentora en balde. No será nunca sobre la base de nuestras obras meritorias y altruistas, que nos harían gloriarnos y enorgullecernos en nosotros mismos. La justificación es un regalo de Dios. Este don no puede ser adquirido a ningún precio, por la sencilla razón de que no está en venta. Ya se hizo el pago. Fue la sangre de Jesús el Justo, derramada en la Cruz del Gólgota como un Cordero sin mancha ni contaminación.

*Los mercaderes del templo han organizado un tinglado socio-religioso basado en los méritos y la obediencia ciegas a su institución, erigida a sí misma como “madre”, olvidando que la “madre de todos los creyentes” es la Nueva Jerusalem, que está en el cielo de Dios, hasta el día de su Segundo Adviento, cuando descenderá.*

*Gálatas 4:26: “Mas la Jerusalem de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre.”*

Pero el Maestro nos enseña que no podemos obtener méritos para que el Señor nos perdone, en una especie de relación transaccional. Es precisamente

a la inversa. El Amado nos acepta tal como somos, nos ama tal como somos. No tenemos que cambiar para que Él nos ame. Es su amor el que nos transforma y capacita para nadar por el camino de la obediencia a los mandamientos y a las ordenanzas divinas con gran alegría. Nos ama tanto que no va a permitir que sigamos siendo como éramos antes de nuestro encuentro con Él.

Por eso es que los esfuerzos por obtener méritos delante del Señor no pueden producir fe ni sirven para nuestra santificación, sino orgullo, apariencia de piedad y mucha falta de seguridad.

Sutilmente, los mercaderes del templo han ido y sigue llevando la fe de las gentes sencillas, ignorantes o poco instruidas en las Sagradas Escrituras, hacia el propio templo, hacia falsos intermediarios, hacia instituciones suplantadoras del lugar que sólo le corresponde y pertenece al Señor.

La ocultación de la gracia salvadora es herramienta frecuentemente empleada por los mercaderes para engañar, como muchos de ellos fueron engañados. Por eso millones desconocen que no es la fe del hombre la que produce obras buenas de que gloriarnos, sino, antes bien, se trata de la fe que obra por el amor de Dios la que produce obras dignas de arrepentimiento en aquellos que entregan sus vidas al Señor.

Quien ha experimentado el encuentro salvador con el Maestro, ya no quiere seguir viviendo como lo hacía antes de conocer al Señor. El pecado ha dejado de ser atractivo. Ahora, el Señor que es quien pone en nosotros el querer y el hacer, por su buena voluntad, nos concede el anhelo de andar haciendo la voluntad de Dios, caminar por sus mandamientos, que han dejado milagrosamente de ser gravosos.

La fe, que es don de Dios, obra por el amor, y Dios es amor. Esa fe, que va más allá de la creencia, como la gracia va más allá de la Ley, pero nunca en su contra, es fuerza que purifica el alma del fiel. Es grano de simiente plantada, sembrada, que germina y brota, que florece y da una gran cosecha de fruto. Es sendero tras las huellas de Jesús de Nazaret. Es camino en el que difícilmente vamos a encontrarnos con enriquecidos, a menos que se hayan desprendido del apego a los bienes esclavizantes de este sistema mundano.

Por el contrario, vamos a hacer camino junto a empobrecidos y desheredados, marginados y despreciados, viudas y huérfanos. De no ser así, debemos sospechar que nos hallamos entre quienes sólo quieren ver a Jesús de lejos, incluso admirarle, pero no seguirle en compañía que no agrada, con quienes no queremos entablar amistad.

*“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar.” (Mateo 11:28).*

Amigo lector, ¿has nacido de nuevo? Olvídate de todas las enseñanzas de los mercaderes del templo en que te haya tocado estar, si es que has estado en alguno, y responde sinceramente en tu corazón abierto ante el Señor a esta pregunta. Jesús la planteó a un hombre importante de la comunidad judía de sus días en la carne. Se llamaba Nicodemo, y era un principal de Israel. Dice el

texto del Evangelio de Juan que vino a Jesús de noche. Es probable que no quisiera ser visto de los demás, porque perdería reputación si le veían ir a consultar a Jesús de Nazaret, el hijo del carpintero.

*Nicodemo debía ser un hombre bueno, religioso, cumplidor de la Ley. Un hombre que creía en Dios y vivía sin duda una buena vida honrada, procurando seguramente hacer el bien. Imaginémonos los que debió sentir aquel hombre al escuchar a Jesús, después de haber recibido un halago de su parte, decirle que “el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. (Juan 3:3).*

El Maestro explicó a Nicodemo en lenguaje profético que aquel nuevo nacimiento que él precisaba era una transformación espiritual que sólo Dios puede hacer cuando un pecador se arrepiente de sus pecados y entrega su corazón a Dios, dándose la vuelta, y dejando atrás una vieja vida para emprender una nueva con toda la confianza depositada en el Señor.

Y lo que Jesús le dijo a Nicodemo hace unos veinte siglos sigue siendo ciertísimo hasta el día de hoy.

Aunque tratemos de vivir una vida correcta, honesta, digna, y asistamos a los servicios religiosos de una iglesia, y hagamos obras caritativas y altruistas, seguiremos necesitando nacer de nuevo; continuaremos precisando entregar nuestro corazón a Jesucristo como Señor y Salvador.

*“En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron. Mas a todos cuantos le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” (Juan 1:10-13).*

¿Cómo podemos saber si hemos nacido de nuevo, de lo alto, de simiente incorruptible, del Espíritu Santo? Recordemos que los mercaderes del templo básicamente esperan y piden sumisión a su sistema piramidal. Pero las Sagradas Escrituras nos dan unas características clarísimas de quién ha experimentado este nuevo nacimiento de la regeneración:

*“Todo aquel que confiese que Jesús es el Hijo de Dios, Dios permanece en él, y él en Dios...”*

*Todo aquel que cree que Jesús es el Cristo (Mesías), es nacido de Dios...*

*Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él...*

*Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios...*

*En esto consiste el amor de Dios: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros...*

*Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es...*

*Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro...*

*Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él. En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos...*

*En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos, y sus mandamientos no son gravosos. Porque todo lo que es nacido de Dios vence al mundo, y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe...*

*Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Este es el verdadero Dios, y la vida eterna."*

*(1ª Juan 4:15; 5:1; 3:9; 4:7; 4:10-11; 3:2-3; 3:15-16; 5:2-4; 5:20).*

¡Qué magnífico credo sería esta secuencia de sencillos versículos de la Primera Epístola Universal de San Juan Apóstol!

No admitiría ninguna de las discusiones y luchas fratricidas por puntos y comas que han logrado dividir a la iglesia de Jesucristo en veinte mil templos de mercaderes.

Pero, infortunadamente, no hallaremos estas palabras en ninguno de los credos, confesiones de fe y declaraciones de principios de las iglesias cristianas constituidas. Quien tenga ojos para ver y oídos para oír se percatará de lo que nos dice el Señor y de las implicaciones de ignorar su Palabra.

Quien ha nacido de nuevo no peca habitualmente. El pecado no reina en su vida ni es su praxis. Y aunque todo nacido de nuevo dista mucho de ser perfecto, sabe, sabemos, que Dios nos ha dado nueva vida en Jesucristo:

*"Si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas." (2ª Corintios 5:17).*

Y si pecamos, quien ha experimentado la conversión genuina, es decir, el nuevo nacimiento de la regeneración, puede arrepentirse confesando su pecado:

*“Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él (a Dios) mentiroso, y su palabra no está en nosotros... Pero si andamos en luz, como él (Dios) está en luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado. Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él (Dios) es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.” (1ª Juan 1:10; 7-9).*

La promesa de Dios es perdonar nuestros pecados con su fidelidad, y limpiarnos con su justicia.

¿Has nacido de nuevo, lector? Si no lo has hecho, o si no estás seguro de haberlo experimentado, deja inmediatamente de escuchar a los mercaderes del templo y su oferta de religión, y entrega tu corazón sin reservas a Jesucristo. Dile:

*“Señor y Padre celestial, me acerco a ti por medio de Jesucristo.*

*Creo que Jesús murió por mis pecados, y ocupó mi lugar substituyéndome en aquella Cruz del Calvario.*

*Creo que su preciosa sangre, sin mancha ni contaminación, fue derramada para limpiarme de todo pecado.*

*Creo que Jesús fue sepultado y resucitó glorioso de entre los muertos, ascendió a la gloria tuya, Padre, y ha derramado el Espíritu Santo.*

*Creo que por tu Espíritu he reconocido a Jesucristo como mi Salvador, así como la realidad de mi pecado, y la gracia para darme la vuelta en este día y hora, y entregarte mi vida.*

*No quiero seguir viviendo como lo he hecho hasta el presente, de espaldas a ti, Señor.*

*Te ruego que entres en mi corazón y seas el Señor de mi vida.*

*Señor, sólo puedo decirte: Gracias por salvarme.”*

¿Has nacido de nuevo?



*Levanta hacia el tirano  
La amargura de tu copa.  
La hora de tu alegría sonó:  
Ve a Dios renovado en su castillo.  
¿No oyes el clamor jubiloso  
de los ejércitos extasiados?  
¡Ea, Yehudá, levántate!  
¡Dispón tu fiesta!  
La era de tu martirio ha pasado.  
Ve y consuela los débiles corazones,  
Fortalece las quebrantadas rodillas,  
Por cuarta vez, una gran fiesta  
Hará florecer tu montaña.  
El pueblo caído  
Se consume en tu amor,  
Gíme con desesperados lamentos por tí  
Y anégase, voluptuoso, en el polvo de tus ruinas.  
El tirano me dijo:  
Te volvió la espalda tu Dios.  
Mas yo sé que el poderío de mi Salvador  
Se mostrará de nuevo en sus milagros.  
Y aquél que levantó su estandarte  
Para sesenta mil hombres,  
Reunirá a los dispersos  
Y alzará, como antaño, las ciudades.”*

*Yehudá HaLeví*

## RELACIÓN CON DIOS

---

Los mercaderes del templo se caracterizan por su hipocresía. Tiene a sus espaldas muchos siglos de experiencia. Lo saben todo. El respeto que las gentes les ofrecen es puro temor, porque son muy poderosos según el mundo.

Pero en el fondo son despreciados por los demás poderes fácticos, que los usan, como ellos se benefician de los otros. Son lobos de distintas camadas, pero lobos todos al fin y al cabo.

Se necesitan mutua y recíprocamente. Forman un maridaje. Como poco, un matrimonio de conveniencia. Pero la mayoría de las veces, un trato de prostitución.

En su larga historia, hay muchos episodios de mutuo rechazo, de persecución, pero también de apoyo incondicional. Con demasiada frecuencia la cruz y la espada, el altar y el trono, la religión y las finanzas, se han vinculado hasta fundirse en una sola fuerza, siempre represiva.

No les debería, pues, sorprender el rechazo y desprecio que sufren hoy de parte del pueblo en general, y de los jóvenes en particular, si bien muchos sienten visceral repudio, sin conocer realmente la historia.

Jesús les descubre, desenmascara valientemente, y les expone bajo los focos:

*“Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas, y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres; de cierto os digo que ya tienen su recompensa. Mas tú, cuando ores, entra en tu aposento, y cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público.” (Mateo 6:5-6).*

Las relaciones de los mercaderes del templo son muy variopintas. Su institución tiene muchos novios. Viven en una relación de intercambio de favores e influencias, y los siglos les han dejado un gran tesoro de experiencia en dicho trato. Son como una mesa presidencial de un banquete oficial. El

protocolo de la disposición de los invitados a la mesa nos dice mucho de su maridaje.

Jesús, por el contrario, ofrece un matrimonio monogámico, como el monoteísmo de Israel para todas las naciones. Entre sonrisas hipócritas, miradas furtivas, intercambio de títulos y honores, excelentísimo, ilustrísimos, reverendísimos, etc., Jesús hace acto de presencia y dice:

*“Al Señor tu Dios adorarás, y a él solo servirás.” (Mateo 4:10b).*

*“Vosotros no queráis que os llamen Rabí (“Maestro mío”); porque uno es vuestro Maestro, el Cristo (“Mesías”), y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre vuestro a nadie en la tierra; porque uno es vuestro Padre, el que está en los cielos. Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo. El que es el mayor de vosotros, sea vuestro siervo. Porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido.” (Mateo 23:8-12).*

Los mercaderes del templo son expertos en pronunciar oraciones vanidosas e hipócritas, rezos mecánicos con soniquete insufrible, *mantras* automáticos y repetitivos, vestimenta anacrónica para atemorizar, actitudes y gestos de superioridad, sitial en forma de trono medieval, palabras mentirosas y babeantes, bendiciones a precio, comercio de nicolaítas, nepotismos vergonzosos, falsas promesas de bendición y prosperidad a los gobernadores de turno y demás patrocinadores, al estilo de los falsos profetas profesionales del Antiguo Testamento, capellanías en el nombre del Príncipe de Paz entre los profesionales de la guerra, acompañamiento de reos a los patíbulos, confesores de esposas de hombres influyentes, y un largo etcétera de fetidez indescriptible.

Jesús nos enseña a pedir: *“Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.” (Mateo 7:7-8).*

Pero no está refiriéndose a llamar para buscar y pedir subvenciones al estado, sino al Padre bendito que cuida de los suyos. El Maestro no está incitando a buscar la manera de formar un ministerio del gabinete de culto y clero, como tantos mercaderes ha logrado e intentar lograr en muchas naciones. Jesús no está pensando en que los suyos vivan de las migajas del *“Herodes”* de turno, ni que los ministros de la Palabra de Dios se conviertan en funcionarios estatales.

Jesús alaba la relación con el Padre, la confianza de hijos e hijas menores, de hermanos suyos adoptivos, liberados de la esclavitud y comprados al precio de su propia sangre. Pero toda petición, toda plegaria, toda súplica ha de hacerse sin olvidar jamás que estamos dirigiéndonos al Padre Creador Todopoderoso por medio de la intercesión de Jesucristo glorificado, bajo la unción del Espíritu Santo. Y eso significa que no podemos exigir, ni reclamar, ni reivindicar derechos, sino rogar.

Toda petición al Padre ha de hacerse recordando la actitud de nuestro Señor Jesucristo, su testimonio y ejemplo:

*“Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra... Yendo un poco adelante, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú.”*  
(Mateo 6:10; 26:39).

La relación con el Padre tiene un solo modelo, un solo patrón y una sola norma. Se llama Jesús de Nazaret. Nuestro Señor y Maestro es modélico en todo. No sólo en lo que dice y en lo que hace, sino en el cómo, en la actitud, en el talante, en su saber estar entre nosotros, como uno de nosotros para dar su vida por nosotros.

Sin embargo, infortunadamente, los mercaderes del templo han introducido otros modelos más acordes con los tiempos que vivimos, con los modos y modas, con el mercado de la antigua farsa. Ellos son expertísimos en todo eso. Entre sus focos y maquillajes, atrezzo y bambalinas, no hay lugar para el Siervo Sufriente, el varón de dolores experimentado en quebranto, la raíz de tierra seca, sin hermosura para que le deseemos.

Los mercaderes del templo saben hermopear las réplicas que los hombres hacen de Jesús, con madera o hierro o escayola, aunque le representen agonizante en la Cruz del Calvario. Ellos saben cómo maquillarle y borrar de ese modo sus signos de sufrimiento y dolor, o de revestir a aparentes siervos de Dios con los ornamentos de los maestros de ceremonias de la televisión a la americana.

Ellos saben hacer pasar ambientación, iluminación y megafonía por unción del Espíritu Santo. Cuentan con expertos de los medios, conocedores de la psicología y el marketing, asesores de imagen, y toda una cohorte de profesionales. Son capaces de cualquier cosa.

Pero muchos somos quienes gracias a Dios no confundimos ruido con alabanza ni volumen de sonido con unción del Santo Espíritu de Dios.

Los mercaderes del templo han desarrollado muchas fórmulas para la relación con Dios. Las hay cortas, regulares y largas, para todos los gustos; en diversas lenguas, en diferentes formatos. Pero Jesús nos enseña a relacionarnos con el Padre de otra manera. Su estilo es familiar, hogareño, doméstico, de fiesta sin prisas, al estilo oriental antiguo.

*El estilo de Jesús tiene aroma de pueblo, como sus padres y el resto de la familia, alejados de su estirpe davídica, como “idos a menos”. Y en ese ambiente no son necesarias las fórmulas, por cuanto no se ora para impresionar a nadie, sino que simplemente se eleva el corazón.*

Esto es como cuando alguien nos ama, como cuando nuestros hijos se dirigen a nosotros. No hay que concertar entrevista, ni cita; no es como con el dentista o el abogado. Mucho menos como audiencia con el presidente del gobierno o el alcalde o el reyezuelo de turno. Es con el Padre de todos. El que siempre ama. El que siempre ha amado, porque es su oficio. El que siempre mantiene la puerta abierta para que cualquier hijo pueda emprender el camino del regreso.

*Creo que eso es lo que fundamentalmente quiso Jesús enseñarnos con la oración que todos conocemos en estas latitudes por el “Padrenuestro”. Esa es la llave de la puerta para entrar con el Padre en el secreto, y cerrar la puerta a nuestras espaldas, Y allí, en el pequeño cuartito, en la alacena que siempre es posible hallar en nuestro corazón, aunque nos falte el espacio físico, abrir el alma y callar de amor.*

La llave está puesta en la cerradura. Sólo hay que girarla, sin necesidad de hacer ningún esfuerzo, porque es la que corresponde a la cerradura, siempre engrasada por el óleo del Espíritu Santo, quien más anhela que participemos del amor del Padre y del Hijo.

*Los mercaderes del templo son altivos porque se consideran importantes a sus propios ojos. Jesús es uno nacido en una aldea de las afueras de Jerusalem. Es paleta, como sus padres. No es un refinado urbanita. Su refinamiento es la sensibilidad suprema del Santo Espíritu de Dios que le llena en una dimensión tan extraordinaria que la llamamos “encarnación”. Es Emmanuel, Dios con nosotros.*

El Apóstol Pablo lo expresa de manera corta, clara y categórica:

*“En Él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Colosenses 2:9).*

Por eso Jesús es próximo, cercano, accesible y cálido. Vive en perenne relación con su Padre, en la unidad perfecta del Espíritu Santo, y nos enseña que relación es diálogo. No tanto hablar, como dejarnos atravesar por la palabra del otro. Por eso Jesús se deja poseer y atravesar por el Eterno, en cada latidote su corazón, en cada momento de la vida, en lo cotidiano y común, en lo especial y trascendente. Así es como Jesús nunca se siente solo. Y así también es como no hay posibilidad de soledad cuando Jesús reina en nuestra vida.

Por el contrario, entre los mercaderes del templo todo es soledad, como en su grandes naves con paredes recubiertas de mármol, con aspecto de tumba o mausoleo. Por eso en uno de sus más amplios círculos se muestran sin tapujos abiertos enemigos de la mujer, del matrimonio y de los hijos. Eso es para otros supuestamente menos depurados que ellos. Se sonrojan cuando se les enfrenta a la Palabra de Dios, donde se ven perfectamente retratados:

*“Pero el Espíritu (Santo) dice claramente que en los postreros tiempos algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios; por la hipocresía de mentirosos que, teniendo cauterizada la conciencia, prohibirán casarse, y mandarán abstenerse de alimentos que Dios creó para que con acción de gracias participasen de ellos los creyentes y los que han conocido la verdad. Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado.” (1ª Timoteo 4:1-5).*

La fijación de los mercaderes del templo hacia y contra la mujer es verdaderamente patológica. Siempre la han considerado como el diablo en persona. Se han pasado siglos desnudándola de dignidad y tapándole

centímetros cuadrados de piel y carne, sobre todo en determinadas zonas de su anatomía.

Hubo épocas en las que llegaron a dudar que la mujer fuera poseedora de un alma humana. La vieron y enseñaron a verla como un animal muy atractivo, y, por lo tanto, peligroso en extremo; simple ayuda al varón en labores auxiliares, y siempre que fuese bajo la bendición y el beneplácito de la institución de la gerontocracia sacerdotal.

*Lograron que grandes contingentes bajo su adoctrinamiento tuvieran a la mujer como mero “descanso del guerrero”, y poco más. Han ocultado que hubo mujeres sirviendo a Jesús con la misma dignidad que los varones, incluso con sus bienes, durante el ministerio público del Maestro, desde Galilea; que fue a las mujeres a quienes Jesús resucitado se presentó primeramente, encargándole a una de ellas, María Magdalena, que anunciara a los discípulos que el Señor había resucitado de entre los muertos.*

Los mercaderes del templo han llegado a ordenar que se borrarán antiquísimos mosaicos en los que aparecían mujeres junto a varones presidiendo la mesa de la acción de gracias, con el pan y el vino del memorial del cuerpo y la sangre del Salvador; han silenciado la existencia de diaconisas en la iglesia naciente, de todo lo cual dan testimonio incuestionable las Sagradas Escrituras.

Y quizá lo más grave de todo haya sido ocultar que el hebreo “*Rúaj HaKodesh*”, es decir, el “*Espíritu Santo*”, es voz femenina, por cuanto la bendita Persona del Espíritu de Dios da a conocer la naturaleza femenina del Dios que al mismo tiempo es Padre, pero a cuya imagen y semejanza hemos sido creados los humanos, la especie del hombre, en su dos vertientes, *hombre-varón* y *hombre-mujer*.

Así es como los mercaderes del templo en su versión romana se han atrevido en su osadía incluso a reemplazar o substituir al bendito Espíritu Santo, al maternal Espíritu Divino, por su propia institución eclesiástica con pretensiones de universalidad, por su pirámide de frío mármol inerte, haciéndola pasar por ser “*santa*” y “*madre*”. Todo ello, naturalmente, a base de ocultar las verdades bíblicas, prohibiendo la lectura de las Sagradas Escrituras, e incluyendo la propia Biblia dentro del “*Índice Libros Prohibidos*” por el “*Santo Oficio de la Inquisición*”, bajo la gravísima pena de excomunión.

Los mercaderes del templo, en sus diversas versiones, llevan mucho siglos substituyendo, reemplazando, cambiando y alterando las páginas de la historia, ocultando y falseando hechos, prohibiendo la difusión de la Biblia, quemando vivos a quienes tradujeron las Sagradas Escrituras a las lenguas vernáculas con el nobilísimo propósito de ponerlas al alcance de los pueblos.

Muchos de los mercaderes del templo prefirieron llenar los corazones de las gentes sencillas con las figuras grotescas de sus imágenes inertes, antes que les llegasen las Sagradas Letras, para que no descubrieran el carácter espúreo de sus enseñanzas; esas Escrituras de las que nuestro Señor Jesucristo dijo que erramos cuando las ignoramos.

Aún hasta el día de hoy, los mercaderes tratan de neutralizar las enseñanzas bíblicas definiéndolas como un conjunto de colecciones de meras sagas folklórico-religiosas, y desprestigiando a quienes creemos en el carácter divino de su inspiración como si fuéramos mentecatos o descerebrados.

Sobre la conciencia de los mercaderes del templo pesa ser causantes principales de la situación de una inmensa masa de ignorantes y equivocados, confusos rebaños sin pastor, llevados de acá para allá por todo viento de doctrina, como mercadería fácilmente explotable por todo tipo de movimientos sectarios.

*Jesús nos propone e invita a una relación constante y viva con el Padre, con su Padre, haciéndole “Padre nuestro”, a quien nos acerca y conduce, cubriéndonos bajo sus alas de amor, redimidos por su sangre, justificados por su fe, revestidos de pureza y santidad por la obra incesante del Santo Consolador.*

El Padre comparte al Hijo con nosotros, y el Hijo comparte igualmente al Padre con los suyos, con sus hermanos pequeños, a quienes nos ha hallado débiles, perdidos y desheredados; a quienes con su adopción nos convierte en coherederos, consiervos y miembros de la familia de Dios.

*Por eso es que el ejemplo del Maestro es fundamental para nuestros crecimiento. Su relación con el Padre es un hecho constante, siempre presente. Cuando Jesús realiza su ceremonia de “Bar Mitzvá”, “Hijo del Mandamiento”; es decir, cuando pasa a la mayoría de edad legal, a los doce años de edad, a la responsabilidad ante la Ley de Dios, como cualquier otro jovencito judío, le vemos ocupado durante tres días en las cosas del Padre, sorprendiendo a los ancianos de la Casa de Oración en Jerusalem con sus preguntas y sus respuestas:*

*“Y aconteció que tres días después le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas. Cuando le vieron, se sorprendieron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia. Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?” (Lucas 2:46-49).*

La relación con el Padre se manifiesta inconfundiblemente cuando el Maestro inicia su ministerio público:

*“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado, y orando, el cielo se abrió, y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma, y vino una voz del cielo que decía: Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia.” (Lucas 3:21-22).*

En todos los momentos de tentación, de fuertes ataques del enemigo, directa e indirectamente, siendo muchos como fueron, Jesús acentuó su comunión con el Padre Dios:

*“Jesús, lleno del Espíritu Santo, volvió del Jordán, y fue llevado por el Espíritu al desierto... Dijo también el Señor: Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no falte; y tú, un a vez vuelto, confirma a tus hermanos.” (Lucas 4:1; 22:31-32).*

La vida de relación íntima de Jesús con el Padre se pone de manifiesto en el momento en que el Maestro llama a los discípulos que mantendrán la más próxima cercanía con su persona, y la colaboración más estrecha.

*“En aquellos días él (Jesús) fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles.” (Lucas 6:12-13).*

En la escena sobrecogedora de la transfiguración del Maestro en el monte, se nos dice que *“aconteció como ocho días después de estas palabras, que tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y subió al monte a orar. Y entre tanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuales eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalem.” (Lucas 9:28-31).*

Esta constante relación de Jesús de Nazaret con el Padre se manifiesta también en un momento en que el Maestro revela a voces una de las realidades del Reino de Dios que más alegran su corazón, y que le distancia más que astronómicamente de los mercaderes del templo:

*“En aquella misma hora Jesús se regocijó en el Espíritu, y dijo: Yo te alabo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas de sabios y entendidos, y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así te agradó.” (Lucas 10:21).*

Jesús no muere en la Cruz del Calvario como un filósofo griego, para quien erróneamente el cuerpo es la cárcel del alma, y, por lo tanto, se enfrenta a la muerte como un acto de liberación. Para Jesús, la muerte es algo pavoroso que le hace sudar como grandes gotas de sangre, por cuanto se trata de la separación del Padre. Jesús va a llevar la paga de nuestro pecado.

Los sacerdotes-mercaderes van a seguir enseñando hasta nuestros días el concepto aristotélico-platónico del alma, pero para Jesús se trata del distanciamiento de su Padre al ser hecho pecado por nosotros.

*“Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo (Jesús) a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú. Vino luego y los halló durmiendo; y dijo a Pedro: Simón, ¿duermes? ¿No has podido velar una hora? Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil. Otra vez fue y oró, diciendo las mismas palabras.” (Marcos 14:32-39).*



Y cuando llegamos al Gólgota, la relación de Jesús con el Padre se vuelve oración por sus verdugos y asesinos. Jesús ora en este momento en el silencio del Padre. Jesús perdona orando. Jesús muere orando. Su vida, su muerte y su resurrección son oración.

*“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.” (Lucas 23:34).*

*“Entonces Jesús, clamando a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.” (Lucas 23:46).*

*“Padre, gracias te doy por haberme oído. Yo sabía que siempre me oyes.” (Juan 11:41b-42a).*

*¡Qué poco he muerto!  
Han pasado tantos a mi lado..  
Han llamado tantos a mi puerta..  
¡Qué poco he muerto!  
Han sonado tanto las palabras y los tímbrs..  
Han sido tantas y tantas las preguntas..  
¡Qué poco he muerto!  
Han pasado las alegres mañanas..  
Han cesado las tardes de la vida..  
¡Y yo qué poco he muerto!  
Hoy no ha venido nadie,  
Ní nadie me ha llamado.  
He salido a la puerta de la vida,  
Y en el umbral no había nadie.  
He querido gritar,  
Y no he podido..  
¡Qué poco había muerto hasta este día!  
He querido gritar  
Y no he podido..  
¡Qué poco había muerto hasta este día!  
¡Y*

## EL VALOR DEL SUFRIMIENTO

---

Los mercaderes del templo tienen a sus espaldas una larga historia de persecuciones y derramamientos de sangre.

Sus grandes colecciones de obras de arte no pueden tapar sus horrores e ignominias.

Sus tesoros artísticos no logran sofocar la peste de su historia de luchas intestinas y de fétidas evacuaciones, ni borrar la sangre de sus inquisiciones, ni encubrir sus abusos sexuales ocultos durante siglos.

Bajo vestiduras muy parecidas a las de quienes desde el poder arrogante de Roma hicieron la farsa del juicio de Jesús, los mercaderes siguen en su lucha por el dominio mundial. Son avaricioso y avaros. Jesús advierte a los suyos del peligro de seguir el ejemplo de ellos:

*“No os hagáis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín corrompen, y donde ladrones minan y hurtan; sino haceos tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín corrompen, y donde ladrones no minan ni hurtan. Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón.” (Mateo 6:19-21).*

Jesús nos ha advertido que el siervo no es mayor que su señor, y que, por lo tanto, si fueron contra a Él, también irán contra nosotros. Si a Él le hicieron sufrir sobremanera, también nos tocará a nosotros padecer por causa de su nombre; pero también habrá quienes reciban la Buena Nueva con inmenso gozo, del mismo modo que también la recibieron algunos de Jesús:

*“Acordaos de la palabra que yo os he dicho: El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado.” (Juan 15:20-21).*

*“Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros.” (Juan 15:18).*

Los mercaderes del templo se distancian de Jesús precisamente porque no quieren padecer la persecución y el aborrecimiento del sistema mundial. Creen que es posible nadar a dos aguas y jugar a dos barajas. Pero no lo es. Intentarlo pasa su factura siempre, tarde o temprano. Nadie puede servir a dos señores, ha dicho Jesús.

*“Si fuerais del mundo –afirma Jesús- el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.” (Juan 15:19).*

La advertencia de Jesús a su iglesia debería hacer despertar a muchos cristianos que tratan de estar a bien con el mundo sin bajar el listón que nuestro Señor nos ha marcado. Eso es un imposible. Para estar a bien con el mundo, y lograr que la iglesia tenga ese lugar de privilegio en medio de la sociedad que algunos anhelan, siempre será menester rebajar la altura del listón y comprometer el Evangelio con los intereses de los señores del mundo. Ha sucedido mil veces, y seguirá ocurriendo:

*“¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas.” (Lucas 6:26).*

Los falsos profetas, cortesanos, con paga institucional, siempre edulcoraron sus palabras para los oídos de los monarcas. Les dijeron lo que éste querían escuchar. Los verdaderos profetas perdieron a veces la cabeza por llevar la Palabra de Dios, y llamar al arrepentimiento a los poderosos.

Los falsos profetas también perdieron a veces la cabeza por haber profetizado vanamente, y no cumplirse la palabra anunciada. De lo que se deduce que el oficio de profeta es siempre arriesgado.

En la oración sacerdotal de Jesús, en el capítulo 17 del Evangelio de Juan, el Maestro insiste en el asunto del sufrimiento por causa de la enseñanza de la Palabra de Dios:

*“Yo les he dado tu palabra; y el mundo los aborreció, porque no son del mundo, como tampoco yo soy del mundo. No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal.” (Juan 17:14-15).*

La iglesia que dé la Palabra de Dios será indefectiblemente perseguida, aborrecida, despreciada, y abrirá la puerta del sufrimiento por el nombre de Jesucristo.

La historia de la iglesia sirve para que constatemos que siempre ha sido así, y continuará siéndolo hasta el Gran Día de Dios con la Segunda Venida de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

*“De cierto, de cierto os digo, que vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará; pero aunque vosotros estéis tristes, vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; pero después que ha dado a luz un niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que haya nacido un hombre en el mundo. También vosotros ahora*

*tenéis tristeza; pero os volveré a ver, y se gozará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestro gozo.” (Juan 16:20-22).*

El seguimiento de Jesucristo y evitar el sufrimiento es un imposible. Es menester en el discipulado del Mesías Sufriente participar de los padecimientos de Cristo. Para evitarlo tendríamos que refugiarnos tras los muros del templo de los mercaderes, olvidar las enseñanzas del Maestro, bajar el listón, llamar a la bueno malo y a lo malo bueno, adaptar el Evangelio a las exigencias del mundo, y quizá colocar a la puerta de nuestros lugares de reunión una estatua de un *Buda* gordo y pintado de purpurina dorada, como en muchos restaurantes chinos, con un cartel que dijera: “¡Vale todo!”

Pero si hiciéramos semejante despropósito, como es caer en la permisividad, estaríamos negando al que nos rescató con su sangre, desechando al que amonesta desde los cielos, y afrentando al Espíritu de gracia. Escuchemos la palabra apostólica al respecto:

*“Amados, no so sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados por el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos él es blasfemado, pero por vosotros es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino glorifique a Dios por ello. Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios? Y si el justo con dificultad se salva, ¿en dónde aparecerá el impío y el pecador? De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.” (1ª Pedro 4:12-19).*

Jesús insiste en que hemos de recibir la persecución y la tribulación resultante con alegría, considerándonos privilegiados:

*“Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.” (Mateo 5:11-12).*

Los mercaderes del templo no predicaban escatología. Las señales de los tiempos, la gran tribulación de aquellos días antes del fin, y la Segunda Venida de Cristo, no son temas que les preocupen ni les ocupen. Creen que todo lo que han de esperar y recibir está aquí. No entienden la iglesia como embajada del Reino de Dios. No trabajan para él, sino para sus propias instituciones, cada cual con nombre más rimbombante y excluyente.

Se asemejan a los astrofísicos que hasta hace relativamente poco tiempo estaban convencidos de que el universo era estático y había existido siempre. No podían aceptar que tuviera principio, por cuanto eso implicaría que, como todas las cosas que tienen un comienzo, debería haber habido alguien que lo

pusiera en marcha, que lo iniciara. Y semejante asunción les acercaba mucho a la aceptación de un diseño inteligente. Les costó mucho asumir la realidad incuestionable de un universo en expansión que necesariamente ha tenido un principio.

Las preocupaciones de los mercaderes del templo se centran en el hoy, el aquí y el ahora. Ellos solamente anhelan el reconocimiento, establecimiento, sostenibilidad y patrocinio de sus instituciones enraizadas en este mundo.

*“¡Heaven can wait!”*. Lo importante es desprestigiar las palabras para ellos catastrofistas de la Biblia y de Jesús de Nazaret, de quien obviamente se avergüenzan:

*“Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán, y seréis aborrecidos de todas las gentes por causa de mi nombre. Muchos tropezarán entonces, y se entregarán unos a otros, y unos a otros se aborrecerán.”* (Mateo 24:9-10).

Jesús nos ha advertido de lo que podemos esperar en este mundo, para que no nos llamemos a engaño:

*“Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo.”* (Juan 16:33).

*“El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará.”* (Juan 12:25-26).

*“Muchos falsos profetas se levantarán, y engañarán a muchos; y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.”* (Mateo 24:11-13).

La manada pequeña de Jesucristo, siguiendo el ejemplo del Maestro, no tiene demasiado interés en los lugares donde reunirse.

*El templocentrismo no le afecta a la manada. Cualquier sitio digno le es válido. No llaman “templo” al lugar donde se congregan, porque el Señor nos ha dicho insistentemente en la Sagrada Escritura que Él no hace habitación en templos hechos por las manos de los hombres:*

*“David halló gracia delante de Dios, y pidió proveer tabernáculo para el Dios de Jacob. Mas Salomón le edificó casa, si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano, como dice el profeta: El cielo es mi trono, y la tierra el estado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? Dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No hizo mi mano todas estas cosas?”* (Hechos 7:46-50).

*“El Eterno dijo así: El cielo es mi trono, y la tierra estado de mis pies; ¿dónde está la casa que me habréis de edificar, y dónde el lugar de mi reposo? Mi mano hizo todas estas cosas, y así todas estas cosas fueron, dice el Eterno; pero miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra.”* (Isaías 66:1-2).

*“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas.” (Hechos 17:24-25).*

Dios no necesita esos mastodontes catedralicios levantados por el orgullo de la realeza, ni precisa de los palacios episcopales y cardenalicios de suntuosidad pavorosa.

La palabra apostólica nos aclara dónde está ubicado el templo de Dios en esta tierra:

*“¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1ª Corintios 3:16).*

*“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual es de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios.” (1ª Corintios 6:19-20).*

*“Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu.” (Efesios 2:19-22).*

Los mercaderes del templo han perdido de vista el carácter cristiano. Cada día se asemejan más a partidos políticos y sindicatos organizados y gestionados por familias con apellidos y pedigríes. Y como es más fácil conservar el carácter que recuperarlo, la desviación va extendiéndose cada día más, sin que muchos se percaten de lo que está realmente aconteciendo.

Los discípulos de Jesús sabemos cuál es el valor del dolor, del sacrificio y del sufrimiento; que nuestros deberes religiosos son fundamentalmente hacer justicia, amar la misericordia y procurar hacer felices a nuestros prójimos; felicidad que solamente es posible cuando somos fieles a nuestros principios - en este caso, a los principios de la Santa Palabra de Dios- pues la mayor infidelidad es profesar el creer lo que uno realmente no cree.

Ahí radica el virus de la hipocresía religiosa de todos los tiempos, con la cual también hubo de enfrentarse nuestro Señor Jesucristo.

*Thomas Paine dijo que “quienes esperan segar los frutos de la libertad deben estar dispuestos a sufrir la fatiga de sostener esa libertad.” Y semejante aforismo tiene su paralelo en el sentido del sufrimiento del discípulo de Jesucristo.*

Sostenidos por el Santo Espíritu de Dios, hemos de ser participes de los padecimientos de Cristo, con todos nuestros hermanos en la redondez de la tierra, y en el curso de la historia.

*“No os engañéis; Dios no puede ser burlado; pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará. Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos. Así que, según tengamos oportunidad, hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe.” (Gálatas 6:7-10).*

Y en el Gran Día de Dios, con la Segunda Venida de Cristo Jesús, todo el sufrimiento, y el cansancio, y el agotamiento, y los dolores quedarán ya atrás para siempre, como la última página de una historia cumplida, acabada:

*“Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía mas. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalem, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron.” (Apocalipsis 21:1-4).*



*En el vientre de María  
Carne se hizo certero.  
Y en una carpintería  
El Verbo-Díos se hizo obrero.  
No te dejes engañar;  
No consientas, compañero.*

*Escucha atento, mi amigo:  
Yo quiero serte sincero  
Y hablar desde el corazón:  
El que murió en el madero  
Invitó a un Reino de Amor  
Frente al poder del dinero.  
No te dejes engañar;  
No consientas, compañero.*

*En el cuerpo de su llaga  
Puso fin a toda ley  
Que reduce al pueblo en grey  
Y al poder en carníceros:  
Servidor se hizo mi Rey.  
No te dejes engañar;  
No consientas, compañero.*

## **JESÚS EN VOLVO Y UN ROLEX EN LA PULSERA**

---

*Los mercaderes del templo han convertido el Evangelio del Reino y de la Gracia de Dios en un “evangelio de la avaricia”.*

Por eso presentan a un Jesús que se asemeja notablemente a ellos mismos.

Es su réplica, su auto-proyección, casi una fotocopia. Es su conformidad socio-político-cultural, su adaptación al sistema, su manera de escandalizar al Señor, antes que hacerlo al mundo.

Han seguido los mismos derroteros del sistema mundial, en el que nada se produce para satisfacer las necesidades de los empobrecidos, sino que todo se circunscribe a una red espesa de circuitos de explotación, cuyo objetivo final es acumular riqueza y aumentar el poder de dominación de los unos sobre los otros.

*Pensemos en algo tan básico como la comida. Ésta se recolecta, se procesa o se elabora para venderse, para enriquecerse quienes la producen. Nada más. En el llamado “tercer mundo” hay hambre sólo por una causa. No escojo la voz “razón” porque me parece una ignominia llamar “razón” a la mayor de las “sinrazones”, como denominar “orden establecido” al mayor de los desórdenes, o “estado de derecho” al montaje cuyo derecho consiste en facilitar el engrandecimiento de la oligarquía, en detrimento del pueblo creador de las plusvalías.*

¿No estáis cansados de la invasión de los eufemismos en nuestro diario hablar? Yo sí lo estoy.

*La causa es sencillamente su carencia de medios de adquisición de la comida. No tienen dinero para adquirir alimentos. Cuando les llega éste de alguna parte, en forma de ayuda solidaria, o comoquiera que sea, los hambrientos o sus ayudadores compran comida a quienes la producen, no para satisfacer la necesidad de la misma, que se llama sencilla y llanamente “hambre”, sino para enriquecerse. Cuando se acaba el dinero, se termina la comida. Lo que halla su fin es el medio de adquisición, no el de producción.*

Mientras tanto, la comida está en los almacenes y en los grandes graneros esperando aprovechar alguna fluctuación del mercado a favor de sus dueños.

Cuando se acaba el dinero, vuelve el hambre. De esa manera los empobrecidos son cada día más pobres, y los enriquecidos son cada día más ricos. Igualmente, cada día aumenta el número de los hambrientos, especialmente en el África subsahariana.

*El templo de los mercaderes reproduce “templos”, como aquellos plateros reproducían los templecillos de la diosa Diana. Al fin y al cabo, nadie puede dar lo que no tiene, y sólo podemos dar lo que previamente poseemos. Cuando sólo se tiene religión, sólo se puede compartir religión, una fumata adormecedora, que en manos del poder establecido permite reforzar su sistema de explotación.*

Su producto pertenece al campo de lo intangible, como cuando compramos un viaje compuesto por una porción aérea, un transporte de ida y vuelta, sea en avión o en cualquier otro medio, y el alojamiento en un hotel, con su régimen alimenticio en media pensión, por ejemplo. Lo que recibimos sobre el mostrador son unos bonos, unos trozos de papel firmados y sellados, con los que abonaremos a los proveedores de los servicios correspondientes, por los que previamente habremos pagado en la agencia de viajes intermediaria.

Por el contrario, si compramos una barra de pan y un tarro de mermelada, recibiremos los productos tangibles, la barra y el tarro propiamente dichos, sobre el mostrador.

El producto de los mercaderes del templo es igualmente intangible. Un poco de liturgia, más o menos adaptada a los gustos del momento y la edad del auditorio, y mucha psicología barata para edulcorar la conciencia de los seguidores.

Y, ya sabemos lo que ocurre cuando *cada día que amanece, el número de tontos crece...* Muchos caen en la trampa de adquirir los productos cada día más numerosos del mercado evangélico:

*Libros, revistas, CDs, DVDs, cursos sobre cómo vencer esto o aquello, o lo de más allá; cómo sentirnos bien o mejor que el vecino y cómo vivir con propósito; pins, cuadritos, camisetas, corbatas, marcadores de lectura y bolígrafos con texto bíblico; seminarios de oración, congresos de alabanza, encuentros proféticos, viajes a Israel, y todo lo que sea menester. ¡La imaginación al poder!*

¡Qué lejos quedan aquellos días en que las *librerías evangélicas* se abrían para dar testimonio de Jesucristo y difundir la Biblia y la buena literatura cristiana de entonces!

¡Qué tiempos aquellos en que los escaparates de aquella librería evangélica próxima a las oficinas del *Canal de Isabel II*, en Madrid, aparecían todos los días rotos a pedradas, y en sus paredes textos escritos y firmados por unos que autodenominaban *“Hijos de María”*!

Recuerdo uno de aquellos graffiti que rezaba así: *“Hijos de Lutero, iros a Inglaterra!”* Aquellos pobres esbirros del nacional-catolicismo habían confundido, por su escasa cultura, el país de procedencia del reformador alemán. ¡Qué cosas pasaban!

En la otra versión, más latina, más romana, más colorida, más meridional, más alejada del frío y la oscuridad septentrionales, pues se da igualmente todo esto, más el añadido de las imágenes y las velas, las fotos y reportajes de algún viaje papal, y los viajes turísticos a Israel o a Santiago de Compostela, o Lourdes y Fátima, porque lo de las pretendidas apariciones de la Virgen en San Sebastián de Garabandal, en Cantabria, les salió muy mal. Todo ello con su tinte de peregrinación antigua y la ganancia de alguna indulgencia, algo así.

Las reliquias, claro está, ya no venden, resultan anacrónicas, aunque a alguien pudiera ocurrírsele ofrecerlas liofilizadas o conservadas al vacío. Parece que los exvotos han pasado de moda igualmente. Pero también han proliferado los cánticos y la música de relajación, dejando atrás los muros de los monasterios, en abierta competencia con otras fuentes más lejanas; e incluso algún “Papa de Roma” se ha atrevido a saltar al escenario y cantar gregoriano para el respetable público.

Quizá a alguien se le ocurra en los círculos “*mesiánicos*”, tan en boga en nuestros días, con la venta de bastante parafernalia judaica, instalar pilas con agua del Río Jordán para lavarse las manos, o los pies, o los juanetes, o lo que sea, antes de entrar en la reunión cúllica.

Los viajes a Israel para celebrar bautismos en el Jordán ya forman parte de los paquetes turísticos desde hace bastantes años. Al fin y al cabo, las hambrunas, las diásporas y las peregrinaciones son los antecedentes históricos fundamentales del turismo, hoy siguiendo formas de evasión de otras naturalezas.

Sí, efectivamente, tanto las librerías *católicas* como las *protestantes* se asemejan más cada día a las tiendas de productos de ciencias ocultas, al estilo de la gama ofrecida por *New Age*.

Al fin y al cabo, el *marketing* y la *publicidad* pueden ser “*dones del espíritu de estos tiempos*”. La reflexión es bien sencilla: “*Si los jugadores de fútbol y baloncesto obtienen más ingresos por ‘merchandising’ que por sus fichas con los clubes, ¿por qué no lo vamos a hacer nosotros también?*” Esa es parte de la política empresarial de los mercaderes del templo.

El pseudo-evangelio de los mercaderes es el mayor enemigo de la iglesia de Jesucristo en nuestros días. No está frente a nosotros, en actitud de beligerante oposición, sino dentro de nuestras propias filas. Se desenvuelve en el espacio en que nosotros mismos hemos permitido que el mundo produzca más transformación de corazones que el Santo Espíritu de Dios.

Y *buscar primeramente el Reino de Dios y su justicia* se ha transformado en buscar cada uno su propio *reino* y una “*justicia*” que ha de entenderse como su particular beneficio, lo cual responde al modelo de sociedad en que vivimos: “*A cada uno lo suyo*”; mientras que el modelo de Jesús sería “*de cada uno conforme a sus capacidades, y a cada uno según sus necesidades.*”

Pero la ignorancia supina, el desinterés por conocer la historia, el apego a los bienes materiales y la conformidad al sistema mundial, es decir, a tener al *mercado* como elemento supremo de la conciencia, hace que muchos frunzan

el ceño al escuchar estas palabras, y les suenen a otra filosofía de distinta factura; esa que desde el sistema del *Big Brother del Norte* nos aseguraron que era la causa de todos los males habidos y por haber.

Sin embargo, los muros metálicos de las dictaduras del ámbito soviético cayeron ya hace bastante tiempo, pero todo ha ido a peor: Más hambre en el mundo, y el peligro añadido que representa la existencia de armamento nuclear procedente de los *estados en liquidación*, ahora en manos de terroristas incontrolados.

Hoy por esos territorios circulan a sus anchas las mafias, y lo hacen a su antojo, mientras se produce creciente desempleo, mendicidad en las calles y gentes sin techo que mueren en los fríos inviernos de la Europa del Este.

Ya da lo mismo estar en los extrarradios de Moscú o de Nueva York.

Millones cautivados por el *“pseudo-evangelio”* de los mercaderes leen la Biblia sin percatarse prácticamente de nada, o de muy poco. Sólo recuerdan algunos pasajes, casi siempre los mismos, como una especie de colección breve de frases estereotipadas o aforismos bíblicos, sobre los que hablan persuasivamente los más destacados representantes de la religión del templo, especialmente desde el medio televisivo, haciendo un revisionismo bíblico que justifique su forma de vida: Sus tarifas de predicación, sus automóviles lujosos, sus aviones privados, sus hoteles de cinco estrellas, sus medios publicitarios, sus asesores de imagen, y un sinfín de las cosas que se pueden comprar. Generalmente, se trata de objetos inanimados, si bien ellos procuran adquirir y dominar las conciencias de los necios para que su fructífero negocio perdure.

Pero a sus seguidores-admiradores les pasa inadvertido que Jesús multiplica para repartir, para compartir, nunca para acumular. Y es que, como hoy sabemos por los estudios psicológicos y sociológicos, sus *fans*, en una relación amor-odio, admiran profundamente a los mercaderes del templo, aunque les critiquen mordazmente a sus espaldas, porque en el fondo desearían ser exactamente iguales a ellos.

*“Váyase, señor presidente!” “¡Quítate tú para que me ponga yo!”* Os suena familiar, ¿verdad? Pues esto no sólo se da en el hemiciclo de las Cortes, sino igualmente en los *circos*, quiero decir en los *círculos* -¿en qué estaría yo pensando?- evangélicos.

Una panificadora y una central distribuidora de pescado con Jesús a la cabeza, hubiera provisto de fondos hasta el día de hoy para enviar misioneros a todos los rincones de la tierra. Las peregrinaciones a Tierra Santa, entiéndase a Israel -¡como si el resto de la tierra no fuera *“santa”* y del Señor!- no serían para visitar lugares históricos, sino para degustar los sándwiches de pescado de *“Burger Christ”*... *“I’m lovin’ it”*...

Grotesco, ¿verdad? Sí que lo es. Por eso es que nuestro Señor no optó por semejantes despropósitos. Antes bien, nos ha dicho que *“a los pobres siempre los tenemos ahí”* –el original griego no dice que *“siempre los tendréis”*, en una especie de determinismo islámico o de pertenencia a casta hindú inalterable-

de tal manera que tan pronto queramos podamos proceder a compartir y sacarlos de la miseria.

¡Cuántos empobrecidos es menester hacer para fabricar a un enriquecido!

Los mercaderes del templo están empeñados en vender la idea de un Jesús rico. *¿Acaso no es Él la Palabra de Dios encarnada, por quien el Eterno creó los cielos y la tierra? Entonces, si todos los universos son suyos, y el oro y la plata le pertenecen al Señor, no podemos decir que Jesús fuera pobre.* Y sobre esa base de razonamiento los mercaderes convierten al Maestro en alguien parecido al ricachón de la parábola, a la que hemos dedicado bastante espacio en este trabajo.

Los mercaderes del templo revisten a Jesús con ropa de marca y le ponen sobre el escenario celebrando banquetes espléndidos para sus amigos. Cambian su asno prestado por un “Volvo” de la gama más alta, un anillo episcopal en el dedo, y un “Rolex” en la muñeca del Redentor, procurando cubrirle la cicatriz de los clavos para que no escandalice a nadie.

Sin embargo, el testimonio de las Escrituras es muy diferente. Jesús fue invitado a varias comidas en casa de algunos miembros destacados de aquella sociedad, especialmente por fariseos que se morían de curiosidad por conocer de cerca a aquel Rabí del que todos hablaban por su peculiar enseñanza y por las señales que hacía. Pero el Maestro jamás organizó ningún banquete ni realizó ningún dispendio llamativo, por cuanto su vida fue sencilla hasta límites que a veces pasan inadvertidos.

*“Y les dijo: Mirad, y guardaos de toda avaricia; porque la vida del hombre no consiste en la abundancia de los bienes que posee.” (Lucas 12:15).*

*“Yendo ellos, uno le dijo en el camino; Señor, te seguiré adonde quiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza.” (Lucas 9:57-58).*

Los mercaderes del templo tienen que justificar su posición y sus actitudes deformando la figura del Maestro y vinculándola a la prosperidad económica. Su ubicación dentro del tiempo y el espacio les hace caer en la obsesión por el desarrollo material extremo de la cultura de la que forman parte.

Hoy proceden o sigue la pauta de la cultura anglosajona predominante en el mundo desde finales de la Segunda Guerra Mundial, donde *“time is money”*; pero antaño, en nuestro ámbito, formaron parte del imperio español, donde parece ser que no se ponía el sol, y el lema equivalente era *“el tiempo es oro.”*

Así han adoptado el lema, conscientes o inconscientes, explícita o implícitamente, del cambio de la abnegación por el engrandecimiento y la premura por alcanzarlo. El modelo no es Jesús de Nazaret, sino el éxito. Los agentes ya no son siervos y siervas, obreros y obreras, sino *líderes*. Y el gran contingente de mentecatos no se apercibe de estas cosas absolutamente para nada.

Hemos conocido a bastantes desalmados que han intentado ir más allá de lo que podían permitirse, generalmente tratando de emular algún “*ministerio*” de origen foráneo; algunos aparentemente “*bienintencionados*” que a correr por delante del Señor lo llamaron y siguen denominándolo “*fe*”, porque han olvidado que Jesús de Nazaret nunca nos pidió que *fuéramos delante* de Él, sino que camináramos *en pos de Él*. Y “*en pos de*” es expresión que significa seguimiento.

Por eso es que en su desenfrenada carrera arrastraron tras de sí a muchos incautos que aportaron generosamente para la aventura del “*iluminado*” o “*ungido*” de turno; si bien estos donantes no estaban ni están exentos del egoísmo de lo que nosotros denominamos “*fe transaccional*”, es decir, “*dar para recibir a cambio*”, olvidando que Dios no puede ser burlado, ni mucho menos podemos retorcerle el brazo.

Y es que el mundo de la “*estafa*” no se da sólo en el campo de las constructoras e inmobiliarias, sino también entre estos “*prestamistas*” especializados en “*hipotecas espirituales*” y otras zarandajas.

Vienen a nuestra memoria esas promesas de parte de más de un destacado gurú “*cristiano*” ofreciendo una docena de sencillos secretos para que con unos pocos minutos al día podamos obtener las más maravillosas promesas de Dios nuestro Señor. Algo que a los que *peinamos canas* nos recuerda aquel “*Plan Pons de Belleza en Siete Días*” de la “*guía comercial*” de la radio de nuestra infancia... o quizá el plan funcionaba en *quince días*... No lo recuerdo bien.

Pero una cosa está clara, y es que las fórmulas de “*fe rápida*” no tienen absolutamente nada en común con la fe de la que habla Dios en su Santa Palabra.

En estos mismos días, mientras escribo estas líneas, me pregunta una hermana recién llegada a nuestra comunidad cristiana, hasta cuándo tendrá que estar enviado dinero a una “*pastora*” de un país latinoamericano para que sus hijos sean “*redimidos*”, ya que, según esa “*ungida*”, que, naturalmente “*vive por fe*”, entiéndase por la ignorancia de muchos y el trabajo ajeno, la falta de “*redención*” es la causa por la que los hijos de esta sencilla hermana no se han convertido todavía al Señor.

¿Qué podemos hacer con estos *lobos y lobas* disfrazados de *corderos*? ¿Qué podemos hacer para que tantos analfabetos bíblicos, a pesar de llevar años moviendo el trasero y dando palmas en iglesias fraudulentas, dejen de ser almas cándidas, *caldo de cultivo* y *carne cañón* para los explotadores sectarios?

Sólo se nos ocurren los viejos métodos, pero sin duda los más eficaces, es decir, la *oración* y la *Palabra*, como en la primera iglesia de Jerusalem.

La ignorancia de la Palabra de Dios, el casi total analfabetismo de las Sagradas Escrituras por falta de estímulo hacia su lectura y estudio serio, y tantos predicadores “*showman*” que desprestigian el púlpito cristiano contando sus “*batallitas*”, hace que muchos desconozcan totalmente el propósito pedagógico de Dios al pedirnos practicar la ofrenda. Si lo supieran, no se

dejarían engañar tan fácilmente por los embaucadores del templo de los mercaderes. Recordemos la clara enseñanza de las Sagradas Escrituras al respecto:

*“Indefectiblemente diezmarás todo el producto del grano que rindiere tu campo cada año. Y comerás delante del Señor tu Dios en el lugar que él escogiere para poner allí su nombre, el diezmo de tu grano, de tu vino y de tu aceite, y las primicias de tus manadas y de tus ganados, para que aprendas a temer al Señor tu Dios todos los días.” (Deuteronomio 14:22-23).*

Por mucho que se empeñen los desvergonzados mercaderes del templo en engañar a los incautos y sus admiradores, haciéndoles creer que las ofrendas sirven para mover el corazón de Dios a multiplicar lo entregado, la Santa Palabra de Dios nos enseña con incomparable sencillez y claridad que la ofrenda es mandamiento de Dios a sus hijos para que *aprendamos a temer al Señor*, exactamente igual que la fe no es fundamentalmente para hacer prodigios, sino para alcanzar buen testimonio.

Por eso, en su desenfrenada aceleración, ni los mercaderes del templo ni los que están en sus redes podrán ver a los “Lázaros” de los caminos y cunetas de la vida, ni de las puertas de las iglesias. Carecen del santo temor reverente que forma el núcleo de la fe. Nada más alejado del sentido tergiversado que han logrado introducir en amplísimo sectores de la cristiandad nominal.

En realidad, la religión del “*mercaderismo templocéntrico*” sólo permitirá que se vean, y enseñará a todos a verse, a sí mismos, centrados en su propio ombligo, como si fueran el centro del universo. Pero tú yo sabemos perfectamente que

Jesús jamás hubiera pasado de largo al lado del mendigo, mientras éste se comía las *servilletas de pan* que los invitados tiraban por la ventana, y los perros lamían sus llagas en solidaridad superior a la de los humanos, como tantas veces suele ocurrir.

Los mercaderes del templo buscan, desarrollan y difunden fórmulas de fe rápidas para la obtención de respuestas divinas y bendiciones extraordinarias. Su metodología es una copia literal de los modos y medios del mundo en que vivimos, el que produce la muerte directa o indirectamente por hambre de cuarenta mil niños todos los días, año tras año, en el llamado “*tercer mundo*”, mientras la fe predicada por los mercaderes del templo se vuelve por momentos más egoísta, opulenta e individualista.

A los mercaderes del templo lo único que verdaderamente les importa en su versión romanista es mantener y conservar, y si fuera posible aumentar, sus privilegios y prebendas. A cambio de ellas otorgaron, por ejemplo, el ignominioso título de “*Cruzada*”, es decir, “*Guerra Santa*”, a la *Guerra Civil Española*; al dictador *Francisco Franco* permitieron se le nombrase “*Caudillo de España por la Gracia de Dios*”, como leíamos en las monedas de la época; que entrara bajo palio en las celebraciones litúrgicas y se sentara en el lado del Evangelio en misa; y un sinfín más de atrocidades propias de la época medieval.



Promovieron y asumieron la administración de un monumento faraónico, el denominado “*Valle de los Caídos*”, que hoy levanta grandes disputas y realmente nadie sabe qué puñetas hacer con él, en esa actitud de vergüenza respecto al pasado turbio, mezclada con temor a las fuerzas reaccionarias que todavía están ahí.

En su versión protestante, después de grandes persecuciones y restricciones de libertad en esta nación, ahora lo que les preocupa a sus mercaderes es la equiparación en lo posible a la iglesia romana que fue oficial durante siglos – realmente desde la propia constitución de España como estado moderno en 1942- y que continúa siéndolo bajo subterfugios y eufemismos que no afectan para nada a las asignaciones eclesiásticas en los presupuestos del estado.

Pero a ninguna de las dos versiones del templo de los mercaderes les preocupa realmente la situación alarmante de la pobreza, su extensión y crecimiento en el espacio y su durabilidad en el tiempo. Su mirada está puesta en otros horizontes.

Su pasividad –no olvidemos que sus organizaciones adscritas a las causas de los empobrecidos sólo son agencias distribuidoras de fondos del estado, como las demás ONGs del país- pues de sus propias arcas no sale ni un céntimo. Todo es un mero escaparate de apariencia de piedad. Pero del oro de los templos, de las alhajas de sus “*ninots*”, de sus miles de metros cuadrados edificadas en las grandes ciudades –lo que les convierte en unos de los principales terratenientes del país- de sus arcas y recursos propios, entre los cuales hay inversiones en empresas de toda índole –comprendidos laboratorios farmacéuticos fabricantes de los anticonceptivos y preservativos cuyo uso después condenan sus obispos, sin sensibilidad ante la extensión epidémica del *Sida* en el continente africano- no sale ni un “*duro*” para causas nobles.

Paralelamente, las conciencias van endureciéndose y distanciándose de la gravedad del asunto. Nuestra visión va reduciéndose hasta casi desaparecer. Y desde la teología, los que la practican en su versión de “*salón*”, sin “*mojarse*” lo más mínimo, como ocurre en la tauromaquia, bien pertrechados de libros en sus gabinetes, cómodamente ubicados en el *establishment*, siempre pueden recurrir a las palabras de Jesús, trucadas en la mayoría de las versiones bíblicas por “*a los pobres siempre los tendréis con vosotros*”. Y de esa manera, con esa sencilla fórmula, pueden edulcorar sus conciencias por un temporada.

Pero Jesús no nos ha dicho que los empobrecidos e injusticiados siempre *estarán ahí*, sin que podamos hacer nada al respecto, sino, antes bien, que *ahí estarán para que nosotros podamos hacer justicia y amar misericordia*. Es decir, la pelota está en nuestro tejado.

La actitud de los mercaderes del templo es contagiosa, por cuanto es cómoda, acomodada y acomodaticia; y además permite fácilmente postergar el enfrentamiento ante la realidad del problema básico de este planeta, que es el hambre, a pesar de que, como ha informado la *FAO (Food and Agriculture Organization of the United Nations)*, los recursos del mismo podrían sostener nada menos que a tres veces la población mundial actual. Esto significa que

los muertos por la hambruna son sencilla y llanamente asesinatos ante la pasiva actitud de nuestras sociedades de la abundancia.

Las estadísticas muestran hasta la saciedad, en una expresión numérica que no admite discusiones, que la cuantía de muertes de inocentes por hambruna son exageradamente grandes, y paradójicamente esto acontece en países donde los recursos naturales no sólo no faltan, sino que, antes bien, son los principales proveedores de materias primas del mundo. Pero los mercaderes del templo miran en otra dirección menos comprometida y menos comprometedora.

*El Apóstol Santiago habría sido perseguido y quemado vivo por hereje en los tiempos más poderosos del Santo Oficio de la Inquisición, o le hubieran dado palos y bofetadas hasta en el “documento nacional de identidad” por “comunista”, en los bajos de aquel Palacio de la Gobernación, en la Puerta del Sol madrileña durante el franquismo, amén de lo propio en las dictaduras de cualesquiera tonalidad que en el mundo han sido y son; e incluso le hubieran conducido al paredón de fusilamiento, acompañado, eso sí, por algún capellán del clero-mercader, si le hubieran descubierto autor de unas octavillas con el siguiente texto:*

*“¿Vamos ahora, ricos! Llorad y aullad por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata están enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras carnes como fuego. Habéis acumulado tesoros para los días postreros. He aquí, clama el jornal de los obreros que han cosechado vuestras tierras, el cual por engaño no les ha sido pagado por vosotros; y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en día de matanza. Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia.” (Santiago 5:1-6).*

Siempre que leo este pasaje de la Carta Universal de Santiago Apóstol, vienen a mi memoria las palabras de *Thomas Jefferson*, tercer presidente de los Estados Unidos de América, cuando escribiendo a un amigo le dijo así:

*“Pienso que las instituciones bancarias son más peligrosas para nuestras libertades que ejércitos enteros listos para el combate. Si el pueblo americano permite un día que los bancos privados controlen su moneda, los bancos y todas las instituciones que florecerán en torno a los bancos, privarán al pueblo de toda posesión, primero por medio de la inflación, enseguida por la recesión, hasta el día en que sus hijos se despertarán sin casa y sin techo sobre la tierra que sus padres conquistaron.”*

Estas son palabras de *Thomas Jefferson*, uno de los padres fundadores de los Estados Unidos de América, no de un revolucionario bolchevique. Lo que ocurre es que la inmensa mayoría de los hombres, cristianos y no cristianos, desconocen que los banqueros internacionales, entre ellos los *Rothchild*, financiaron la revolución comunista, y ellos fueron también quienes desviaron

el curso de la gran nación americana, hasta borrar los grandes objetivos de su constitución e incluso su sentido republicano, hoy transformado, al igual que en Francia, en presidencialismo.

El capital bancario e industrial no sólo es acumulación de dinero y poder, sino también de conocimiento e información privilegiada. Ellos sabían perfectamente que el caduco sistema de la monarquía zarista, en una Rusia en la que en pleno siglo XX aún quedaban *señores feudales* y *siervos de la gleba*, no podía tener futuro alguno.

Al fin y al cabo, un sistema absolutamente centralizado, siempre que estuviera controlado totalmente por ellos, sin fisura alguna, sería el éxtasis máximo imaginable para el espíritu banquero. Y éste siempre está dispuesto a financiar a quien sea menester, frecuentemente a partes enfrentadas, como hicieron las petroleras norteamericanas a los bandos republicano y fascista en la Guerra Civil Española.

No olvidemos nunca que la guerra es uno de los mayores negocios para el capital bancario y el capital industrial. Eso sí, hay veces, pocas, en que es necesario esperar y mientras tanto socavar lenta pero progresivamente, hasta que el edificio de los morosos se desmorone, y después vendrá la *merienda* anhelada, no de “negros” en este caso.

Lo que ocurrió después fue que los dictadores comunistas, que no tienen absolutamente nada que ver con la filosofía de *Karl Marx*, de la que muchos se atreven a despotricar sin haber leído jamás ninguna de sus obras, o bien citan alguna frase suelta escuchada fuera de contexto, se negaron a pagar la deuda contraída con la banca internacional. Esa es la causa de que a partir de un determinado momento ésta se dedicara a demonizar el régimen bolchevique; sólo, única y exclusivamente porque no estaba bajo su control, y lo que es más, presentaba todos los signos como para llegar a ser un poder que compitiera fuertemente con ellos en su afán por controlar y dominar el mundo entero.

Mientras criticaban el *socialismo* y el *comunismo*, a su vez socializaban más sus instituciones bancarias bajo los epígrafes de “*capitalismo*” y “*libre mercado*”. Recordemos que *Boris Yeltsin* llegó a quejarse de que las ayudas occidentales no llegaran a Rusia. Pero lo que sucedió fue que, al igual que el *Plan Marshal* de ayuda norteamericana a la destruida Europa, que acababa de salir de la Segunda Guerra Mundial, las ayudas a Rusia se fueron para pagar a la banca internacional aquellas deudas antiguas, más sus correspondientes intereses.

El capital bancario supo esperar para cobrar al final. Siempre lo hace. Y mientras tanto, los mercaderes del templo sufrieron persecución hasta ofrecer las oportunas garantías a los poderes seculares, a veces involucrándose, y a veces permaneciendo en total inmovilismo parsimonioso.

*De lo que no debe cabernos duda es de que la manera en que se organiza la producción material constituye la base de toda la organización social. Y que este fundamento económico determina siempre en el último análisis las demás*

*actividades sociales; lo que comprende el sistema legal, que eufemística y paradójicamente conocemos por “derecho” -¡qué incongruencia!- así como las formas políticas y del estado, la moral, la religión, y el resto de las actividades que conforman la “superestructura”, siempre determinadas por los cimientos económicos o “infraestructura”.*

¿Dónde están los cristianos que leen las Sagradas Escrituras?

¿Es que no quedan apenas hombres y mujeres que desgasten la Biblia de leerla, de escudriñarla, en lugar de dejarla acumular polvo en un estante o deteriorarla con el sudor de sus manos?

¿Es que han desaparecido los claros textos en agudo contraste con las modas del momento?

En mi Biblia siguen apareciendo los textos que dan testimonio de la vida apostólica y de una iglesia que no formaba parte de la superestructura al servicio del poder, por cuanto aquellos cristianos tenían muy claro que el proyecto modélico de Jesús de Nazaret nada tenía en común con los demás sistemas religiosos vendidos al estado, como síntesis del poder de dominación.

*Seguramente también estarán estos textos en tu Biblia. En ellos podemos percatarnos perfectamente de que ni Jesús condujo un “Volvo”, ni un “Mercedes”, ni lució un “Rolex” en la muñeca, ni recibió una asignación del imperio romano, ni mucho menos fue incluido en la nómina del templo de Jerusalem. Tampoco lo hicieron aquellos hombres y mujeres de la primitiva iglesia del Resucitado, hasta que ésta cayó bajo el poder del estado secular en los días del emperador Constantino el Grande... ¿Grande?:*

*“Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, mas vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos. No escribo esto para avergonzaros, sino para amonestaros como a hijos míos amados.” (1ª Corintios 4:9-14).*

Si el Apóstol Pablo hubiera estado bajo la influencia de los mercaderes del templo jamás habría podido darle esta enseñanza y estas instrucciones al pastor Timoteo:

*“Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales. Pero gran ganancia es*

*la piedad acompañada de contentamiento; porque nada hemos traído a este mundo, y sin duda nada podremos sacar. Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos contentos con esto. Porque los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas, que hundan a los hombres en destrucción y perdición; porque raíz de todos los males es el amor al dinero, el cual codiciando algunos, se extraviaron de la fe, y fueron traspasados de muchos dolores.” (1ª Timoteo 6:3-10).*

El origen de la suplantación de la iglesia por el templo de los mercaderes radica en toda la distancia que media entre la conformidad al medio socio-económico-político en que nos desenvolvamos, y del que pretendamos sacar provecho, y la conformidad a Jesús de Nazaret, el Unigénito Hijo de Dios.

*Un “Volvo”, un “Mercedes”, un “anillo episcopal”, un “Rolex” en la muñeca, son elementos notabilísimamente más cómodos que una “Cruz”. Y si es menester llevarla, siempre se puede recubrir con oro y brillantes... Al fin y al cabo, “a los pobres siempre los ‘tendréis’ con vosotros...”*

*Te presentía cuando ya de niño  
Jugaba, sudaba y no dormía  
Aquellas siestas con silencios  
Y ardores de miseria de postguerra.*

*Te imaginaba en los grandes torbellinos  
De los ríos y las inundaciones  
Que llenaron de lodo y porquería  
La triste cloaca de muchos corazones.*

*En las danzas macabras de los éxtasis  
De aquellos aquelarres del pasado,  
Tú me seguiste con alocado ritmo  
En torno a mi hoguera entusiasmada.*

*En el cieno del río y la arena de la playa  
Construíamos juntos castillos y palacios  
Para duendes y ninfas, gusanos y cangrejos  
Que del abismo entraron en nuestros aposentos.*

*Te retuve en mi pecho todo el tiempo,  
Aunque a veces tan sólo presintiera  
Que tu vida y la mía se alternasen  
En los cansancios, las lágrimas y besos.*

*Más duro que el acero reforzado  
Y más frío que el hielo gigantesco  
Ha sido saber que te he llevado  
Dentro de mí y sin saberlo.*

*El grito que clama en mí lamento  
En la artesa de mi tierra hoy se mezcla  
Formando la argamasa del ardiente sol  
Que curte lentamente mi dureza.*

*Te presentía de antiguo en mi ignorancia.  
Ahora que te sé, pierdo a veces la esperanza  
Y se apodera de mí el gran silencio  
De tu ausencia que encadena mi alma.*

*Sólo me resta esperarte en aquel día  
En que vencida la última añoranza  
Te pueda sentir libre en mi garganta,  
Convertidas en alas mis tardanzas.*

*¿Podré vencer alguna vez en mi esperanza?  
Sé que sólo soy barro más tu aliento;  
Sé que sólo soy misterio y ansiedades,  
Nacido para engendrarte en mi lamento.*

*JY*

## EPÍLOGO

---

Los mercaderes del templo siguen estando donde siempre han estado.

Aferrados a lo suyo, no ceden su lugar al Reino de Dios.

No pueden renunciar a su sistema de dominación.

Por eso no se desprenden del poder mundano.

Sus seguidores tampoco se despojan de sus apegos.

Pero el desprendimiento es imprescindible para el seguimiento de Jesús de Nazaret.

Los discípulos no se pertenecen, pero los mercaderes son los dueños de su vida y de sus templos.

El templo de los mercaderes está construido sobre el cimiento de otros intereses y otras corrientes que aparentemente ofrecen más seguridad.

Pero seguir a Jesús no significa escapismo de la realidad, ni huir del pasado, ni esconderse del futuro, sino vivir en el hoy, el aquí y el ahora movidos y sustentados por el Espíritu Santo.

Los profetas verdaderos viven una mística muy realista, con los pies a ras de suelo, pero con el corazón muy alto.

*Los mercaderes del templo no quieren vivir al “aire de Jesús”, sino al “aire que más sopla”, “al sol que más calienta”...*

Lo que no saben o no sospechan es que el viento más recio, el que verdaderamente más sopla, es el viento de Dios, el Santo Espíritu...

Y que el sol más cálido es el de nuestra justicia imputada, la justicia del Mesías.

*“Y dejaré en medio de ti un pueblo humilde y pobre, el cual confiará en el nombre del Señor.” (Sofonías 3:12).*



*“Y el Eterno será Rey sobre toda la tierra. En aquel día el Señor, será uno, y uno su nombre.” (Zacarías 14:9).*

*“Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho el Señor de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies, en el día en que yo actúe, ha dicho el Señor de los ejércitos.” (Malaquías 4:1-3).*

Viene el día en que el templo de los mercaderes estará vacío. No quedará de él piedra sobre piedra.

Ya no habrá mercaderes. Será como si nunca hubiera sido, por cuanto el Señor no tendrá memoria de semejante monstruosidad...

La grotesca osadía de pretender guardar a Dios dentro de una construcción humana...

La gran blasfemia de pretender domesticar a Jesucristo y conformarle a intereses inconfesables...

*“Ciertamente vengo en breve. Amén; sí, ven, Señor Jesús.” (Apocalipsis 22:20).*

*“Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús.” (Apocalipsis 14:12).*

J.Y.